



TAMARA

Gill



Por siempre
mi
Princesa

*Por siempre
mi
Princesa*

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

Por siempre mi princesa
Casa Real de Atharia, Libro 3
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Ella no es quien él cree que es. Pero podría ser justo lo que él necesita...

Cansada ni siquiera comienza a describir cómo se siente la princesa Elena de Ataria. Un breve respiro de las presiones de su posición le vendría bien. Desafortunadamente, el descanso no es algo que la realeza típicamente pueda permitirse. Pero hará lo necesario para escapar de sus responsabilidades por un tiempo, aunque eso signifique convertirse en alguien completamente diferente...

Lord Theodore Ward no siente ningún aprecio por los ricos. Pero si no se casa bien pronto, lo perderá todo. Y su búsqueda de una novia perfecta no puede comenzar mientras su madre esté enferma y desatendida. Así que contratar a una dama de compañía es la única opción. Entonces, la encantadora Elena Smith llega a su puerta y sus planes se vuelven infinitamente más complicados...

Cuando todas las verdades y secretos salgan a la luz, ¿podrán estos opuestos encontrar el camino hacia su felices para siempre? ¿O perderá Theo a su princesa para siempre?

CAPÍTULO ÚNO

LA PRINCESA ELENA DE ATHARIA estaba sentada en el opulento sillón de orejas en la nueva casa londinense de su hermana, esperando la llegada de su amiga, Lady Margaret Villiers.

Había enviado un mensaje hace casi dos horas para que viniera, y aún no había llegado. Elena se levantó, caminando de un lado a otro entre su silla y la chimenea, mientras el reloj marcaba el tiempo con un molesto tictac.

¿Qué podría haberla retenido? Margaret no había enviado ningún mensaje diciendo que no podía atender su llamado.

Elena frunció el ceño. Para que su plan funcionara, necesitaba la lealtad y el silencio de Margaret durante al menos el próximo mes. Las numerosas cartas que había escrito a su hermana crujieron en su bolsillo, y se palmeó la pierna, asegurándose de que aún estuvieran allí.

Había pasado horas escribiéndolas, queriendo asegurarse de que su hermana Alessa nunca sospechara que no estaba donde se suponía que debía estar. Que no vendría a buscarla durante al menos el próximo mes.

Un lacayo llamó y entró en la habitación, haciendo una reverencia. —Su Alteza, Lady Margaret Villiers solicita una audiencia.

Elena se dio la vuelta, viendo a su amiga sonriendo detrás del lacayo. —Gracias, John. Tomaremos el té, por favor —ordenó al lacayo, observando cómo Margaret entraba en la habitación y cerraba la puerta tras de sí.

Elena se encontró con ella en medio de la habitación, tomando las manos de su amiga. —Oh, estoy tan contenta de que estés aquí. Pensé que no vendrías, y entonces no sabía qué iba a hacer.

Margaret, percibiendo la preocupación en el tono de Elena, frunció el ceño. —¿Qué sucede que estás tan alterada? Pensé que estarías ocupada empacando para el Palacio de Kew. ¡Qué divertido será el próximo mes! ¿Crees que el Rey Jorge asistirá después de todo?

Elena hizo un gesto hacia una silla. —Necesitamos hablar. Por favor, siéntate, Margaret —le pidió a su amiga, uniéndose a ella en el sofá.

—¿Qué es lo que necesitas discutir con tanta urgencia? —preguntó Margaret, con aprensión en su tono—. ¿Estás a punto de decirme que no vas a asistir a la fiesta en la casa de campo? Me decepcionaré muchísimo si no lo haces.

La culpa picó su conciencia al saber que la preocupación de su amiga estaba a punto de hacerse realidad. Pero no había otra manera. Necesitaba salir de Londres para alejarse del interminable ciclo de bailes y fiestas. Habiendo debutado en sociedad el año pasado en Atharia, Elena sentía que no había hecho más que desfilarse ante jóvenes elegibles que buscaban una novia.

Ya no quería jugar tales juegos. Un mes lejos en una casa de campo con una dama mayor que la necesitaba, una mujer que una vez había sido la amiga más cercana de su madre, era justo lo que necesitaba. Aunque solo fuera para recuperar la compostura, para prepararse para una unión que eventualmente llegaría.

No era lo suficientemente tonta como para no saber que eventualmente se casaría con un hombre que sus hermanas consideraran apropiado. Pero no era así como quería elegir un esposo. Quería enamorarse, casarse con su mejor amigo. Los caballeros de la ciudad eran todos tan encantadores y halagadores, tanto que sus constantes adulaciones le hacían doler los dientes de los dulces que eran.

Y falsas, aceptó. Ninguno de ellos la amaría por la mujer que era dentro de su caparazón real. Amaban el poder y la influencia que venía con casarse con ella, lo que aportaba a la unión en términos monetarios y de estatus solamente. No podía casarse con un hombre así. Estar lejos de Londres podría ayudarla a reunir fuerzas para mantenerse firme y no conformarse con nada menos que lo mejor.

—Me temo que voy a decepcionarte, querida Margaret, pero espero que me apoyes como tu más querida amiga, porque necesitaré tu ayuda, aunque no esté contigo en el Palacio de Kew.

—¿Qué necesitas que haga? O mejor aún —añadió Margaret, levantando una ceja inquisitiva—, ¿qué es lo que vas a hacer?

—En cuanto a eso —dijo Elena, con los nervios y la expectación haciendo que su estómago diera un vuelco. Nunca había sido aventurera. Después de quedarse en el castillo de Atharia cuando su hermana Alessa se había escapado, había hecho todo lo posible por volverse invisible.

Tal temperamento y deseo no la habían abandonado desde su debut en sociedad. Ya no se sentía tan cómoda en salones de baile bulliciosos y abarrotados. Prefería mucho más un paseo por el campo o una larga caminata por hermosos jardines que un baile. Y no podía soportar las falsedades, y había muchas dirigidas a ella por parte de los hombres que deseaban hacerla su esposa.

—He aceptado un puesto como dama de compañía de la Marquesa Viuda de Lyon en Somerset. Era amiga de mi madre durante su presentación en sociedad, pero nunca nos hemos conocido. Sé que no me reconocerá. Trabajaré para su señoría bajo el alias de señorita Elena Smith. Parto hacia la finca mañana, el mismo día en que se supone que debo partir para la fiesta en el Palacio de Kew.

La boca de Margaret se abrió de par en par, y Elena esperaba no haber pedido demasiado a su amiga para asimilar o hacer. —Dime que estás dispuesta a ayudarme. Realmente no deseo asistir a la fiesta en la casa de campo. Necesito algo de tiempo lejos de Londres y la locura que mi título

trae a mi vida. Un mes en el campo será el escape perfecto, y volveré en cuatro semanas, lista para encontrar un marido y casarme.

—¿En serio? —se burló Margaret, riendo un poco ante sus palabras—. Pero, ¿qué hay de Lord Lyon? ¿No estará en casa? Por lo que sé de él, nunca asiste a la temporada, algo sobre una disputa que ocurrió hace años con su padre y el Rey Jorge, creo, aquí en Londres.

—Eso no significa que no necesite una acompañante para su madre, pero por lo que dice la correspondencia hasta ahora, reenviada a mí desde la oficina de registro de sirvientes a través de la cual me han contratado, él debe regresar a la ciudad.

—Vaya —dijo Margaret con una exhalación sorprendida—. No pensé que alguna vez vendría a Londres. Es uno de esos caballeros de campo que nunca vienen a la ciudad, pero estoy segura de que su regreso aquí hará que muchos corazones se aceleren.

A Elena no le importaba cuántos corazones londinenses latieran por el marqués, siempre y cuando ella tuviera cuatro semanas encantadoras y relajantes cuidando a su madre y haciéndole compañía. Un mes de largos paseos por el campo, de lectura y de estar sentada frente al hogar, sin tener que asistir a un baile, una velada o un evento real, sería ciertamente un placer.

—Quizás tenga la intención de buscar esposa, como tantos otros caballeros de nuestra relación. Sin embargo, sus planes no son de mi incumbencia. Me han contratado como la señorita Smith y seré la señorita Smith durante las próximas cuatro semanas.

Margaret la miró con desaprobación.

—¿Y puedo preguntar, princesa Elena —dijo, acentuando su título—, cómo piensa salirse con la suya con semejante plan? Su hermana está en Londres y querrá saber que usted está sana y salva, especialmente después del susto que ella misma pasó la temporada pasada. No veo cómo podrá salirse con la suya con esta tontería.

Elena lo tenía todo planeado y este plan era la razón por la que había pedido a Margaret que viniera hoy, pues ella también formaba parte de su escapada. Metió la mano en el bolsillo y sacó las seis cartas que había escrito a Alessa.

—Sabes que te adoro como amiga, y necesito tu ayuda si quiero tener éxito. ¿Me ayudarás?

La boca de Margaret se abrió y se cerró varias veces, con los ojos abiertos de sorpresa.

—¿Yo? —dijo, señalándose a sí misma—. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Debo recordarte que tienes una hermana que es reina y otra que es una princesa muy independiente y de carácter fuerte aquí mismo en la ciudad? Si alguna de ellas se entera de que te ayudé a escapar, me colgarán de la horca más cercana.

Elena se rio.

—Siempre puedo contar contigo para hacerme reír, pero te equivocas. Ninguna de las dos se enterará jamás. Si puedes hacer que envíen estas cartas durante las próximas cuatro semanas mientras estés en el Palacio de Kew, Alessa no sospechará nada. No sabrá que, en realidad, estoy en Somerset.

—¿Y si tu hermana se pasa por el Palacio de Kew? La finca no está tan lejos de Londres.

Elena desechó las preocupaciones de su amiga con un gesto de la mano.

—Está demasiado ocupada con sus obras de caridad como para preocuparse por mí en una fiesta durante un mes. Aunque no me cabe duda de que me dará una charla sobre cómo comportarme y recordar mis modales antes de irme, nunca pensará que no asistiré en absoluto.

—¿Y qué hay del rey Jorge, que envió todas estas invitaciones? ¿No te delatará ante tus hermanos si se entera de que no asististe?

—No —afirmó Elena, negando con la cabeza y sin preocuparse lo más mínimo por esa parte de su plan—. El rey Jorge no asistirá, aunque nos haya invitado a todos a su finca campestre. Sabes que prefiere mantenerse encerrado en Windsor con sus pocos elegidos.

—Aun así, me pone nerviosa engañar a tus hermanas. Se enfadarán muchísimo conmigo si se enteran.

Elena extendió la mano y tomó la de Margaret.

—Escucha, no se enfadarán contigo; se enfadarán conmigo. —Volvió a meter la mano en el bolsillo y sacó otra carta—. Aquí está toda la información sobre dónde estaré y las fechas en que me ausentaré. Lord Lyon fue muy preciso en cuanto al tiempo que necesitaba una acompañante para su madre, y fue una suerte perfecta que coincidiera con la fiesta en Kew. No te preocupes en absoluto. Disfruta de tu tiempo fuera de la ciudad, entrega estas cartas a un lacayo del palacio y eso es todo lo que tienes que hacer.

Mientras Margaret consideraba su decisión, Elena se preguntó si había sido una tontería pensar que podía hacer algo así. Huir, aunque solo fuera por cuatro semanas, seguía siendo un riesgo. Le dio pena ver a su amiga tan preocupada.

—Si no quieres hacerlo, no pasa nada, Margaret. Nunca te pediría que hicieras algo con lo que te sientas incómoda o en desacuerdo. Puedo cambiar mis planes y venir a la fiesta, y nadie se enteraría jamás de lo que quería hacer.

Margaret se mordió el labio inferior, pensativa.

—No, te ayudaré. Eres mi mejor amiga y te mereces hacer lo que creas que te preparará para el matrimonio. Una institución a la que todas tendremos que enfrentarnos muy pronto, me imagino. Quiero ayudarte y enviaré tus cartas. Pero —dijo Margaret, frenando el intento de Elena de abrazarla—, si tus hermanas llegan y preguntan por tu paradero o quieren verte, les diré la verdad. ¿Estás de acuerdo? —le preguntó, levantando la mano y sacando el dedo meñique.

—¿Qué haces con la mano? —preguntó Elena, que nunca había visto a nadie sacar el dedo de esa manera.

—Esto es una promesa de meñique. Si agitas mi dedo con tu propio dedo meñique, significará que aceptas mis condiciones y que eres libre de viajar a Somerset y a la finca de Lord Lyon.

Elena miró fijamente el dedo más pequeño de Margaret, sopesando las condiciones de su amiga, que eran totalmente apropiadas y justas. Enganchó su dedo al de Margaret.

—Lo juro y acepto lo que dices, y te lo agradezco muchísimo.

La esperanza y la emoción corrían por sus venas ante el próximo mes fuera de la ciudad, lejos de la gente y el ruido, del escándalo y la negociación. Qué maravilloso sería su tiempo en Somerset, y mañana por la mañana, cuando llegara el carruaje para llevársela, estaría lista y dispuesta a transformarse en la señorita Elena Smith, ya no más la princesa Elena.

CAPÍTULO DOS

THEODORE WARD, el marqués de Lyon, miraba fijamente sus tierras y respiraba profundamente el aire fresco de la mañana. La tierra, con sus ondulantes colinas verdes, los bosques llenos de venados y caza, los pocos campos que le quedaban arados y plantados por su familia durante cinco siglos, lo llenaban de una mezcla de orgullo y desesperación.

La finca Lyon era su hogar, donde imaginaba criar a sus hijos y traer a su novia. Bajo ninguna circunstancia permitiría que la codiciosa familia real de Inglaterra ganara la guerra que habían declarado contra su padre y sus herederos.

Espoleó a su montura, galopando colina abajo de regreso a casa. Una de las más grandes de Inglaterra, la residencia albergaba más de cien habitaciones, algunas de las cuales dudaba haber visto. Todas necesitaban remodelación o reparación de algún tipo, y ninguna de las renovaciones se estaba llevando a cabo debido a su falta de fondos.

Pero no por mucho tiempo. Al día siguiente, partiría hacia Londres una vez que llegara la dama de compañía que había contratado para cuidar de su madre.

Esperaba que la mujer que había conseguido del servicio de registro de sirvientes en Londres no le enviara una dama con habilidades inadecuadas. Necesitaba una mujer con un corazón bondadoso y una mano gentil. Su madre no merecía menos.

Su caballo intentó saltar sobre un pequeño arbusto, y una sonrisa se dibujó en los labios de Theo. Extrañaría sus cabalgatas matutinas, observando sus tierras, lo que quedaba de ellas al menos, y viendo su hogar, por desaliñado que estuviera, brillando bajo el sol de la mañana.

Un carruaje atravesó las puertas, y solo podía suponer que era la dama de compañía de Londres. Ella había dicho en su correspondencia que pasaría la noche en el pueblo local no muy lejos de su finca y llegaría puntualmente según lo acordado.

Sus cartas estaban muy bien escritas con una mano capaz, y él tenía grandes esperanzas de que ella hiciera el trabajo muy bien durante el corto tiempo que la necesitaba.

Caminó por el camino de entrada, observando cómo el carruaje se detenía frente a las puertas dobles de la entrada principal de su finca. Un hombre sentado junto al conductor saltó, bajando los escalones y abriendo la puerta del carruaje.

La curiosidad pudo más que Theo, y espoleó a su montura para galopar, deseando conocer a

su nueva sirvienta y evaluar si sería lo suficientemente buena.

Detuvo su montura y desmontó de un salto, su atención se dirigió a la delicada mano enguantada en cuero de cabrito que se extendía para tomar la asistencia del lacayo.

Su mamá, por mucho que la amara, podía ser un poco esnob y cortante cuando una mirada censurada no frenaba su lengua.

A punto de dar un paso adelante, las piernas de Theo se convirtieron en troncos de madera ante la visión de la mujer que pisaba su camino de grava. Ella levantó la vista hacia la finca, el placer cruzando sus facciones mientras observaba su hogar ancestral.

Pero eso no era lo que tenía su cuerpo tan inmóvil como la muerte. Porque si de hecho hubiera pasado a mejor vida, seguramente sería porque había visto a un ángel.

Cerró la boca de golpe y tomó un aliento fortificante. La mujer debía ser la acompañante de su madre, y aunque podía admirar su belleza, ahí es donde terminaría.

Pero, por Júpiter, ella era más que hermosa. Era impresionante, lo suficiente como para dejarlo sin palabras. Su piel era como el alabastro, su cabello tan oscuro como la noche, y su cuerpo, incluso bajo la pesada capa de viaje, era uno hecho para el pecado.

Si tan solo pudiera tener una mujer así para él.

Apartó ese pensamiento. Ella era una dama de compañía por una razón, y esa razón ciertamente no era porque fuera una heredera que pudiera salvarlo a él y a su finca de la ruina financiera.

Su esposa tenía que ser rica, tan rica que ningún prestamista, ningún banco, ni siquiera La Corona pudiera volver a tocar a sus puertas jamás.

—Señorita Elena Smith, supongo —dijo, encontrando su voz e inclinándose ante ella.

Ella se volvió, la sorpresa escrita en sus facciones por no haberlo visto antes, y luego rio, un sonido tintineante que era, en efecto, tan celestial como él había imaginado que sería.

Todo en esta mujer parecía divino. Si no fuera por su cabello que desmentía su origen angelical, estaría seguro de que era, de hecho, de los cielos.

Ella se acercó a él, ofreciéndole sus dedos enguantados. —En efecto, lo soy. Lord Lyon, supongo —dijo, haciendo una reverencia.

Él sonrió, recordándose a sí mismo que su deber hacia esta mujer iba más allá de admirar su persona todo el día. Hizo un gesto hacia las puertas principales. —Permítame escoltarla adentro. Discutiremos su empleo en mi biblioteca antes de que la presente a la marquesa viuda de Lyon, Lady Lyon.

—Por supuesto —aceptó ella, dando un paso adelante y dirigiéndose hacia las puertas. Theo la siguió antes de guiarla hacia la biblioteca. Ignoró la punzada de vergüenza que marcó su piel ante la tapicería y los muebles envejecidos y desgastados, las paredes que necesitaban nuevos papeles pintados y las ventanas que requerían una limpieza a fondo. Su personal era escaso, y simplemente había demasiadas otras tareas que recaían sobre los hombros de muy pocos. Las ventanas sucias eran la menor de sus preocupaciones.

Tomó una silla que estaba contra la pared y la colocó frente a su escritorio, indicando a la señorita Smith que tomara asiento. Ella hizo lo que le pedía, y él se hundió en su propia silla, cuatro pies de caoba siendo lo único que los separaba.

—¿Encontró la finca sin problemas, señorita Smith? Algunos tienen dificultades para encontrar el desvío hacia los terrenos —mencionó, haciendo una pequeña charla e intentando poner a la señorita Smith a gusto. Aunque al observar su semblante, ella no parecía en absoluto nerviosa por estar ante un lord o por asumir las responsabilidades de una marquesa viuda.

—El cochero estaba familiarizado con la ubicación de la finca Lyon, ya que vive en el pueblo cercano. No hubo ningún problema para encontrar su hogar, que debo felicitarle. Es realmente encantador.

Theo se encontró sonriendo ante sus palabras. Por bonitas que fueran, sabía que eran una mentira. Su finca mostraba signos de negligencia, de un flujo de caja pobre, que pronto remediaría.

Las aspirantes a damas en Londres este año necesitaban un marido con título tanto como él necesitaba sus herencias. Era un buen trato para todos los involucrados.

—Debo mencionar, señorita Smith, que la marquesa viuda de Lyon, mi madre, está enferma. Ha envejecido en los pocos años desde el fallecimiento de mi padre, y temo que no me quede mucho tiempo con ella. Me gustaría tener la seguridad de que durante el mes que requiero que esté aquí, sea amable y atenta con ella, le permita cualquier pequeño vicio que desee y la mantenga a salvo. Me aseguraron que la agencia la recomendó altamente para cumplir con todos mis requisitos. ¿Sigue de acuerdo en hacer lo que le pido? —Theo contuvo la respiración, necesitando que ella aceptara para poder hacer los preparativos finales para trasladarse a la ciudad. Si la señorita Smith deseaba irse ahora que había escuchado todas sus obligaciones, no sabía qué haría.

Ella asintió, sonriendo, y él sintió que el aire en sus pulmones se escapaba en un suspiro. Su belleza era ciertamente algo a lo que acostumbrarse. No creía haber visto nunca a nadie tan perfecta como la mujer que tenía delante. Había algo en ella, un porte, una regalía que hablaba de buena cuna y sangre aristocrática.

Descartó el pensamiento. Era una sirvienta, una dama de compañía, y aunque alguna vez hubiera tenido dinero, ciertamente no tenía ningún vínculo con él ahora si este era el puesto que tenía que ocupar.

—Por supuesto. Estoy preparada para cuidar de la marquesa y mantenerla segura y feliz durante estas próximas cuatro semanas. De hecho, estoy deseando todas las actividades que haremos. Espero que no le importe, pero he pensado en algunas de mis propias formas de mantenerla ocupada si me da permiso para utilizarlas.

La señorita Smith era como un soplo de aire fresco en su vieja y polvorienta casa. Por mucho que amara la finca, la vieja dama necesitaba reparaciones y mucho dinero invertido. Con el conocimiento de que la señorita Smith estaría aquí con su mamá, podría trasladarse a la ciudad

sabiendo que no había puesto a su progenitora en peligro.

—Por supuesto, puede hacer lo que desee si ella está de acuerdo. Sin embargo, no sabe nadar, señorita Smith, así que tal vez no intente nadar en el lago mientras yo no esté aquí.

Ella se rió, sus ojos marrones, o quizás de color avellana, brillantes de diversión. —No lo haré, lo prometo —accedió—. ¿Está por aquí la marquesa viuda, milord? Me gustaría conocerla si está de acuerdo con que comience mi empleo aquí en serio.

Theo se puso de pie. —Venga, iremos a conocerla ahora. Está en el salón de arriba. Usa esa habitación más que cualquier otra en la casa, ya que recibe sol tanto por la mañana como por la tarde al estar en el ala oeste.

—Qué encantador. —La señorita Smith lo siguió fuera de la habitación, y Theo ignoró el hecho de que ella vería otras partes de la casa que necesitaban reparación. Pronto entendería, después de vivir aquí algunos días, que él era un lord en busca de una esposa rica, y por eso se marchaba a Londres.

No había vergüenza en ese hecho, aunque le molestaba en el alma que su padre hubiera muerto como un hombre quebrado y perdido después de que el rey hiciera trampa en el juego de cartas, despojándolo de tierras y dinero que no merecía ganar.

El bastardo cerdo real que era.

Llegaron al primer piso, y Theo condujo a la señorita Smith hacia el salón, una de las habitaciones más grandes de la casa. La puerta estaba entreabierta, y podía oír a su madre hablando con una criada sobre avivar el fuego con más leña. Por qué, no podía entenderlo, ya que Inglaterra estaba experimentando una ola de calor.

Entró y esperó a que la señorita Smith se colocara a su lado. —Mamá, permíteme presentarte a la señorita Elena Smith. Será tu dama de compañía durante el próximo mes.

Su madre levantó las gafas de su regazo, mirando a través de ellas para examinar a la señorita Smith. Su boca se frunció en una línea de desagrado, y Theo esperaba que no fuera a ser brusca o grosera con la mujer a su lado. Ciertamente, esperaba que se llevaran bien para poder irse sin preocupaciones.

—Hmm, así que usted es la señorita que va a mimarme como a un bebé. —Su madre desestimó a la señorita Smith con un resoplido descontento—. No me gusta que me traten como a una criatura, así que no intente hacer lo que sea que mi hijo le haya sugerido. Soy una marquesa, no una imbécil. Todavía tengo mi juicio, así que no intente convertirme en una mascota que necesita ser salvada. No lo toleraré.

La señorita Smith miró a Theo, pero se equivocaba si pensaba ver miedo y arrepentimiento. En cambio, vio resistencia y determinación, y su interés por la peculiar señorita Smith se avivó.

¿Quién era esta joven?

Se acercó a su mamá e hizo una reverencia. —Lady Lyon, es un honor conocerla, y estoy muy contenta de tener esta oportunidad de pasar el mes con usted. —La señorita Smith pasó junto a su mamá y se sentó en una silla a su lado—. Si me permite hablar, me gustaría decir que

no quiero ser su niñera más de lo que usted desea tener una. Estoy aquí para hacerle compañía y hacer lo que usted quiera. Eso es todo, ni más ni menos.

Las cejas de su mamá se alzaron con sorpresa, y podía ver a su progenitora tratando de averiguar si la señorita Smith estaba intentando jugar algún tipo de truco. Theo reprimió una sonrisa, teniendo problemas él mismo para descifrar a la joven.

Quizás su suerte estaba cambiando, y su viaje a Londres sería exitoso. Que regresaría a Somerset casado con una heredera asquerosamente rica y con una progenitora que ya no estuviera tan molesta con todos los que se cruzaban en su camino.

El bastón de su madre golpeó con fuerza el suelo, provocando un fuerte estruendo que lo hizo estremecer. —No sé qué juego está jugando, señorita Smith. Pero debe hablar solo cuando se le hable y me temo que eso no será a menudo. Ahora cállese.

Theo gimió. Bueno, al menos podría conseguir uno de sus deseos, el de una novia adinerada. Su madre, desafortunadamente, parecía bien dispuesta a seguir siendo la arpía en la que se había convertido en su vejez.

CAPÍTULO TRES

ELENA HABÍA INTENTADO, sin éxito, no reírse ante la orden de la viuda de que se callara. Nunca en su vida le habían hablado de una manera tan autoritaria y dominante, y aunque le divertía, también se preguntaba por qué su señoría estaba tan enfadada.

¿Estaría enfadada con su hijo, quizás porque se iba a Londres y la dejaba atrás? Tal vez ella también quería ir a la ciudad y disfrutar de la temporada.

Ciertamente, había damas de la edad de su señoría que aún asistían a bailes y fiestas, algunas incluso iniciaban aventuras amorosas ilícitas debido a su condición de viudas.

El rostro de Lord Lyon palideció visiblemente, y se acercó a su madre. —Madre, pida disculpas a la señorita Smith. Está aquí para hacerle compañía mientras estoy fuera y nada más.

—Bah —escupió su señoría—. No necesito que me cuiden, pero ya que insistes, supongo que no tengo elección. —Su señoría se inclinó, recogiendo una bolsa de costura que Elena no había visto, y comenzó a sacar sus agujas.

Elena se recostó en el sofá, perfectamente contenta de permitir que su señoría hiciera lo que quisiera. Estaba más que satisfecha de estar sentada en este salón que en uno de Londres donde era una atracción especial para el entretenimiento de la gente. Una princesa para mirar y admirar.

Apretó los dientes, harta de ser la princesa perfecta en la ciudad. Este mes aquí en Somerset era justo lo que necesitaba.

Un descanso de todo ese ruido.

Su señoría hizo un gesto con la mano a su hijo, que permanecía cerca, evidentemente incómodo por dejar a Elena con su madre. —Puedes irte, Theodore. No le haré daño a la señorita Smith —declaró su señoría, sin molestarse en mirar a su hijo a los ojos.

Lord Lyon suspiró. —Me disculpo, señorita Smith. Por favor, hágamelo saber si mi madre no se vuelve más agradable.

Ella asintió, sin tener intención de hacer tal cosa.

Su señoría hizo una reverencia y se marchó, y Elena se preguntó si su señoría no le hablaría y se mantendría en silencio y ocupada con su costura. Elena observó cómo sus dedos trabajaban rápidamente con las agujas y la lana. Deseaba ser tan hábil en esa tarea. Luchaba por coser, una de las ocupaciones en las que una dama debería sobresalir, nunca una habilidad que ella

poseyera.

Podía dibujar, montar a caballo, nadar y correr bastante bien, y estaba feliz de tener esas habilidades en su lugar.

Su señoría dejó la costura y la clavó con una mirada de desaprobación. —Ahora, señorita Smith, si es así como se hace llamar, puede explicarme qué se trae entre manos.

Elena sintió que su boca se abría y la cerró de golpe, incapaz de comprender lo que su señoría quería decir y sin querer averiguarlo en particular. Pensó en su viaje a Somerset y sabía que no había sido reconocida en ninguna parte. Las palabras de su señoría no tenían ningún sentido.

—Le ruego me perdone, mi señora. No sé a qué se refiere —se aventuró, tragando la bilis que subía por su garganta al pensar que la habían descubierto. ¡Seguramente no! Lady Lyon nunca la había conocido antes en su vida. Era una extraña para la mujer. No había forma de que pudiera saber que era de la realeza.

—En el momento en que te vi, supe quién eras. Tu madre y yo debutamos juntas. Éramos amigas, ¿sabes?, y tú, querida, eres la viva imagen de ella. Fue como ver un fantasma.

Elena se desplomó. Su farsa había durado apenas una hora desde su llegada hasta ahora. Se vería obligada a ir al Palacio de Kew y fingir que lo disfrutaba. Qué terriblemente aburrido y mundano.

¿Por qué no había pensado en la posibilidad de que la viuda la reconociera? No era un secreto en la familia que se parecía a su madre, sobre todo entre las hijas del rey y la reina. Con la viuda siendo una buena amiga de su madre durante su primera temporada en sociedad, debería haber sabido que tal desenlace podría ocurrir.

Maldita sea, maldijo interiormente. —No pensé que nadie recordaría a mi madre. Dejó Inglaterra hace tantos años y se fue cuando yo era una niña. —La sonrisa de Elena tembló—. ¿La recuerdas?

Lady Lyon extendió la mano, tomando la suya y dándole un apretón reconfortante. —Oh sí, la recuerdo bien. Era mi amiga, y tú eres asombrosamente parecida. —Hizo una pausa—. Había visto a tus hermanas cuando estuve en la ciudad la última vez. Pero nunca te había visto a ti, sin embargo, en el momento en que entraste en la habitación, supe que estabas tramando algo. —Su señoría levantó una ceja—. ¿Señorita Smith? Seguramente podrías haber inventado un nombre menos común que Smith entre todos los disponibles.

Elena resopló, suponiendo que su señoría tenía razón. —Fue el primer nombre que se me ocurrió en la agencia cuando me preguntaron por mi apellido. Tuve que pensar rápido, y eso fue lo que se me ocurrió.

Su señoría se rió. —Bueno, aun así, ya estás aquí, así que será mejor que me cuentes de qué se trata todo esto. ¿Por qué estás aquí fingiendo ser una sirvienta, por el amor de Dios?

—Bueno, en cuanto a eso...

—Y —dijo su señoría, interrumpiendo su explicación—. No habrá más reverencias hacia mí.

Me superas en rango diez veces. Qué absurdo, una princesa haciendo una reverencia a una marquesa. Nunca había oído tal cosa.

Elena asintió, pero esa era la menor de sus preocupaciones. Ahora tenía que convencer a su señoría de que la dejara quedarse y de que no dijera ni una palabra. —Ya no quería estar en Londres. Se esperaba que asistiera a una fiesta campestre en el Palacio de Kew, pero sabía que incluso allí me pondrían en un pedestal para ser admirada, para que se jactaran de haber conocido a la princesa más joven de Atharia. Me siento invisible en Londres. Como si no tuviera voz o al menos una que alguien desee escuchar. No yo, la verdadera yo en mi interior —dijo, señalando su pecho—. Quería escapar, y leí en el periódico el anuncio de que Lord Lyon buscaba una acompañante, así que solicité a través de la oficina de registro de sirvientes.

—¿Y tus hermanas, saben dónde estás?

Frunció los labios, esperando que su señoría no se enfadara por sus siguientes palabras. —No, no lo saben. Creen que estoy en Kew, pero tengo una amiga allí que está enviando cartas de mi parte, así que pensarán que estoy sana y salva, cumpliendo con la petición de asistir a la fiesta.

—Hay muchos que se cortarían un dedo por asistir a una fiesta en la casa del Rey de Inglaterra.

—Oh, el Rey Jorge no asistirá. Solo puedo suponer que encuentra estas salidas tan aburridas e ineficaces como yo.

Lady Lyon contuvo una sonrisa. —Tienes una lengua bífida, querida, pero supongo que ser princesa te permite tal libertad —hizo una pausa, estudiándola un momento—. No puedes quedarte aquí. Lo sabes, ¿verdad?

—Pero sí puedo —insistió, tomando las manos de su señoría—. Lord Lyon estará en Londres a partir de mañana, y entonces solo seremos nosotras para hacernos compañía. E incluso si su señoría se quedara, usted es una carabina perfectamente aceptable. No necesito nada más.

—Estoy segura de que a veces la sociedad y mi hijo creen que estoy enferma. No les gustará que una princesa esté bajo el techo de los Lyon sin una carabina adecuada.

—Bueno —declaró Elena, decidida a salirse con la suya. Quería quedarse en la finca aún más ahora que sabía que su señoría recordaba a su madre y sabía quién era ella—. Nunca lo sabrán si usted no le dice a nadie que estoy aquí —insinuó—. Ni veo a nadie en mi presencia que esté enfermo o débil. Usted me parece bastante vivaracha, en mi opinión.

—Y además de ser princesa, ahora eres médica. ¿Es eso correcto?

Elena se encogió de hombros, sonriendo. —Si lo desea, puedo ser ambas, pero preferiría ser su amiga y estar aquí de incógnito hasta que tenga que regresar a la ciudad en cuatro semanas.

La viuda parecía impasible, así que realmente solo quedaba una cosa por hacer. —¿Me permitiría quedarme, por favor? No seré ninguna molestia, y ayudaré como le prometí a su señoría con asistirla.

Su señoría se burló como si nunca hubiera oído una idea tan absurda. —No lo harás. Una

princesa no va a estar a mi servicio día y noche. Ni pensarlo.

—Como usted dijo antes, yo tengo un rango superior al suyo, así que, por lo tanto, es mi elección, ¿no es así?

La boca de su señoría se frunció en un gesto de desaprobación, pero no contradijo lo que Elena había afirmado.

Asintió, complacida de que su señoría entendiera. No es que quisiera ser autoritaria, pero estaba desesperada por alejarse de Londres. No para siempre, pero ciertamente durante las pocas semanas que su engaño le permitiría mantenerse alejada, para esconderse y refrescar su sensibilidad para enfrentar lo que estaba por venir. Un matrimonio, familia, la posibilidad de que se quedara en Inglaterra con su nuevo esposo y no regresara a Atharia después de su boda. —Exactamente, así que es mi elección, y he declarado lo que deseo hacer. Ahora, ¿jugamos una partida de whist o de veintiuno?

—Whist, si no te importa —concedió su señoría, dejando a un lado su labor de punto.

Elena sonrió para sí misma, acercándose a la chimenea y llamando a una doncella. —Haré que preparen la mesa de juego para nosotras. ¿Le gustaría que trajeran té y galletas, mi señora?

La idea de un refrigerio caliente pareció agradar a su señoría más que el pensamiento de que Elena se quedara bajo su techo sin el conocimiento de nadie. —Sí, gracias, eso sería encantador.

Justo como sus cuatro semanas en Somerset serían perfectamente encantadoras también.

CAPÍTULO CUATRO

MÁS TARDE ESA NOCHE, Lady Lyon estaba sentada en su cama, con su doncella a su lado en una silla, leyéndole un libro al que ya no prestaba atención.

—Debemos hacer algo con mi hijo. No puede abandonar la finca ahora y viajar a Londres. Tenemos que detener su partida, no solo mañana, sino durante el resto del mes.

—¿Debemos? —preguntó Fanny con el ceño fruncido por la confusión—. Pero usted dijo que iba a viajar a Londres para casarse. ¿Cómo va a encontrar esposa si se queda en Somerset?

—Bueno, aunque no necesitas preocuparte por el motivo por el que quiero que se quede en Somerset, sí necesito que te preocupes por obtener la ayuda de Thomas en el establo. Sé que ustedes dos se gustan, y él hará lo que tú le pidas, y si no lo hace por ti, ciertamente lo hará por mí.

Contempló todas las formas de impedir que una persona partiera. Nada demasiado obvio que su inteligente hijo descubriera demasiado pronto. Pero tenía que quedarse. Sin importar lo que le hubiera dicho a la princesa Elena ese día sobre la necesidad de que se fuera, no había razón por la que no pudiera quedarse mientras estuviera de visita. Una viuda era tan buena acompañante como cualquier otra. Pero su hijo necesitaba una esposa rica, y no había nadie más rica que una princesa de Atharia. Con dos ya fuera del mercado matrimonial, Elena era todo lo que quedaba, y era encantadora sin igual. Inteligente también, suponía su señoría, y absolutamente hermosa. Demasiado hermosa para pretender ser una dama de compañía, pero si eso era lo que quería hacer, eso era lo que le permitiría ser durante las próximas semanas al menos.

Pero mantener a su hijo detrás de estas puertas también tenía que ocurrir para que su plan funcionara.

—¿Qué quiere que le pida a Thomas? Sé que está en los establos ahora, mi señora —dijo Fanny, con la intriga ardiendo en su mirada azul.

—Haz que algo salga mal con el carruaje. Que Thomas afloje un resorte o un perno o algo así sin que nadie lo note. Lo suficiente para que el carruaje no pueda ser utilizado. Mi hijo no cabalgará todo el camino hasta Londres. Nuestros caballos son solo para carruajes, y el único caballo de montar que tiene es demasiado viejo para llegar a la ciudad.

—Por supuesto, mi señora. Iré a ver a Thomas de inmediato —Fanny se levantó, colocando

la silla en la que había estado sentada junto a la pared—. ¿Qué hay del resto de los días?

La viuda frunció los labios.

—Asegúrate de que cualquier daño hecho al carruaje tarde varios días en repararse, quizás cinco. Pero después de eso, debemos idear algo más.

—Pensaré en ello, mi señora —dijo Fanny, siempre servicial y leal. No tenía ninguna preocupación de que Fanny fuera a delatar lo que estaba a punto de hacer para mantenerlo en la finca.

—Gracias. Discutiremos mi próximo movimiento en unos días. Ahora ve y habla con Thomas antes de que se haga demasiado tarde.

Fanny le deseó buenas noches y salió de la habitación con prisa. La viuda se recostó en su cama, observando las llamas en la chimenea crepitar y devorar la madera en su abrazo. Su hijo merecía ser feliz, y no había nadie más perfecta para él que la princesa Elena. La hija menor de su amiga estaba aquí en la finca Lyon, y había una razón por la que el destino la había puesto en la vida de su hijo. Era el destino, estaba segura, y ahora le daría al destino una mano y, si no, un buen empujón para que su hijo se casara con una mujer que lo igualara en todos los aspectos, excepto en riqueza.

Theo pateó la rueda del carruaje a la mañana siguiente y maldijo. Varios radios de la rueda estaban agrietados. Uno casi se había partido por la mitad.

—No entiendo cómo ha sucedido esto. El carruaje estaba en perfectas condiciones hace solo unos días. ¿Cómo puede ser que la rueda esté tan destrozada? —Theo tomó un respiro para calmarse, dirigiendo su atención a sus tierras para apaciguar su temperamento, la escarcha ardiendo mientras el sol de la mañana se movía a través de los terrenos, creando remolinos de niebla sobre los campos mientras se elevaba.

Esto era solo un pequeño contratiempo. En unos días, podría comenzar su viaje a Londres y encontrar a su esposa antes de que los acreedores vinieran y se apoderaran de su hogar por impuestos impagos, dejándolo sin nada más que el título sobre su cabeza.

¿Qué haría si ocurriera lo peor? Tenían una casa en Londres que afortunadamente no estaba vinculada y había sido parte de la herencia de su madre. La casa había permanecido bajo el control de su madre, incluso después del matrimonio. Podrían ir allí, supuso, aunque la vergüenza de vivir en Londres sin una finca en el campo era mejor que no tener a dónde ir en absoluto.

Todo gracias al codicioso rey Jorge. Cómo detestaba al real, presuntuoso y ladrón bastardo.

—Me disculpo, mi señor. Cuando la rueda cayó en un bache en el camino, se agrietó. Supongo que podemos estar agradecidos de que haya sucedido aquí y no mientras los caballos estaban al galope.

Theo asintió, eso era cierto, y Thomas, el mozo de cuadra, tenía un buen punto. Si la rueda se hubiera roto mientras viajaban a alta velocidad, el carruaje podría haberse volcado, y los caballos con él. No podía permitirse perder dos de los caballos que poseía, aunque solo fueran caballos de

tiro.

Se pasó una mano por el cabello. Demonios, extrañaba tener una buena montura para cabalgar. Un caballo que pudiera llevar a la ciudad y no tener que alquilar como siempre hacía. El caballo que montaba en la finca era casi tan viejo como él, y no sobreviviría un viaje a Londres.

—Tendremos que llevar la rueda al pueblo para que la reparen. No hay otra opción. Encárgate de que se haga —dijo Theo, dejando el ofensivo vehículo y la rueda a los trabajadores del establo.

Se dirigió hacia el frente de la casa, suponiendo que estar atrapado en su hogar no era tan malo. Mejor que quedar varado al lado del camino, vulnerable a los maleantes y salteadores de caminos.

El sonido de risas femeninas, una de ellas de su mamá, que no había escuchado en mucho tiempo, llamó su atención, y miró hacia los terrenos cerca del frente de la finca, viendo a la señorita Smith y a su madre dirigiéndose hacia la locura oculta en los terrenos.

Por supuesto, como muchas características de la finca, la locura circular estaba tan deteriorada y necesitada de reparación como todo lo demás. La nueva esposa rica que conseguiría arreglaría todo eso. Lo haría tan grandioso y atractivo como alguna vez había sido el ornamento del jardín.

Se detuvo en el frente de la casa, observando cómo su mamá se aferraba al brazo de la señorita Smith, sus animadas facciones le decían a Theo que estaba inmersa en una conversación y disfrutando inmensamente.

Un alivio lo recorrió al saber que había tomado la decisión correcta con la ayuda que había contratado. Hacía tanto tiempo que ella ni siquiera había salido al exterior. Lanzó una mirada contemplativa a la casa y decidió que no necesitaba entrar tan pronto antes de que sus pies se dirigieran hacia su madre y la señorita Smith.

Señorita Smith...

Qué sorpresa era ella para su hogar. No es que se suponía que él estaría aquí el tiempo suficiente para conocerla, pero sin embargo, hoy no viajaría a la ciudad, así que ¿por qué no unirse a su madre y su acompañante para dar un paseo? No había nada malo en tal actividad, y le haría bien. Pasaba demasiadas horas en el interior, encorvado sobre sus libros de contabilidad que siempre llegaban a la misma cantidad sin importar cuántas veces sumara las cifras.

Nada.

No le tomó mucho tiempo alcanzarlas, ya que caminaban a un ritmo más lento debido a la salud de su madre. Aunque, al acercarse a ellas hoy, no pudo evitar notar lo bien que se veía. Había un bonito color en sus mejillas, y sus ojos estaban brillantes y alerta. Más de lo que los había visto en mucho tiempo.

—Buenos días, señoras. Espero que tengan espacio para que otro se una a ustedes en su paseo matutino.

Su madre se detuvo, frunciendo el ceño hacia él.

—¿Por qué no estás de camino a Londres? Pensé que te habías ido esta mañana —le preguntó, volviéndose para mirar hacia la casa como si eso explicara su presencia ante ella.

Él también se volvió, observó un momento mientras sus dos lacayos llevaban sus baúles de vuelta a través de las puertas principales. Suspiró.

—Parece que la rueda del carruaje se ha roto. Retrasará mi partida un día o dos, creo. Espero que no estés demasiado decepcionada de que esté en casa al menos dos días.

Su madre se rió, tomando su brazo y soltando el de la señorita Smith.

—No me importa en absoluto, querido. La señorita Smith me estaba contando cuánto aprecia la tranquilidad aquí en Somerset. Yo estaba tratando de explicarle cómo eran los jardines antes de que tu padre los arruinara todos.

Theo ignoró el insulto de su madre hacia su padre. Hacía mucho tiempo que lo culpaba por su deuda, pero no era su culpa. El rey lo había engañado en su juego de cartas y había dejado a la familia luchando desde entonces. Cuando un juego no era limpio o justo, no se podía culpar a nadie.

—Los jardines eran hermosos una vez. Recuerdo de niño filas de lechos de colores, abejas y mariposas por todas partes. Los céspedes en varios lugares de la finca tienen pendiente, y a menudo rodaba por ellos —Y un día, haría que sus hijos hicieran lo mismo una vez que encontrara a su rica novia y se casara con ella.

Captó la mirada de la señorita Smith. Su sonrisa nostálgica tiró de algo dentro de su pecho. Quería que su esposa mirara así cuando contemplara los terrenos. Cuando le ayudara a devolver la finca a lo que una vez fue.

No es que no fuera a mimar a su esposa, porque lo haría. Estaba decidido a ser amoroso y darle todo lo que deseara, incluida una corona de marquesa.

—La finca es hermosa, incluso si está un poco salvaje y sin domar. Podría encontrarme bastante feliz aquí, sin importar la estación —dijo la señorita Smith, continuando con su paseo.

Era una declaración atrevida ya que solo iba a quedarse aquí por cuatro semanas, el tiempo que él quería estar fuera en Londres. Estaba muy segura de sí misma. No es que conociera a muchas acompañantes, pero no creía que todas ellas fueran tan confiadas y capaces de hablar así ante un lord del reino.

Aun así, le complacía que apreciara su hogar, sin importar su condición.

—Espero que su estancia sea agradable, señorita Smith —Llegaron al puente de piedra que cruzaba el gran lago artificial que su bisabuelo había excavado a mano. La locura circular apenas era visible a través del follaje en la colina sobre la que se asentaba.

No les tomó mucho tiempo llegar a la base del viejo camino de grava que conducía hasta el edificio. Su madre se detuvo, sentándose en un pequeño banco de piedra que estaba bajo un árbol.

—Me sentaré aquí y esperaré a que regresen. No puedo subir hasta la locura estos días, pero

puedo verlos la mayor parte del camino. Estará bien que continúen —dijo, abriendo su sombrilla y poniéndose cómoda.

Theo hizo un gesto para que la señorita Smith lo precediera, y con un poco de vacilación, ella comenzó a subir la ligera pendiente. Habían pasado varias semanas desde que había estado aquí, y el camino estaba empezando a ser casi intransitable en algunos lugares debido a los cerezos y zarzas que crecían descontroladamente.

Por supuesto, haría que su jardinero se ocupara del desorden si tuviera uno. Interiormente se estremeció, deseando que sus circunstancias fueran mejores, incluso ante una dama de compañía como la señorita Smith.

Qué afortunado era que ella no fuera una dama de influencia o sociedad.

CAPÍTULO CINCO

ELENA COMENZÓ A SUBIR LA COLINA, cuya pendiente no era demasiado pronunciada y nada que no hubiera intentado antes. Sin embargo, el sendero estaba plagado de maleza y piedras caídas de la ladera, lo que dificultaba mantener el equilibrio.

La vegetación no había recibido una buena poda en varios años, según su estimación, y no era la primera vez que notaba el estado ruinoso de la finca Lyon.

No tenía dudas de que la única razón por la que su señoría viajaba a Londres durante un mes era para encontrar esposa, y una rica, además. Tales uniones se hacían todos los días, pero ciertamente no era el tipo de matrimonio que ella deseaba para sí misma. Ya era bastante malo que los cazafortunas la vieran como un escalón hacia la cima de la sociedad y nada más.

Ella anhelaba un matrimonio de afecto y amor, como el que sus hermanas habían tenido la fortuna de encontrar. No importaba si él era un lord o simplemente un señor, siempre y cuando la amara y adorara.

Casarse por riqueza y conexiones parecía algo frío, y ella había visto muchas de esas uniones en la corte real de Atharia, muchas de ellas infelices.

—¿Cómo está disfrutando su tiempo aquí en el campo? ¿Ha viajado mucho trabajando como dama de compañía?

La voz de Lord Lyon, un poco sin aliento, la sacó de sus pensamientos, y ella miró por encima del hombro para responder. —Esta es la primera vez que salgo de Londres, milord —No iba a decirle que había viajado extensamente por el continente, siendo quien era, había visitado la mayoría de los países de Europa, solo que no el campo inglés.

Pero esta era su primera vez en Somerset, así que su respuesta no era del todo deshonestas. —La finca y los terrenos son vastos y hermosos. Espero sacar a la viuda más a menudo si este clima encantador se mantiene.

—Nunca discutiría tal opinión sobre mis tierras —dijo Lord Lyon con una pequeña risa—. Sin embargo, el clima inglés es probable que cambie en cualquier momento. Espero que se mantenga agradable durante su estancia con nosotros.

—Yo también lo espero —Caminaron un poco más hasta llegar a un claro que dominaba los terrenos de abajo. Desde este punto de vista, podían ver a la viuda, protegiéndose los ojos y

observando su progreso—. Si me permite ser tan atrevida, milord, espero que me dé permiso para llevar algunos de sus libros de la biblioteca a mi habitación para leer. Me resulta difícil dormir, y leer siempre ayuda.

Su señoría se aclaró la garganta, con la atención en algún lugar en dirección a su casa, cuyo tejado podían ver asomando entre los árboles. —Por supuesto, puede hacer uso libre de la casa y todo lo que hay en ella. Hay una sala de música en la planta baja si sabe tocar. Debo advertirle que el piano no ha sido afinado en algunos años, pero estoy seguro de que sonará lo suficientemente bien.

Ella lo estudió un momento. Parecía pensativo, algo decepcionado por sus palabras, y no pudo evitar preguntarse si se avergonzaba del estado de su hogar.

Algo había ocurrido en la vida de su señoría que los había colocado en una situación financiera tan precaria, pero ¿qué? El difunto Marqués de Lyon había fallecido hacía varios años, pero ¿podría haberlos dejado con una deuda tan abrumadora? No tenían dinero. Eso era obvio, así que alguien debía haber sido el culpable, el miembro de la familia que provocó esa situación.

Su señoría respiró hondo, y Elena observó su perfil. Era un hombre apuesto. Alto, de complexión atlética, hombros anchos y mandíbula cincelada. Tuvo el abrumador deseo de tocar su rostro y comprobar si la sombra que besaba sus mejillas era áspera y le haría cosquillas en la palma.

¿Cómo se sentiría un beso de semejante hombre?

Un escalofrío la recorrió, una sensación extraña y temblorosa que nunca antes había sentido, y frunció el ceño. No debería estar pensando en su señoría de esa manera en absoluto.

Pronto se iría a Londres, y ella estaba aquí para cuidar de la querida amiga de su madre que necesitaba apoyo. Su señoría se casaría con una esposa rica y solucionaría los problemas financieros de su familia.

Podrías casarte con él. Tú también eres una heredera.

Elena descartó el pensamiento tan pronto como lo tuvo. Aún no estaba lista para el matrimonio. Acababa de cumplir diecinueve años, y nadie que hubiera conocido hasta ahora en Londres le había interesado más allá de compartir cortesías.

Lord Lyon podría ser muy apuesto, pero ella no conocía su personalidad, cuáles eran sus gustos y disgustos. Podría no encontrarlo en absoluto atractivo si descubriera que no le gustaban los gatos o maltrataba a sus caballos.

Se mordió el labio, sabiendo que no debería imaginar nada relacionado con su señoría. Para cuando ella regresara a la ciudad, él ya estaría fuera del mercado matrimonial, así que reflexionar sobre él era inútil.

—¿Continuamos? —le preguntó él.

—Sí —Elena se giró para continuar justo cuando su pie resbaló en una piedra suelta. Extendió las manos, preparándose para la caída, cuando unos brazos rodearon su cintura más rápido de lo que jamás hubiera creído posible, y fue levantada contra el pecho endurecido y

musculoso de Lord Lyon.

Jadeó, con el brazo de él vergonzosamente cerca de la base de sus senos. Su corazón latía rápidamente, y cerró los ojos brevemente. La sensación de un hombre sosteniéndola tan cerca, más cerca de lo que jamás había estado con nadie en su vida, envió un delicioso temblor a través de su sangre.

Él era todo lo que un caballero debía ser, servicial cuando una iba a caer, y tan encantador para apoyarse después del hecho.

Se aclaró la garganta. —Gracias, milord. Creo que he recuperado el equilibrio.

Él la soltó de su agarre, asegurándose de que efectivamente estuviera segura sobre sus pies. —¿Desea regresar o continuar? La locura vale la pena verla, y la vista es aún mejor que esta. Pero si está herida, podemos volver a bajar.

—Deseo continuar —admitió, volviéndose y comenzando a subir la colina, esperando que él no notara el calor que ardía en sus mejillas. Nunca había estado tan cerca de un hombre antes. Ni siquiera cuando su tío la había encerrado en Atharia la habían manoseado así.

El ascenso a la locura tomó varios minutos más, con un punto particularmente difícil donde los zarzales cubrían el camino antes de que se abriera un borde herboso alrededor de la locura. Subieron las escaleras para caminar por su borde circular, dándoles una magnífica vista de la finca.

Lord Lyon se detuvo y Elena se unió a él, admirando la vista. —Hermoso —declaró. Era uno de los panoramas más bonitos que había visto en su vida. Y eso era mucho decir, considerando que adoraba Atharia y sabía en lo más profundo de su alma que nada superaría la belleza de su tierra natal.

Sin embargo, Somerset estaba quedando en un muy cercano segundo lugar. Desde esta altura, la finca se podía ver claramente en el valle de abajo; las ventanas de la casa reflejaban el sol de la mañana. El diseño de los terrenos también era más fácil de distinguir desde aquí, y Elena podía ver la disposición, los parterres rectangulares y circulares que alguna vez estuvieron llenos de flores y pequeños setos.

Qué bonito debió haber sido, y qué terrible para su señoría y su madre no tener un hermoso jardín para disfrutar.

—Gracias. Me complace que haya encontrado que la subida valió la pena, señorita Smith.

—Creo que tendré que volver aquí. Me gustaría hacer un boceto de la casa desde esta vista si me lo permite. Se lo regalaré a su madre, ya que ella ya no puede subir hasta la locura.

Lord Lyon la miró a los ojos, y algo en sus orbes azul oscuro la intrigó. ¿Qué estaría pensando? ¿Le gustaba su sugerencia? ¿Le complacía?

Esperaba que su gesto le agradara, aunque no podía decir por qué. Solo que sentía empatía por esta familia y sus circunstancias; si su tío hubiera tenido éxito en convertirse en Rey de Atharia, un destino similar podría haber sido el suyo y el de sus hermanas.

No habrían tenido un hogar y habrían dependido de la caridad y el apoyo de otras casas

reales en Europa e Inglaterra.

—Eso es muy amable de su parte, señorita Smith. Mi madre adoraría tal regalo —hizo una pausa, cambiando de postura—. Parece llevarse bien con mi madre. Cuando se conocieron, no pensé que duraría más de un día.

Elena también se lo había preguntado, pero la viuda, sabiendo quién era ella y el vínculo con su madre, había ayudado a allanar el camino para una nueva amistad. No es que pudiera contarle tales verdades a su señoría, pues la enviaría de vuelta a Londres más rápido de lo que ella pudiera hacer su baúl.

—La viuda es una dama maravillosa, y sabía que una vez que me conociera, nos llevaríamos bien. No hay nada que me guste más que ayudar a la gente y, sin importar cuánto tiempo le tome su estancia en Londres, mi señor, sepa que haré todo lo posible para que mi tiempo aquí en Somerset sea lo más agradable posible para la viuda.

Su señoría sonrió, y Elena luchó por mantener la compostura. El hombre era demasiado apuesto, demasiado amable y dulce y disponible cuando ella estaba decidida a no estarlo.

Tragó saliva, dándose cuenta de golpe que él era diferente a cualquiera que hubiera conocido hasta ahora en Inglaterra. Una pequeña punzada de fastidio se asentó en sus hombros al pensar que había dejado Londres y no estaría allí para conocerlo mejor como iguales. Si lo hubiera conocido con su verdadera identidad, tal vez podría haber sido un caballero digno de conocer mejor.

Aquí en Somerset, él la consideraba una dama de compañía, nada más que una sirvienta glorificada en realidad. Nunca la vería como una posible esposa. Ciertamente no cuando necesitaba fondos para su finca, y él asumiría que ella no tenía dote.

Si tan solo supiera que ella tenía mucho más que solo una dote.

—Gracias. Eso es un gran consuelo para mí. Mi madre no lo ha tenido fácil desde que mi padre falleció —suspiró, pasándose una mano por el cabello y dejándola con la boca seca—. Nadie aquí lo ha tenido, a decir verdad. Los tiempos son difíciles, por eso es imperativo que regrese a la ciudad y pronto.

Sin pensarlo, Elena extendió la mano y apretó el brazo de su señoría en señal de consuelo. Los ojos de él se abrieron de sorpresa, y ella retiró la mano de inmediato. ¿Qué estaba haciendo? No podía tocarlo. No como la señorita Smith, en todo caso. Tendría suerte si conservaba su puesto, siendo tan táctil. —Le pido disculpas, mi señor. Solo pretendía ofrecerle apoyo. Entiendo su necesidad de volver a la ciudad, y le deseo lo mejor en sus esfuerzos.

Él no dijo nada, simplemente asintió y volvió a mirar la finca, con un músculo trabajando duro en su mandíbula.

Elena pasó rápidamente junto a él, deseando volver con la viuda cuanto antes, antes de hacer algo más inapropiado con su señoría.

¿Qué le había perturbado la mente para pensar en tocarlo? Tales acciones no eran aceptables. Tonta, ingenua chiquilla. Él pensaría que estaba intentando seducirlo, lo cual no era cierto.

Su crianza real significaba que siempre mostraba consuelo y apoyo cuando otros lo necesitaban, sin importar su posición.

Tenía que recordar que no podía hacer eso aquí, no con Lord Lyon, quien no conocía la verdad de su situación como la viuda.

Qué lío había hecho, y solo era su primer día. Necesitaba hacerlo mejor, y mañana cuando él se fuera, lo haría. Eso podía prometérselo por encima de todo.

CAPÍTULO

SEIS

MÁS TARDE ESA NOCHE, Theo se sentó en su escritorio, repasando las cifras una vez más, tratando de exprimir cualquier fondo disponible para su próximo viaje a Londres. Sin mencionar la rueda del carruaje cuya reparación debía pagar.

Cerró de golpe el tomo financiero. No había caso, no podía hacer crecer dinero en los árboles, y no habría cambio suelto por la casa. Tendría que viajar a Londres y usar la misma indumentaria que se había mandado a hacer dos años atrás.

Su lacayo actuaría como su ayuda de cámara. Una posición que el joven Sam había estado ocupando desde que su anterior ayuda de cámara había fallecido no hace mucho.

El tintineo de las teclas del pianoforte llegó a sus oídos, y se reclinó en su silla y cerró los ojos. Habían pasado tantos años desde que había escuchado las notas de marfil cantar por la casa. Su madre no había tocado mucho antes de que su padre muriera. A menudo se había preguntado si sus padres eran tan felices como siempre había pensado. No creía que lo fueran.

Pero lo que sí sabía era que, justo en este momento, el sonido de música alegre era exactamente lo que necesitaba. Un poco de luz en su mundo oscuro, un pequeño recordatorio de que aún había cosas bonitas para disfrutar. Que aún había días por delante a los que mirar con ilusión.

La señorita Smith era una excelente intérprete, y tenía pocas dudas de que era ella quien hacía cantar al pianoforte.

Theo se levantó y fue hacia la puerta de la biblioteca que comunicaba con la sala de música y la abrió una fracción. Observó cómo la señorita Smith tocaba con la destreza de un maestro, sus dedos largos y delicados moviéndose sobre las teclas con gracia y habilidad.

Era afortunado en su elección de acompañante para su mamá, y estaba seguro de que dejaba a su progenitora en manos capaces.

—Toca usted muy bien, señorita Smith —dijo, incapaz de permanecer oculto por mucho tiempo. Tal interpretación requería elogios, y sería una buena práctica para cuando fuera a la ciudad a buscar esposa. Notó que ella no se sobresaltó, ni sus dedos vacilaron cuando reconoció su presencia. Una maestra, sin duda.

—Me enseñaron desde muy joven, milord. Su madre quería escuchar algo de música en la

casa ya que se ha retirado por la noche. Me aseguró que podría oír la música desde su habitación. Espero no haberlo interrumpido, sin embargo.

Él desechó sus preocupaciones con un gesto, saboreando la visión de ella ante él. Qué agradable era tener compañía, una mujer inteligente y capaz bajo el techo que no era familia. La señorita Smith se había cambiado a un vestido azul claro, recordándole el cielo de un claro día de verano. Era una mujer hermosa, y necesitaba recordarse a sí mismo que no era para él. Ni siquiera cuando ella lo miraba mientras tocaba, con una pequeña sonrisa en sus dulces labios.

Labios que suplicaban ser besados, saboreados y degustados en cada oportunidad conocida por el hombre.

—La música tocada por manos capaces nunca es un impedimento. Mi madre tiene razón. Es muy agradable escuchar música en el hogar. —La señorita Smith continuó tocando, cambiando sin esfuerzo a otra canción, otro compositor.

Ella se mordió el labio durante un pasaje difícil, y su corazón se agitó. ¿Qué le pasaba? No debería estar admirándola así. Demonios, necesitaba regresar a Londres para conseguir una esposa rica y dejar de lado sus pensamientos descarriados sobre la dama frente a él.

—Me alegro de que disfrute mi interpretación. Me aseguraré de hacerlo a menudo mientras esté aquí, si complace a su madre.

Por un tiempo, Theo no pudo retirarse, aunque debería. Ella era una doncella soltera, la acompañante de su madre, y él era un lord en edad de casarse. Si lo atraparán aquí con ella, quedaría comprometida. Que no pudiera casarse con ella para salvar su reputación, lo juzgarían para siempre como un canalla que sedujo a una mujer inocente.

Aun así, sus pies se negaban a moverse. Se perdió en las notas, admirando cómo ella se movía y fluía con la música. El pianoforte no había sido afinado en años, pero aún sonaba bien y divino.

Había echado de menos noches como estas. Pasar unos momentos sin preocuparse por cómo pagaría a su personal, mantendría techos sobre las cabezas de sus inquilinos y a su madre saludable.

No podía fallarles a ninguno de ellos. Tenía que casarse bien, por desagradable que pareciera ese futuro. Casarse con una mujer por su fortuna nunca había sido lo que quería, pero desafortunadamente era algo que tenía que hacer.

La canción llegó a su fin, y la señorita Smith dejó caer sus manos en su regazo desde las teclas, una sonrisa complacida curvando sus labios.

Él aplaudió, su apreciación sincera. —Maravilloso, señorita Smith. Si mi madre no lo hace, le ordeno que toque cada noche, incluso si no estoy aquí. Su interpretación es insuperable.

Un ligero rubor besó sus mejillas. No podía dejar de admirar su encanto y cálida personalidad, diferente a cualquiera que hubiera conocido antes. Esperaba que quien fuera la mujer con la que se casara fuera similar.

Ella se deslizó de la silla y se paró frente a él, haciendo una reverencia. —Lo haré, por

supuesto, milord. Ahora, será mejor que suba a ver cómo está su madre antes de retirarme.

Theo se apartó de su camino y le permitió pasar. Miró por encima de su hombro, observándola marcharse. Había una elegancia en ella, una gracia que no podía entender. ¿Cuál había sido su educación? ¿Por qué era la acompañante de una dama y no la esposa de algún caballero?

Se volvió hacia el pianoforte, frunciendo el ceño pensativo. Quizás como él, la señorita Smith también tenía secretos y estaba tratando de sacar lo mejor de su vida al igual que él.

Solo podía esperar que ambos tuvieran éxito en sus esfuerzos.

Elena tomó un respiro calmante al llegar a la base de las escaleras. Con Lord Lyon observándola tocar el piano, había estado llena de nervios. Cómo había logrado el difícil pasaje de Bach, nunca lo sabría. Había pasado mucho tiempo desde que había permitido que alguien la escuchara tocar.

Antes de que su tío intentara su golpe de estado, ella había tocado a menudo en Atharia, para su familia y la corte real. Pero habían pasado al menos dos años desde que lo había hecho. Su tío había considerado su interpretación inepta y la había hecho tocar ante él y la corte, durante horas, todo el tiempo gruñendo y lanzando insultos sobre su habilidad.

Había llegado a aborrecer el instrumento, y sin embargo no debería haberlo hecho. Debería haber dirigido todo su aborrecimiento y odio hacia su tío. Que su señoría apreciara su interpretación era un bálsamo calmante para un alma herida que necesitaba reparación.

Lo había observado disfrutar de la música. Por un momento, él había cerrado los ojos, deleitándose con su interpretación, y ella pensó que podría desmayarse ante la tentación que él representaba. Una pequeña sonrisa traviesa había curvado sus labios, y ella no podía dejar de pensar en cómo sería besarlo.

Un pensamiento absurdo y tonto que no debería tener, no cuando él estaba a punto de ir a la ciudad a buscar esposa. Y ciertamente no mientras ella estuviera aquí, viviendo en su casa como dama de compañía y mintiéndole sobre todo.

¿Qué harás si te ve en Londres después de su boda? ¿Qué harás entonces?

Elena corrió a las habitaciones de la viuda, asomándose a la puerta y aliviada al ver que estaba acostada pero aún despierta. Llamó a la puerta, y la marquesa le hizo un gesto para que entrara.

—¿Qué sucede, querida? Pareces pálida. ¿Está todo bien? —le preguntó su señoría, palmeando las mantas a su lado.

Elena cerró la puerta y se acercó a la cama, sentándose junto a la viuda.

—Acabo de darme cuenta de que en el futuro, cuando regrese a Londres, Lord Lyon podría verme allí. Que pensará que soy una dama de compañía asistiendo a bailes y fiestas a las que no debería asistir. ¿Qué haré entonces? ¿Qué debo hacer ahora sobre este problema en el que no había pensado?

Elena se mordió el labio inferior. Quizás no había pensado tan bien su plan de esconderse en

el campo después de todo.

Su señoría se rio entre dientes.

—No temas, querida. Le diremos a mi hijo la verdad sobre tu situación cuando te vayas. Es todo lo que podemos hacer. Inventaré alguna excusa para tu disfraz, pero una vez que sepa que yo era amiga de tu querida madre, no cuestionará tu presencia aquí. Simplemente pensará que el disfraz era para permitirte estar de incógnito en el campo. A salvo de los chismes, y que buscaste su casa como refugio para lograrlo.

Elena esperaba que ese fuera el caso, pero ¿y si no lo era?

—¿Pero no se enfadará? Él me contrató, y aunque todo eso fue planeado y correcto, no quiero que se enoje. No quiero que piense mal de mí —admitió con sinceridad. Y era cierto. De alguna manera, en los últimos dos días que había conocido a Lord Lyon, había llegado a respetarlo a él y sus decisiones. Quería que él sintiera lo mismo por ella.

—No se enfadará. Rara vez pierde los estribos. Mi hijo es incapaz de sentirse insultado. Se sentirá honrado de haberte ayudado. Ahora, si fueras parte de la familia real inglesa, podría tener preocupaciones por tu posición en lo que respecta a mi hijo, pero eres de tierras extranjeras. No te juzgará. Estoy segura de ello.

Elena esperaba que eso fuera cierto, pues no quería crear un escándalo ni causar ningún bochorno a su señoría. Ni aquí en Somerset ni de vuelta en Londres.

—Si está segura —dijo vacilante, odiando la idea de que su señoría estuviera tan molesto con ella por mentirle que ya no la tratará con amabilidad. El año con su tío había sido doloroso, y no creía poder soportar una mala palabra de nadie nunca más. No durante toda su vida.

—Estoy muy segura, querida. Ahora, ve a descansar. Espero pasear por los jardines de nuevo mañana y quizás visitar el río junto al que no me he sentado en algunos meses.

Elena no estaba segura de por qué hizo lo siguiente, pero se inclinó y besó la frente de su señoría.

—Buenas noches, mi lady. Espero con ansias nuestras aventuras mañana.

—Buenas noches, querida —dijo su señoría mientras Elena se levantaba y se dirigía a la puerta, con una sonrisa complacida en los labios de la viuda.

Elena caminó hacia su habitación, sus pasos lentos mientras reflexionaba sobre las palabras de su señoría y su hijo, que ocupaba demasiado espacio en su cabeza. Como si lo materializara de sus pensamientos constantes, escuchó el picaporte de una puerta en el extremo opuesto del pasillo y se volvió, viendo a su señoría retirarse para la noche.

Debería ir a su habitación, y sin embargo, se quedó allí, observándolo, estupefacta por su mera presencia. Su corazón latía rápido, golpeando contra sus costillas, y un aleteo se elevó en su vientre.

Esto era malo. No debería sentir lujuria por su empleador, porque eso era lo que él era para ella ahora mismo. Su tonto plan había permitido esa farsa, pero ahora no quería interpretar el papel de dama de compañía, no cuando se trataba de su señoría. Suspiró, su engaño imposible de

cambiar, al menos no ahora. No estaba aquí para ganar el corazón del hombre al final del pasillo. Estaba aquí para cuidar de su señoría y volver a su vida en cuatro semanas. Si él seguía soltero entonces, tal vez podría mostrar su interés.

Lord Lyon miró hacia el pasillo, y sus ojos se encontraron, se mantuvieron fijos. La observó un momento, el calor abrasando su piel mientras su atención se deslizaba sobre ella como un toque físico. Sus ojos recorriendo cada uno de sus rasgos, su vestido hasta sus zapatillas de seda antes de volver a su rostro. Su respiración se aceleró, y ella se estremeció, deseando que fuera más que sus ojos los que consideraran su carne.

Su señoría retrocedió y cerró la puerta, el chasquido de la cerradura poniendo fin a sus pensamientos rebeldes.

Sus hermanas le arrancarían las extremidades si supieran que albergaba pensamientos tan pecaminosos y ruinosos. Se mordió el labio. Bueno, Holly lo haría, al menos. Alessa podría sonreír con suficiencia y felicitarla por convertirse en una mujer que podía admirar.

Con ese pensamiento, Elena corrió el resto del camino hasta su habitación, cerró la puerta con un golpe decidido y también la cerró con llave. No estaba segura si era para mantener a su señoría fuera o para mantenerse encerrada a sí misma.

CAPÍTULO SIETE

EL ESCASO personal de la finca Lyon había preparado una hermosa manta y una cesta de picnic para que su señoría y Elena disfrutaran al día siguiente. Con la rueda del carruaje aún en reparación en el pueblo, Elena sabía que el marqués seguía en la finca, y un almuerzo junto al río era justo lo que necesitaba para asegurarse de mantenerse alejada de su señoría y sus miradas pícaras que la habían mantenido despierta la mitad de la noche.

El calor se extendió por sus mejillas al pensar en cómo había actuado la noche anterior. ¿Qué pensaría él de ella? Una mujer ligera, estaba segura, una dama de compañía que iba tras un lord y era lo suficientemente atrevida como para observarlo buscar su habitación para pasar la noche.

Ella no era nada de eso, pero ¿qué la había poseído para quedarse en el pasillo la noche anterior y mirar fijamente a su señoría? La estupidez de sus acciones estaba más allá de su comprensión.

¿Cómo iba a enfrentarse a él cuando tuviera que hacerlo hoy?

Afortunadamente, su señoría desayunó en su habitación esta mañana, por lo que Elena no tuvo que bajar a desayunar, pero al no haber comido nada debido a sus nervios por lo que había hecho, ahora estaba hambrienta.

Su estómago rugió como si le recordara su falta de sustento. Sirvió una copa de Madeira para su señoría y otra para ella, bebiendo la suya antes de entregarle la copa a su señoría.

—Aquí tiene, mi señora. Serviré el almuerzo ahora si está lista.

—Sirve, querida. Estoy lista, aunque la idea de que una princesa sirva a una marquesa es absurda.

Elena se rio, entregándole a su señoría una galleta dulce cubierta de mermelada.

—Si fingir ser otra persona me permite tener algo de paz, aunque sea por un mes, no me importaría ni alimentar a un insecto.

Su señoría masticó su comida, estudiándola por un momento.

—No puedo evitar pensar, querida, que le convendrías a mi hijo. Ahora sé que no estás buscando casarte todavía y que deseas quedarte aquí para tener un respiro, y por supuesto que apoyo eso —declaró su señoría, extendiendo la mano para darle una palmadita—. Pero él es elegible, y creo que está curioso acerca de ti. Tal vez deberías decirle la verdad ahora y ver si una

unión entre ustedes dos podría ser algo que floreciera y creciera.

El recuerdo de la mirada ardiente de su señoría la noche anterior se materializó en su mente, y sería una mentirosa si pensara que la idea no se le había ocurrido también. Pero no podía. Un matrimonio por amor no se forzaba simplemente porque ella estuviera aquí y fuera elegible y lo suficientemente rica para salvar la finca.

—Quiero que me cortejen y se enamoren de mí, mi señora. No quiero casarme porque soy elegible. Respeto a su hijo, y es un hombre muy atractivo, pero preferiría que mi unión sucediera de forma natural y sin ninguna ayuda o presión de nada más, si me entiende. Espero no haberla ofendido.

—Por supuesto que no —declaró su señoría—. Pero te tengo cariño, y sé que tu madre aprobaría que nuestras familias se unieran por fin. Pero me haré a un lado, te permitiré tener tu tiempo y encontrar el amor cuando el amor esté listo para capturar tu corazón. Mi hijo, como dices, se va a Londres, probablemente mañana, y esperaré con ansias a quien capture su atención para ser la próxima Marquesa de Lyon. Ciertamente estaré encantada de ceder el cargo tan pronto como anuncie su compromiso.

Elena bebió un sorbo de su bebida, observando sus alrededores, el río que fluía lentamente frente a ellas, los pocos patos que podía ver entre los juncos del otro lado. Se sentaron bajo la sombra de un gran roble, pero incluso en las sombras, el día era inusualmente cálido.

—¿Alguna vez ha nadado aquí, mi señora? Parece haber un borde arenoso que lleva al lago aquí. Es muy tentador. Debo decir —dijo Elena, con el corsé y la enagua bajo su vestido un poco pegajosos por el calor.

—No he nadado aquí desde que Theo era un niño pequeño, pero creo que Theo aún nada aquí en verano. Eres más que bienvenida a hacerlo, si te place. Nadie viene nunca a esta parte del jardín.

La idea era tentadora, escaparse y nadar más tarde hoy cuando su señoría tomara su descanso de la tarde.

—¿A su señoría no le importaría si nadara aquí durante el día? Se supone que debo estar cuidando de ti, no galopando por la finca como si estuviera disfrutando de una fiesta en la casa.

—No, en absoluto. —La viuda se rio, metiéndose una fresa en la boca—. Tendrá que responderme a mí si lo hace, porque si deseo que mi acompañante disfrute de una relajante tarde de natación, eso es decisión mía.

Elena volvió a mirar el agua clara y azul, la vista era más tentadora incluso que su señoría en este momento.

—Entonces creo que lo haré. Gracias por ser tan encantadora y amable conmigo.

La viuda extendió la mano y le dio una palmadita en la mejilla.

—Es un placer, querida. Ahora sé un encanto y pásame otra de esas galletas. Son divinas.

Elena lo hizo y cambió la conversación al viaje de su señoría y a quién conocía que estaba en la ciudad y posibles parejas para el marqués. La conversación mantuvo ocupada a su señoría,

pero la mente de Elena estaba en otra parte. Todo en lo que podía pensar era en refrescarse en las aguas detrás de ella, más pronto que tarde, si el calor opresivo empeoraba.

Más tarde esa tarde, Elena se escabulló de la casa por las puertas de la terraza en el lado este y corrió hacia la orilla del río, donde había almorzado con la marquesa.

Con pocos sirvientes, nadie había notado su partida, y como su señoría había viajado al pueblo cercano para revisar la rueda del carruaje, era lo suficientemente seguro ir a nadar.

Elena se quitó su ligero vestido de muselina, las ligas, las medias y las botas, dejándose solo la enagua. Tendría que lavarla y secarla más tarde hoy, pero la enagua tendría que servir como traje de baño al no tener nada más que usar.

Flexionó los dedos de los pies en la hierba cálida y suave antes de dirigirse a la orilla del río, sumergiendo un pie en el agua. Estaba fresca, pero no tan fría como para no poder nadar cómodamente.

Elena miró por encima de su hombro, comprobando que realmente estaba sola antes de pisar el banco de arena bajo la orilla del agua. La sensación refrescante instantáneamente la hizo sentir mejor, y caminó más lejos, cada paso acercándola cada vez más a la felicidad.

Se zambulló cuando fue lo suficientemente seguro hacerlo, el agua refrescante y fría contra su piel acalorada. Se rio, incapaz de contener la alegría que sentía por estar allí. Por estar en Somerset, lejos del ton y las presiones que su título le traía. Que estuviera nadando en un río en una finca de campo, sin ser vista por ser una dama de compañía y libre de hacer lo que quisiera, era pura dicha.

No pudo evitar sentir que este viaje a la finca Lyon era una de sus mejores ideas hasta la fecha, y estaba un poco orgullosa de sí misma por hacer lo que hizo. Se zambulló en el agua de nuevo para celebrar.

Theo caminó las tres millas desde el pueblo, habiendo optado por dejar los caballos del carruaje en sus establos en este caluroso día de verano. El río bordeado de árboles que atravesaba su propiedad lo llamaba, y antes de pensarlo demasiado, se había desatado el pañuelo y lo había metido en su bolsillo.

Sacó la camisa de sus pantalones. Su chaqueta ya colgaba sobre su brazo, habiéndosela quitado hace una milla o más.

Se abrió paso a través del bosquecillo, el sonido de salpicaduras hizo que sus pasos vacilaran. Theo escuchó el ruido de nuevo y procedió con cautela, por si algunas de las sirvientas se estaban refrescando en este caluroso día.

Llegó a un claro que revelaba el lago, y la visión que encontraron sus ojos le heló la sangre. Una mujer estaba nadando, pero algo andaba mal. Sus piernas se agitaban sobre el agua, pero poco más.

Theo corrió a través de los árboles, descartando su ropa en algún lugar entre los arbustos en su prisa por llegar a ella. Corrió y se zambulló hacia donde estaba, aún con los pantalones y las botas puestos.

La agarró por la cintura, y bajo el agua pudo oírla gritar el último aliento de miedo. Su mano estaba atrapada en las algas, sus garras inamovibles envolviendo su muñeca y brazo.

Arrancó las algas, arrancándolas del fondo fangoso y turbio, y agarró a la mujer por la cintura, impulsándose desde el fondo del lago.

Emergieron del agua y la sorpresa y el miedo recorrieron su sangre al darse cuenta de a quién sostenía. La señorita Smith tosía y farfullaba en su intento de recuperar el aliento. Nadó con ella de vuelta a la orilla arenosa antes de levantarla en sus brazos y llevarla a la ribera del río.

La depositó en el suelo, y ella se giró de lado, jadeando por aire. Theo le dio un momento, decidiendo frotar su espalda para reconfortarla en lugar de preguntarle qué hacía en el lago sola sin nadie vigilando.

Si no hubiera pasado por allí cuando lo hizo, se habría ahogado. La idea le hizo querer devolver sus alimentos al pensar en lo cerca que estuvo de no estar más aquí.

—Señorita Smith, ¿puede hablar? ¿Cómo se siente? —le preguntó, complacido de ver que tosía menos y su respiración se calmaba. Le apartó el cabello del rostro, notando el barro del fondo del lago en su mandíbula.

Theo lo limpió con su pulgar, odiando la idea de que podría haber tenido una tumba acuática si no la hubiera encontrado a tiempo.

Ella se giró sobre su espalda, mirando al cielo sin nubes. —Gracias, milord. No sé qué pasó. Estaba nadando, y luego quedé atrapada y no tuve la fuerza para alejarme de los juncos. —Un escalofrío la recorrió, y él notó por primera vez lo que llevaba puesto. O mejor dicho, la falta de ropa que llevaba. Nada más que su camisola, que era tan transparente como el cristal de una ventana.

Alcanzó su vestido y lo colocó sobre ella. —Nunca debería nadar sola. Prométame que no lo hará de nuevo.

Ella asintió, apoyándose sobre sus codos, mirándolo con algo parecido a la admiración. —Me ha salvado la vida. Le debo todo —declaró, con un poco de sorpresa en su tono.

Él se dejó caer sobre su trasero, el alivio inundándolo al ver que ella parecía estar bien y sin daños. —Sí, pero preferiría no tener que intentar tal rescate de nuevo, si no le importa. Prométame, señorita Smith, que nunca nadará sola.

Su atención se dirigió al río, y lo contempló por un momento. —Puedo prometerle que nunca, ni aquí ni en ningún otro lugar, volveré a nadar sola, milord.

Su declaración lo complació. Era una preocupación menos. —Supongo que al estar aquí sola, mi madre está teniendo su descanso de la tarde, ¿verdad?

Ella asintió, sentándose y abrazando sus rodillas. —Así es. Hoy tuvimos un picnic aquí, y ella sugirió que nadara aquí esta tarde. Debería haber pensado en el peligro de nadar sola y haber traído a una doncella conmigo.

Él suspiró, moviéndose para sentarse a su lado, dudando que si una doncella hubiera estado aquí, ella habría estado más segura en el agua. La doncella probablemente se habría congelado de

miedo, entrado en pánico, y la señorita Smith se habría ahogado de todas formas.

—No importa —se encontró diciendo, dándole una mirada consoladora. Ella estaba temblando ahora, sus labios azules, sus dientes castañeteando. Theo divisó su chaqueta tirada en el suelo no lejos de donde se había zambullido en el lago y se levantó para buscarla, volviendo y colocándola sobre sus hombros.

Ella se acurrucó en su prenda, y la visión de ella, despeinada, temblorosa, pero aliviada, le envió un extraño deseo de protección. Quería mantener a la señorita Smith a salvo, darle consuelo, pero no podía entender por qué.

Quizás su casi ahogamiento hoy también había desconcertado su mente, y necesitaba un fuerte trago.

—Debería llevarla de vuelta a la casa. Creo que un baño caliente y un brandy podrían ser justo lo que necesita, señorita Smith.

—Elena, por favor, milord. Después del servicio que me ha prestado hoy, creo que llamarme de manera tan formal ya no es necesario. —Se puso de pie, tambaleándose, y él le tomó la mano, ayudándola a estabilizarse.

—Venga, nos iremos ahora y la llevaré a sus habitaciones. Puedo llamar a un médico si cree que lo necesita.

Ella negó con la cabeza, los últimos alfileres que sostenían su cabello cayendo al suelo. Tenía largos mechones oscuros que estaban enredados, y en algunos lugares tenían pequeñas motas de musgo del río. Le sugeriría a la doncella que la atendiera que su cabello requería un lavado y cepillado minucioso.

—No, estoy bien. Sólo estoy un poco conmocionada por el suceso, eso es todo. Le agradezco su amabilidad.

—Por supuesto, pero si cambias de opinión, no dudes en avisarme. El médico vive en el pueblo cercano y puede estar aquí en media hora.

Ella le dirigió una sonrisa tímida.

—Le haré saber si mi condición cambia, milord.

Él asintió, ayudándola a atravesar su descuidado césped mientras se acercaban a la mansión. Su madre estaba de pie en la terraza, con un ceño preocupado entre las cejas al notar sus ropas mojadas y su aspecto desaliñado.

Ella comenzó a avanzar hacia ellos, y Theo levantó una mano para detener su avance. Ya casi estaban en la terraza, no había necesidad de que su mamá intentara bajar los escalones sin ayuda y se lastimara también. No necesitaba salvar a más damas hoy de hacerse daño a sí mismas. La señorita Smith, Elena como prefería pensar en ella a partir de ahora, había cubierto su cuota lo suficiente.

CAPÍTULO OCHO

ELENA DESPERTÓ SOBRESALTADA, la cama empapada de sudor, su rostro húmedo por las lágrimas. Se limpió las mejillas, la pesadilla aún vívida y demasiado real en su mente. Apartó las sábanas bajo las que dormía y se sentó al borde de la cama. Por un momento, respiró hondo, intentando calmar su corazón acelerado.

Cerró los ojos y las turbias aguas verdes del río se materializaron en su mente. El sonido de su corazón en los oídos, cada vez más angustiado por su situación. La idea de ahogarse y no poder volver a respirar, de morir en una tumba acuática. Sus gritos que nadie escucharía.

Y entonces Lord Lyon, sus fuertes brazos sujetándola y liberándola, su cuerpo firme contra su espalda mientras nadaba con ella hacia la superficie.

Elena se puso de pie y se dirigió a la puerta, abriéndola sin pensar en el ruido que pudiera hacer. Necesitaba una bebida fuerte, más que brandy. Un buen whisky serviría, pero ¿dónde encontrar uno?

La casa estaba silenciosa a esa hora de la noche. Los sirvientes hacía tiempo que se habían acostado. Usando la luz de la luna, se dirigió a la escalera y a la biblioteca de abajo, donde sabía que su señoría guardaba el licor.

La planta baja de la casa estaba tan silenciosa como el primer piso, y ella hizo poco esfuerzo por permanecer en silencio en esta parte de la casa. Nadie andaría por ahí, y estaba bastante segura.

Empujó la puerta de la biblioteca y se detuvo en seco al ver a Lord Lyon, inclinado sobre su escritorio y profundamente dormido sobre una pila de libros de contabilidad, su vela parpadeando mientras la mecha sucumbía a la cera.

Por un momento, dudó si debía dejarlo estar o ver si se encontraba bien. Realmente debería irse a la cama. Dormir en el escritorio nunca lograría un buen resultado para el día siguiente.

Pero no era su lugar decirle qué hacer o entrometerse en su privacidad.

Se veía completamente adorable despeinado y dormido. Se acercó, incapaz de contenerse, y lo miró un poco más de cerca.

Su mano estaba bajo su rostro, y sus pestañas eran más largas de lo que ella había pensado. Se extendían sobre sus mejillas, recordándole su propio cabello y ojos oscuros.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, extendió la mano, sacudiendo su hombro apenas un poco.

—Mi señor, despierte —le sugirió. Se arrodilló a su lado, acercándose mucho más de lo que debería—. Mi señor, realmente debería dormir en su cama. Esto no le ayudará en absoluto con su cuello —parloteó, esperando que el sonido de su voz, más que sus palabras, lo despertara sin sobresaltarlo.

Sus ojos se agitaron, se posaron en ella, y su estómago se tensó cuando su atención no se desvió.

—¿Elena? —preguntó. El sonido de su nombre en sus labios, meloso y gutural por el sueño, no era lo que ella necesitaba oír. Su nombre nunca había sonado tan evocador en su vida.

—Mi señor, se ha quedado dormido en su escritorio.

Lentamente, se dio cuenta de dónde estaba y lo que había sucedido. Se incorporó, observando su entorno, justo cuando la vela los dejó en la luz de la luna y nada más.

El cambio en la atmósfera fue instantáneo. El estómago de Elena tembló, no debería estar aquí con su señoría, pero entonces no sabía que él iba a estar en la habitación cuando bajó a por un whisky.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó, volviendo a encender la vela antes de girarse para mirarla. Elena se dio cuenta de que aún estaba arrodillada frente a él y rápidamente se puso de pie. La pila de papeles que él tenía en su escritorio golpeó su cadera y, antes de que pudiera alcanzarlos, cayeron al suelo.

—Lo siento mucho —declaró, arrodillándose de nuevo para recogerlos. Lord Lyon se unió a ella, ayudándola a recoger el desorden. El calor besó sus mejillas, y agradeció la oscuridad para que él no pudiera ver su vergüenza.

—Que el Señor me ampare —le pareció oírle murmurar. Sus manos se detuvieron al apilar los papeles, y ella lo miró, frunciendo el ceño.

—¿Ocurre algo, mi señor? —preguntó, insegura de lo que estaba pasando.

Su trago fue casi audible.

—Su camisón, señorita Smith —murmuró, volviendo a las formalidades una vez más. Apartó la cara, el músculo de su mandíbula trabajando antes de decir—: está abierto.

Elena sintió que su boca se abría antes de darse cuenta de su camisón y jadeó, aferrando la ropa interior a su cuerpo. En su prisa por una copa nocturna, no se había puesto la bata ni se había molestado en coger un chal. El camisón con el que dormía, sedoso y una de las prendas interiores más bonitas que había traído, estaba abierto en su pecho y dando a su señoría una vista perfecta de sus senos.

Su mirada le abrasó la piel, y un calor le recorrió la columna vertebral.

—Lo siento mucho, mi señor. Bajé a por una copa después de un sueño perturbador. Sé que no debería haberlo hecho, y lo encontré a usted. No pensé que estaría aquí, y luego lo desperté. He hecho un desastre con su escritorio. Por favor, no piense que estoy tratando de seducirlo de

ninguna manera. Estoy aquí para hacer un trabajo, y eso es todo. Estoy aquí para cuidar de su querida madre y nada más.

Él extendió la mano, cerrándole la boca con los dedos, deteniendo las palabras que brotaban de sus labios. Ella no sabía si agradecer su intervención o sentirse ofendida porque había tocado su persona.

No es que le importara que él tocara su persona, en realidad. Su mirada hambrienta de hace un momento, bueno, podría acostumbrarse a que un hombre, su marido, la mirara así. La hacía sentir extraña y deseable. Ambas emociones eran un elixir para ella después de tantos meses de no sentir nada más que aburrimiento.

—¿Ha tenido una pesadilla? ¿Quiere hablar de ello? —preguntó. Extendió la mano, tomando la de ella y ayudándola a ponerse de pie. Tomó los pocos papeles que tenía y los colocó en su escritorio antes de llevarla a un sofá frente a la chimenea apagada.

Elena observó cómo servía whisky para ambos antes de entregarle una buena porción.

—Beba esto, y dormirá mejor. Se lo prometo.

Elena hizo lo que le pidió, deleitándose con el calor del líquido ámbar mientras se deslizaba por su garganta. Suspiró, suponiendo que debería contarle ya que él había preguntado.

—Soñé que me ahogaba de nuevo, y desperté en pánico. No pensé que alguien más pudiera estar despierto, y debería haberlo hecho. Me disculpo por entrometerme de esta manera.

Dio un sorbo a su bebida, acomodándose junto a ella en el sofá y observando la chimenea apagada como si estuviera ardiendo con llamas.

—Es comprensible que sueñe con el suceso. Tiene mucha suerte de estar viva. Si yo no hubiera llegado cuando lo hice, ni siquiera quiero pensar en lo que habría ocurrido.

No podría, sino que habría. La vida era tan preciosa. Las palabras de su señoría le recordaron a Elena que se había prometido a sí misma vivir después de que su tío fuera destituido del poder, hacer que cada día contara. Últimamente no había cumplido esa promesa. De hecho, se había fallado a sí misma miserablemente.

—Habría muerto —afirmó Elena, pues era la verdad. Lord Lyon la había salvado, y ella le debía la vida—. Gracias, de verdad, por salvarme. No recuerdo si lo dije en el río, pero ahora, viéndole aquí, ciertamente lo haré. —Apuró el resto de su bebida, muy agradecida de estar en la biblioteca de la finca de Lord Lyon, respirando y hablando con él.

—Intente no darle vueltas, Elena. No le hará ningún bien. El desenlace de hoy fue afortunado, y eso es todo. Me alegro de haber estado allí para ayudar.

Ella se volvió y lo observó. Él seguía mirando fijamente la chimenea, pero entonces, sintiendo su interés, encontró su mirada, y el movimiento se sintió como un contacto físico.

Ella tragó la necesidad que surgió dentro de ella, el deseo por el hombre a su lado. Apenas conocía a su señoría. ¿Cómo podía desearlo tanto como lo hacía? ¿Era alguna deuda que creía deberle por salvarla?

No. No, sabía que no era eso lo que hacía que su interior saltara y chisporroteara. Era el

hombre en sí. Había algo en él que la llamaba. Desde el momento en que lo conoció, supo que era amable, un caballero hasta la médula. Nunca había reaccionado así ante un hombre. Y ahora, no podía hacer nada al respecto. Estaba aquí como dama de compañía, no para intentar ganar su amor y su mano en matrimonio.

—En cualquier caso, lo diré una última vez. Gracias, milord. —Elena se puso de pie e ignoró la decepción que cruzó sus facciones cuando lo hizo. Su tiempo lejos de Londres era precioso, un momento para hacer balance y restaurarse. Si su señoría regresaba de Londres aún soltero, entonces quizás podría mostrarle su mano y revelar quién era realmente. Tal vez entonces podrían ver qué podría suceder entre ellos, pero no ahora. No se permitiría caer en los brazos de su señoría y luego ver cómo se marchaba y se casaba con otra. Tampoco le diría la verdad. Que era una heredera, capaz de salvarlo a él, a todo y a todos en la propiedad de la deuda que la agobiaba, simplemente para que él pidiera su mano después del hecho. ¿Cómo sabría alguna vez si la amaba a ella y no a su título y dinero?

Nunca sabría si su amor era verdadero si él supiera que era una princesa.

—Buenas noches, milord —dijo, decidida a no mirar atrás a su señoría.

—Buenas noches, señorita Smith —respondió él, justo cuando ella cerraba la puerta y dejaba todos los pensamientos sobre su señoría encerrados en la biblioteca. Solo podía esperar ahora que allí permanecieran durante el resto de su estancia y no se colaran de nuevo en su mente y la llevaran a la distracción.

O peor aún, directamente a sus brazos.

CAPÍTULO NUEVE

THEO ESTABA en el establo a la mañana siguiente y no podía creer lo que Thomas, el mozo de cuadra, le estaba explicando. —Perdona, ¿pero el caballo está qué? —preguntó Theo de nuevo, necesitando escucharlo una segunda vez para asegurarse de que había oído correctamente.

—Uno de los caballos del carruaje ha amanecido cojo esta mañana, mi lord. Tiene el otro, por supuesto, pero ya está entrado en años, y no recomendaría viajar a Londres sin el otro animal.

Theo se pasó una mano por el pelo, acercándose al pesebre donde estaba estabulado el caballo. El pesebre era pequeño para limitar el movimiento, pero lleno de heno para acolchar el casco dolorido del caballo.

—No puedo viajar a Londres sin tenerlos a ambos en perfectas condiciones. —Sin poder llevar ninguno de los caballos del carruaje, supuso que podría tomar su montura, pero dudaba que ella sobreviviera al viaje tampoco, dada su avanzada edad.

Esto era un desastre. Necesitaba regresar a la ciudad para encontrar esposa, o la propiedad se perdería, entregada a la Corona por deudas que no podía pagar. No podía permitir que nadie le quitara más de lo que ya le habían arrebatado.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará el caballo en sanar? ¿La cojera es grave, o crees que es solo un pequeño esguince?

Thomas se inclinó sobre la puerta del pesebre, estudiando al caballo que los miraba a ambos como preguntándose a qué venía tanta tensión. —Una semana quizás, tal vez menos. Creo que es solo un pequeño esguince, nada demasiado grave. Pero necesita descanso, y sugeriría posponer su viaje a Londres una semana como mucho.

¡Una semana! Demonios, bien podría posponerlo indefinidamente. Significaría que se perdería el baile de los Levingstone, una noche en la que sabía que muchos de sus conocidos habían conocido a sus esposas, ya que el baile atraía a las jóvenes más ricas y elegibles de Londres.

—Bueno, supongo que poco puedo hacer —dijo, volviéndose hacia los dos lacayos que lo habían seguido hasta el establo, esperando partir con él hacia Londres—. Devuelvan mis baúles a mi habitación. No viajaremos a la ciudad hasta la semana que viene.

Los jóvenes hicieron lo que les ordenó, y Theo salió a grandes zancadas del establo, necesitando aire y un paseo enérgico antes de volver al interior. ¿Cómo iba a enfrentarse a su madre y hacerle saber que su viaje a la ciudad se posponía una vez más? Ella confiaba en él para salvarlos a todos, para mantener un techo sobre su cabeza y la de todos los demás también. Para asegurar que las personas que vivían y trabajaban en la finca Lyon siguieran haciéndolo durante años, sin perder sus empleos porque su soberano había engañado a su padre en una partida de cartas.

—Maldito pícaro real —maldijo.

Dio la vuelta a la esquina de la casa y chocó de lleno con la señorita Smith. Sus pechos golpearon su pecho, sus jadeos fundiéndose en uno solo.

Instintivamente, extendió los brazos, estabilizándola y evitando que cayera hacia atrás. Las manos sin guantes de ella presionaron contra su pecho mientras se recomponía, sus mejillas sonrosadas, sus ojos abiertos de sorpresa.

—Lord Lyon, le pido disculpas. Estaba distraída y no miraba por dónde iba.

—No —dijo él, sacudiendo la cabeza—. Soy yo quien debe disculparse. Espero que no esté herida. Doblé la esquina sin pensar que alguien más estaría paseando tan temprano por la mañana.

—Oh, bueno, en cuanto a eso —dijo ella, levantando una cesta cuadrada con una pequeña servilleta encima—. Su cocinera me encontró en el comedor esta mañana y me pidió que le llevara esto rápidamente para su viaje a la ciudad. Me alegro de haberlo alcanzado, porque quiero desearle un buen viaje y agradecerle nuevamente por permitirme estar aquí y cuidar de su madre. Le prometo que la cuidaré bien por usted.

Theo tomó la cesta que la señorita Smith, Elena, le ofrecía, el aroma del chutney y el jamón tentando sus sentidos. —Gracias por traerme mi almuerzo, pero ya no será necesario desearme un buen viaje. El caballo está cojo y no puedo partir hasta dentro de una semana como mínimo.

—Oh, lo siento mucho —dijo ella, sus grandes ojos marrones atrayéndolo y haciendo que la dura realidad de estar atrapado aquí en Somerset no fuera tan terrible después de todo. No cuando Elena estaba bajo su techo, una bienvenida distracción de su existencia por lo demás tensa y deprimente.

—Pero una semana no es tanto tiempo. Estoy segura de que el caballo estará mejor en un abrir y cerrar de ojos, y usted podrá ponerse en camino. —Ella pasó junto a él, y él se giró y caminó a su lado mientras se dirigían hacia el frente de la casa—. ¿Son negocios los que lo llevan a la ciudad, o tiene la intención de disfrutar de los eventos destacados de la Temporada, que, si no me equivoco, está en pleno apogeo en Londres?

Theo reflexionó un momento sobre su pregunta, preguntándose cuán sincero debía ser con ella. No es que necesitara contarle nada, después de todo ella era una dama de compañía, y no tenía por qué ser tan abierto con ella, pero había algo en Elena que le agradaba y en quien confiaba, y el deseo de exponer todas sus preocupaciones lo atraía como un bálsamo

reconfortante.

—Sin duda habrá notado que la propiedad y los terrenos están en un estado lamentable. Mi padre fue engañado y perdió unas tierras muy valiosas durante una partida de cartas en Londres varios años antes de su muerte, y aunque poseemos esta gran finca y varios miles de acres de bosque, ya no tenemos tierras de cultivo. Necesito una esposa rica, señorita Smith. Esa es la verdad de mi situación, y cuanto antes llegue a Londres, antes encontraré una que necesite una corona de marquesa a cambio de salvar mis bolsillos vacíos.

Ella frunció el ceño mirándolo, y él no pudo evitar preguntarse qué estaría pensando. ¿Lo consideraría un patético terrateniente que no sabía cómo administrar y vivir dentro de sus ingresos? Él era, por supuesto, mejor que su padre en cuanto a presupuestar, pero habría sido bienvenido tener los ingresos de esas preciadas tierras para evitar que la casa y los terrenos cayeran en el abandono. Para pagar sus impuestos.

—¿Qué significa "bolsillos vacíos", mi lord? No creo haber oído nunca esa expresión.

Él hizo una mueca, deseando no tener que explicarlo. —Significa que ya no hay nada en mis bolsillos, señorita Smith. Que están disponibles para cualquiera que pueda llenarlos de dinero. Nunca deseé encontrar esposa de esta manera, me habría gustado casarme por afecto, pero desafortunadamente no será así para mí. Debo pensar en la propiedad, en mi madre que depende de mí para mantener un techo sobre su cabeza y una comida caliente en la mesa cada noche.

La señorita Smith lo detuvo, el roce de su mano en su brazo haciéndole anhelar cosas que no podía tener. Si hubiera sido lo suficientemente rico, una mujer como Elena habría captado su atención. Nunca le había importado el título ni el rango. Por encima de todo, valoraba el carácter, la honestidad y la integridad de una persona. La señorita Smith, por lo que sabía de ella en los tres breves días desde que había llegado a su finca, era todo eso. Y hermosa también, por dentro y por fuera. Su madre ciertamente la apreciaba mucho, y ella era una buena juez de carácter.

—Seguramente su situación no puede ser tan grave. ¿No hay nadie en el condado que sea lo suficientemente adinerado como para que pueda cortejar sin tener que salir de Somerset? Sé que una semana no es mucho tiempo, pero ¿qué pasará si el caballo está cojo por más tiempo? ¿Qué hará entonces?

Él se encogió de hombros, continuando su paseo y comenzando a bajar por el camino de entrada, pasando por delante de las puertas principales. —Supongo que poco puedo hacer al respecto. Tendré que esperar que el caballo no lo esté y pueda regresar a la ciudad la próxima semana. Espero que no piense menos de mí por casarme solo por riqueza, señorita Smith. Siento haberla cargado con todas mis preocupaciones, que no son suyas en absoluto.

—En absoluto —dijo ella, su tono ligero y sin censura—. Soy más que consciente de las expectativas que las familias ponen sobre sus hijos, lo que se espera de ellos. Lo felicito por hacer lo que debe para asegurar su futuro. Sé que a mí no me gustaría perder una casa así, si corriera el riesgo de perder una como la finca Lyon. Espero que su viaje a Londres ocurra pronto y logre todo lo que se propone, milord.

—Gracias —dijo Theo, sus palabras calmando su alma confundida. Casarse por dinero nunca le había sentado bien, pero entonces, como decía Elena, no era la única persona que haría lo mismo si surgiera la necesidad. Y su futura esposa, quienquiera que terminara siendo, no saldría de este matrimonio sin nada.

La mimaría, la consentiría y la amaría, la haría tan feliz como pudiera, y con el tiempo, quizás ambas emociones se comprometerían, y encontrarían un término medio y tendrían una vida feliz.

La señorita Smith hizo una reverencia y, con una pequeña sonrisa, se dio la vuelta y regresó a la finca. Él la vio marcharse, invadido por una sensación de pérdida, como si estuviera cometiendo un error, sin importar lo que estuviera en juego.

Casarse por dinero y seguridad no era un matrimonio en absoluto y solo terminaría en disolución y arrepentimiento.

Esperaba estar equivocado, pero no podía sacudirse la sensación de que no lo estaba y que su viaje a Londres sería el principio del fin, no solo para la finca sino para su propia felicidad.

CAPÍTULO DIEZ

ELENA OBSERVABA desde la ventana de su dormitorio cómo Lord Lyon deambulaba por los jardines, pateando las pequeñas piedras de los bordes cada vez que se topaba con una. Parecía perdido y tan solo que se le encogía el corazón.

Tanta presión sobre sus hombros, por muy anchos que fueran. Con todo lo que tenía que lograr, casarse bien y llenar sus bolsillos, el peso de lo que debía hacer era mucho que soportar, especialmente cuando su señoría había declarado que no era el tipo de matrimonio que deseaba.

Elena miró alrededor de su habitación, mejor que otras que había visto en la casa. Al menos aquí, el papel tapiz de seda con pájaros exóticos no se estaba despegando, exponiendo el yeso debajo.

La casa necesitaba miles de libras en reparaciones. La finca, desde su posición privilegiada en lo alto de su habitación, alguna vez había sido hermosa. Los diseños del jardín se podían apreciar fácilmente, los céspedes, descuidados, se extendían más allá hasta el río y los bosques que rodeaban la propiedad.

Cuando se casara bien y tuviera su hogar como antes, le gustaría verlo de nuevo, ver que estaba establecido y feliz y la finca como siempre debió haber sido.

Eres lo suficientemente rica para salvarlo, tenerlo para ti y casarte con él.

Lo era, admitió, pero no podía decirle ahora quién era ella. ¿Qué pensaría de ella cuando admitiera que le había mentado? Que se había hecho pasar por sirvienta, por el amor de Dios, y todo para poder escapar de Londres por un mes.

Pensaría que era una malcriada princesita real, y había momentos en que ella había sentido lo mismo sobre sí misma. Pero luego recordaba cuánto detestaba las multitudes, el ruido y las risas falsas, las amistades fingidas y los hombres que buscaban a una princesa, no a la mujer debajo de toda la seda y las joyas.

Las risas eran lo peor. No podía evitar sentir que iban dirigidas a ella. Que la gente la juzgaba cada vez que encontraban algo gracioso y sus ojos se cruzaban en el salón de baile.

La realidad era que probablemente no se estaban riendo de Elena en absoluto, pero después de meses de tormento por parte de su tío, no podía soportar la sociedad. No podía regresar ahora a Londres, no cuando se divertía tanto aquí en Somerset.

Lady Lyon era tan agradable y complaciente, permitiéndole tiempo para vagar y relajarse, justo lo que necesitaba. Suponía que era afortunado que su señoría la hubiera reconocido por su madre, pues le había regalado las pequeñas vacaciones que necesitaba para reagruparse y revitalizarse.

Su señoría miraba fijamente los terrenos, con las manos en las caderas, y ella no pudo evitar preguntarse qué estaría pensando. ¿Serían sus pensamientos tan confusos como los de ella? ¿Pensaría en ella en absoluto?

No había pensado en casarse con nadie, ciertamente no mientras estaba fuera en el campo, pero estando ahora aquí, conociendo a Lord Lyon, no podía evitar contemplar un futuro como su marquesa.

Era amable y dulce, y le había salvado la vida. Sería un buen esposo. Estaba segura de eso. Ningún hombre que cuidara y amara a su madre tanto como él lo hacía tenía un hueso malo en su cuerpo.

Él se dio la vuelta y miró hacia la casa. Elena no se movió de donde estaba en la ventana, y sonrió cuando él se inclinó en su presencia antes de alejarse y desaparecer de vista.

La marquesa estaba abajo, habiendo decidido tomar el té de la tarde con una anciana vecina cercana. Elena estaba invitada, por supuesto, pero interpretando el papel de acompañante, se había excusado y permitido que su señoría se pusiera al día con su amiga a solas.

Elena salió de su habitación, decidiendo darse un recorrido por la casa en su lugar. La casa era enorme, más de cien habitaciones, estaba segura, y el ala sur no la había visitado en absoluto.

Caminó por el pasillo. Cuanto más avanzaba, más fresco se volvía el aire en el pasillo. Suponía que al no estar habitado, las cortinas de las ventanas estaban cerradas y dejaban entrar poca luz. Las puertas estaban cerradas en esta parte de la casa, y el moho cubría los paneles de madera en las paredes. Las alfombras estaban deshilachadas y necesitaban ser reemplazadas, y partes de los techos se estaban cayendo.

En qué estado tan lamentable se encontraba la casa, y podía entender por qué Lord Lyon necesitaba una esposa rica, y sin embargo, necesitaría una dama que no solo fuera rica, sino inmensamente rica para hacer que la finca fuera tan grandiosa como alguna vez debió haber sido, para devolverla a su antiguo esplendor.

—Has encontrado mi vergüenza —sonó una voz masculina detrás de ella.

Ella se dio la vuelta y encontró a su señoría de pie a solo unos metros de ella. Su mirada desilusionada en las paredes y los suelos, tal como había estado la de ella.

—Lo siento por entrometerme. Pensé en darme un recorrido, y aún no había visto el ala sur. Espero que no le importe —dijo ella.

Él pasó a su lado, negando con la cabeza. —En absoluto. La casa es lo que es, y ahora conoces mis circunstancias.

Elena se movió para caminar junto a él mientras avanzaban por el pasillo. Llegaron al final del corredor donde, en lugar de una puerta, un arco conducía a una gran habitación que daba a

los establos y los terrenos en el lado sur de la finca.

Elena miró por la ventana, el cristal necesitaba una buena limpieza. Divisó un laberinto que no había notado antes, aunque también necesitaba una buena poda.

—¿Qué era esta habitación, mi lord?

Él se adentró más en el espacio y abrió de golpe las cortinas de varias ventanas, y apareció un gran salón de baile rectangular. El polvo flotaba en el aire mientras la habitación entraba en foco. O al menos, lo que quedaba del espacio después de años de negligencia.

Una chimenea se encontraba en el centro de la pared, con dorados sobre dos querubines que sostenían la repisa de mármol. Grandes espejos corrían a lo largo de las paredes, frente a las ventanas, y Elena podía imaginar su belleza, las fiestas y los bailes que la habitación había presenciado.

—No ha habido un baile en la finca durante veinte años. Solo puedo recordar esta habitación cubierta y sin usar.

Elena caminó por el suelo de parqué, acercándose a su señoría. —Espero que pueda tener su hogar tal y como lo desea y como debió haber sido. Sé que me habría encantado bailar en una sala así. Una dama de compañía solo podría soñar con asistir a un evento semejante —mintió, sabiendo que había bailado en salones mucho más grandiosos que este, pero ninguno había sido el salón de baile de Lord Lyon, un hombre al que estaba empezando a respetar más que a la mayoría.

Él la miró con una pequeña sonrisa. Ella se mordió el interior del labio, su mente era un torbellino de pensamientos. De cómo se sentiría si se besaran. Pensamientos que no debería tener.

Debería haberse quedado en Londres en lugar de huir durante un mes si quería un marido. De haberlo hecho, incluso ahora, ¿podría haber conocido a Lord Lyon y permitido que la cortejara?

Pero entonces nunca sabrías si se casa contigo por amor o por dinero.

Cierto, suspiró internamente. Compadeciendo en cierto modo a la mujer con la que se casaría.

Él extendió su mano, y Elena frunció el ceño, preguntándose qué tramaba.

—¿Me concedería el honor de bailar conmigo, señorita Smith? —le preguntó.

Elena había deslizado su mano en la de él antes de pensar en responder, ansiosa por estar cerca de él, por tocarlo de cualquier manera que pudiera. Él la atrajo hacia sí, y el calor besó sus mejillas. Su estómago revoloteó, su corazón latía con fuerza en su pecho.

Quería estar en sus brazos, que él la mirara como lo hacía ahora, como si fuera todo lo que alguna vez había soñado, aunque no lo fuera. Podía soñar, ¿no? Que un hombre eligiera a una mujer que creía no tener nada, y se casara con ella de todos modos, incluso cuando necesitaba una esposa que lo salvara de la ruina financiera.

Él la hizo girar en un vals, y ella rio, olvidando todo lo que los mantendría separados y, en cambio, entregándose al baile. Él la observaba, sus ojos la mantenían cautiva, y ella no podía

apartar la mirada. La atraía como una polilla a una llama ardiente.

—Bailas muy bien, Elena. ¿Cómo es que una dama de compañía es tan fluida en la pista de baile? —preguntó él, bajando su mano por su espalda, su pulgar recorriendo su columna y provocándole deliciosos escalofríos en la piel.

—He sido instruida en todos los bailes, incluido el vals. Para ser una dama de compañía competente, una debe ser capaz en todas las cosas.

—¿En todas las cosas? ¿De verdad? Qué intrigante suena eso —bromeó, con una sonrisa traviesa en los labios.

Ella quería besarlo. Quería sus labios sobre los suyos, que dejara de hacer preguntas sobre su formación como acompañante, que era nula. Solo quería sentirlo, tenerlo para sí misma.

Mantenerlo aquí en Somerset durante el mes para poder disfrutar de momentos como este. La idea de que se fuera a Londres le daba ganas de devolver. Escuchar sobre su matrimonio con otra persona seguramente la mataría en el acto.

—No intente provocarme para que diga algo inapropiado, milord. Me refería simplemente a bailar, coser, montar y conversar. Todas las cosas para las que me contrató mientras estoy aquí.

—Puedes llamarme Theo, Elena. Debí haberlo dicho ayer cuando me ofreciste el uso de tu nombre, pero no más títulos entre nosotros. No cuando estamos solos.

—Entonces supongo que debería hacer uso de ello aquí y ahora, porque no podemos estar solos así nunca más. No sería prudente ni apropiado. Como acompañante, esa es una regla de la que soy muy consciente. —Y como princesa soltera, también era muy consciente de ello.

Sus hermanas la despellejarían viva si supieran que estaba bailando con un lord soltero en un salón de baile en ruinas en Somerset sin carabina. Y no cualquier baile, sino el vals.

—¿Aún no has hecho uso de mi nombre?

Elena sentía como si estuviera al borde de un precipicio. Que si dijera su nombre en voz alta, todo cambiaría. Su amistad, su comodidad y conversación, todo se alteraría.

Pero tampoco podía negar su petición. Se abrió paso por su garganta y salió al aire, y no había forma de retroceder una vez liberado. —Tú también bailas muy bien, Theo.

En algún momento de su conversación, habían dejado de bailar, y simplemente se estaban abrazando en medio de la sala. Su mano se tensó en su espalda, acariciándola a través de la muselina de su vestido. Nunca el toque de un hombre, en ninguno de los bailes anteriores en los que había participado, le había hecho anhelar más su abrazo.

Sus ojos se oscurecieron, y ella leyó la necesidad, la lucha dentro de su alma entre lo que quería hacer y lo que no debería intentar. Reconocía la lucha, porque ella también la libraba.

Elena tomó la decisión por él y a regañadientes se alejó de su abrazo. Él no necesitaba que ella confundiera más su mente de lo que ya estaba. Él iba a Londres a buscar esposa. Ella no estaba lista para ser una, no la esposa de cualquier hombre en todo caso. Quería un matrimonio por amor, y por mucho que respetara y le agradara Lord Lyon, él no la amaba.

Podrían enamorarse el uno del otro si se les diera la oportunidad, una voz susurrada la

provocó.

Elena continuó inspeccionando la sala, alejando la necesidad del hombre que estaba a pocos pasos de ella. Su señoría no la siguió, y ella estaba agradecida, no estaba segura de poder negársele una segunda vez si surgiera la oportunidad.

—La viuda probablemente esté libre ahora, señorita Smith. Puede irse si lo desea, la veré en la cena esta noche —dijo él, formal de nuevo, el caballero distante que siempre debería ser.

Una punzada de decepción atravesó su alma al ver que él entendía su rechazo y admitía que ella no se desmayaría en sus brazos pronto.

—Por supuesto, milord. Gracias por el recorrido. Espero algún día ver el salón de baile en todo su esplendor.

Él le dedicó una pequeña sonrisa, su rostro cerrado y protegido contra cualquier emoción. — Esperemos que así sea, porque a mí también me gustaría verlo.

Con eso, Elena se marchó, dirigiéndose escaleras abajo y de vuelta al lado de la viuda, donde estaba a salvo de apuestos lores. Caballeros con los que era más que adecuado casarse, si tan solo estuviera segura de que sería por afecto y nada más.

No podía soportar un matrimonio sin amor por conveniencia. Eso nunca funcionaría.

CAPÍTULO ONCE

THEO YACÍA en la cama más tarde esa noche, la luz de la luna y la brisa fresca del lago daban algo de alivio a la noche calurosa e incómoda. No solo por los sofocantes días que estaban soportando, sino porque la señorita Smith, Elena como ahora la conocía, había puesto su mente en un torbellino y convertido su cuerpo en una tempestad ardiente.

La deseas.

La acompañante de su madre.

Era un canalla incluso por contemplar tal relación. Ella era una doncella soltera. Pura y dulce, delicada y capaz, pero pobre. Si tuviera dinero de sobra, cortejarla de verdad, ver si lo que sentía cada vez que estaba cerca de ella iba más allá de la amistad, podría haber sido una posibilidad. Su mente y cuerpo nunca habían sido tan estimulados como cuando estaba en su presencia. La buscaba por todas partes de la propiedad y quería estar cerca de ella siempre que podía.

Ella era todo lo que siempre había deseado en una esposa. Amable y gentil, honesta y directa. No una señorita sumisa y dócil, pero tampoco demasiado bulliciosa como para ser poco femenina. La señorita Smith era simplemente perfecta.

Y tan arruinada como tú, se recordó a sí mismo.

Golpeó la cama con los puños, recordando la tarde con ella en el salón de baile. Había querido besarla. Había querido tomar sus dulces labios y besarlos sin sentido. Se pasó una mano por la mandíbula, anhelándola todavía y sabiendo que nunca la tendría.

Alguien más se casaría con ella, un caballero de su clase.

Apretó los puños en las sábanas, odiando la idea de tal cosa. No quería que se casara en absoluto. Al menos, no con nadie más que él.

No puedes tenerla.

Se incorporó cuando un sonido fuera de su ventana llamó su atención. Echó atrás las sábanas y se dirigió a la ventana, mirando hacia la terraza de abajo.

Una mujer con un camisón y un chal gris estaba sentada en los asientos de piedra que corrían a lo largo de las barandillas de la terraza, una pequeña luz brillante parpadeaba en la oscuridad de forma esporádica.

Frunció el ceño. ¿Elena fumaba? La curiosidad pudo más que él, y salió de su habitación,

decidido a preguntarle sobre su hábito, aunque fuera simplemente una excusa para pasar más tiempo con ella.

No tardó mucho en llegar a la terraza, y se encontró con ella justo cuando estaba apagando el cigarro en la tierra de una planta en maceta.

—Terrible hábito, señorita Smith. No pensé que a las damas les gustara fumar cigarros —la provocó, sonriendo mientras los ojos de ella se agrandaban al ser sorprendida fumando, y al aire libre a esta hora tardía.

Al menos esta noche, llevaba un chal sobre su camisón. Aun así, sabía muy bien cómo se veía bajo su vestido. La había visto en toda su hermosa gloria cuando su vestido se abrió en su estudio. Mirarla fijamente había sido una conducta muy inapropiada en la que no debería haber participado, pero no había podido evitarlo. La había visto y su mente se negó a funcionar después de ese hecho. Cada día desde entonces, y cuanto más la conocía, más la deseaba con un hambre que lo asustaba.

No podía jugar con ella. No podía ofrecerle nada, pero aun así, se encontró saliendo a la terraza y sentándose a su lado.

Olía a dulce lavanda, y respiró profundamente, saboreando todo lo que podía de su persona.

Ella se rio, y su risa hizo que sus labios se curvaran. —No se suponía que descubrieras nunca mis vicios, milord. ¿Puedes fingir que nunca me has encontrado y permanecer ignorante? —le preguntó, encontrando su mirada.

—Nunca podría permanecer ignorante de ti, Elena. —Y ese era el meollo de sus problemas. Ahora que ella había entrado en su vida, todas las demás palidecían ante su belleza, su dulce naturaleza y su corazón bondadoso. Pobre o no, podía verse a sí mismo renunciando a todo, perdiéndolo todo si tan solo ella accediera a ser suya.

Pero no eres solo tú. Tienes arrendatarios, tu madre, el personal, tantas bocas dependen de que mantengas la finca y las tierras que te quedan.

—No deberías decir tales cosas, milord —declaró ella, con voz dura, y la vergüenza lo recorrió.

Ella lo consideraba un sinvergüenza, un caballero que quería meterse bajo sus faldas y nada más. Y tenía razón. Una parte de él la deseaba de esa manera, pero eso no era lo único tampoco. Simplemente no tenía los medios para darles a ambos lo que querían, y tenía que agradecer al rey Jorge por eso.

—Sé que no debería, pero me encuentro incapaz de dejar de pensar en ti —admitió, necesitando decirle la verdad sin importar las consecuencias. Encontró su mirada, queriendo ver su rostro y leerla tanto como pudiera. Una pequeña línea de preocupación se formó entre sus cejas, su boca apretada en una fina línea—. No puedo ofrecerte nada más que amistad, señorita Smith. Estaría mintiendo si te dijera que no quiero besarte. Quiero besarte hasta que el sol salga por el este, pero no lo haré. Si tan solo fuera lo suficientemente rico, tu rango y el mío no impedirían mi cortejo hacia ti.

Una pequeña sonrisa elevó sus labios, y ella extendió la mano, acariciando su mejilla. Sintió su toque, profundamente en su alma. ¿Cómo iba a dejarla ir alguna vez? ¿Cómo podría casarse con otra cuando ella lo atraía mucho más que cualquier otra persona en su vida?

—Me gustaría ser tu amiga, Theo. No tengo muchos en quienes confíe en mi vida, pero creo que tú podrías ser uno en quien pueda hacerlo.

—La amistad estará muy bien, Elena. —Tendría que ser suficiente, ya que nunca podrían ser más que eso. No si quería mantener un techo sobre su cabeza y la de todos los demás que dependían de él.

Ella sería para siempre un arrepentimiento, la mujer en su vida que dejó escapar entre sus dedos, pero había poco que pudiera hacer al respecto. Sus circunstancias actuales eran insuperables sin una novia rica, y por desgarradora que fuera la verdad, la señorita Smith nunca podría ser la que los salvara a todos.

La viuda observaba desde una ventana del piso superior mientras su hijo y la princesa Elena hablaban en la terraza de abajo. Entrecerró los ojos, preguntándose por qué ambos se veían tan pensativos y graves. Tristes, se podría decir también, pero ¿por qué?

¿Habría ocurrido algo entre ellos que no les gustó? Elena, en particular, parecía afligida. La joven realmente debería confesar quién era, y ella hablaría con la princesa mañana sobre ser sincera con su hijo y ver qué decía.

Qué absurdo que ambos dejaran al otro atrás simplemente porque uno necesitaba una esposa rica y la otra fingía no ser adinerada, meramente para esconderse de la alta sociedad durante un mes.

Pero decirle la verdad a su hijo sería romper una promesa que le había hecho a Elena. Sabía de los problemas que las princesas habían sufrido los últimos años por culpa de su malvado tío y luego sus matones, quienes intentaron ensuciar aún más las aguas de Atharia causando problemas aquí en Inglaterra.

Elena había estado cautiva en el castillo de Atharia por su tío, y la duquesa viuda solo podía imaginar los horrores que había soportado allí. No le sorprendía que la joven hubiera huido de Londres buscando paz.

Se mantuvo detrás de la cortina, observando cómo la princesa acariciaba la mejilla de su hijo. La duquesa viuda tuvo un impulso abrumador de dar una patada en el suelo. Simplemente eran perfectos el uno para el otro y parecían llevarse lo suficientemente bien también.

No todo el mundo tenía tal facilidad con otro, y serían realmente tontos si dejaran pasar lo que tan obviamente sentían el uno por el otro.

—Bueno —resopló—. No permitiré que ambos arruinen una gran pareja, y mis habilidades de casamentera simplemente tendrán que mejorar —murmuró para sí misma, decidida a tener a su hijo casado y con Elena antes de que terminara la temporada.

CAPÍTULO DOCE

TRES DÍAS DESPUÉS, Elena llevaba la bandeja con caldo y una taza de té caliente a la habitación de la viuda, después de que su señoría se hubiera quejado de dolor de garganta y secreción nasal.

Desde entonces, había contraído un terrible resfriado y había llegado al punto de pedirle a su hijo que se quedara en la finca y no viajara a Londres, aunque su señoría aún no había accedido a su petición.

A estas alturas, Elena empezaba a preguntarse si Lord Lyon viajaría alguna vez a Londres para encontrar a su rica novia. Habían sucedido tantas cosas que lo mantenían en el campo, y no podía evitar preguntarse por qué el pobre caballero tenía tanta mala suerte.

Afortunadamente hoy, Elena había recibido correo de su amiga Lady Villiers, Margaret, informando que todo iba bien en el Palacio de Kew y que había enviado la primera misiva a la hermana de Elena en Londres. También había incluido una carta de Alessa que había llegado para ella.

Al parecer, no había nada nuevo ni mucho que informar desde la ciudad. Alessa parecía estar establecida y no había mencionado viajar al Palacio de Kew para unirse a la fiesta en la casa, aunque ella también había sido invitada. Todas buenas noticias e información que permitían a Elena respirar más tranquila.

Si su hermana hubiera decidido cambiar de opinión y viajar a Kew, Elena habría tenido que irse, y no quería ir a ninguna parte. La idea de ver partir a Lord Lyon de la finca la había dejado más desilusionada de lo que jamás pensó sentirse. En realidad, no conocía muy bien a su señoría, pero su cuerpo parecía ignorar ese hecho y saltaba y temblaba con solo verlo. Nunca había reaccionado así ante otro caballero, y por lo tanto no podía ignorar sus reacciones hacia su señoría, ¿verdad?

La puerta de la habitación de la viuda estaba entreabierta, y Elena la empujó, entrando en la habitación para ver a Lord Lyon de pie junto a la cama, conversando con su madre.

—Oh, disculpe, mi señora. ¿Quiere que me vaya y vuelva más tarde? No quise interrumpir.

La viuda le hizo un gesto para que entrara en la habitación.

—No, quédese, señorita Smith. Theo me estaba explicando que ahora que estoy enferma, pospondrá su viaje a Londres una vez más. Estoy segura de que en una semana o así estaré

recuperada, y podrá viajar a la ciudad.

Una cantidad absurda de esperanza recorrió sus venas al saber que su señoría no se iba hoy. Que se quedaba le hacía querer sonreír, pero no se atrevía. En su lugar, controló sus facciones y se recordó a sí misma que no había viajado a Somerset para encontrar marido, sino para cuidar de la amiga más antigua de su madre y tomarse un tiempo lejos de la sociedad.

Por supuesto, no había esperado que el apuesto y absolutamente seductor Lord Lyon, Theo, permaneciera aquí.

Su señoría levantó el periódico que estaba leyendo, dando palmaditas en la cama para que Elena colocara la bandeja.

—Le estaba diciendo a Theo que la Reina de Atharia ha llegado a Londres, y su hermana, la Princesa Alessa, ha anunciado un nuevo refugio para mujeres que se construirá cerca de Bath. Qué encantador de su parte preocuparse por más que su propia gente, sino también por los del país natal de sus maridos. Creo que ambas se casaron con ingleses, si no me equivoco.

—Así es, en efecto —dijo Elena sin pensar y cerrando la boca de golpe antes de decir nada más. Como cuánto adoraba a sus nuevos cuñados y la atención y el amor que prodigaban a sus hermanas mayores.

Su señoría se dejó caer en una silla junto a la cama, su rostro mostrando desdén.

—Más realeza que alardea de su riqueza y piensa que debe salvar a todos. Viven una vida de lujo y poco propósito mientras los pobres, los niños en los orfanatos y refugios, viven de restos de comida y ropa. Solo ayudan para aumentar sus egos.

Elena frunció el ceño, el dolor atravesando su corazón ante sus palabras poco amables. Sin mencionar que sabía muy bien que lo que decía era falso.

—El refugio para mujeres de la Princesa Alessa es uno de los mejores de Inglaterra, si no de Europa. Las mujeres que van allí son alimentadas y vestidas y no andan en harapos, como usted dice. Le sugeriría que corrija su declaración si va a pronunciar falsedades.

La viuda sorbió su té, sus ojos abiertos de par en par y yendo de un lado a otro entre su señoría y ella misma. Elena entrecerró los ojos hacia el marqués, preguntándose por qué su tono era tan mordaz hacia una familia que no conocía. Sabía que le desagradaba su propio soberano, ¿se extendía su desagrado por la realeza también a los de otros países?

—¿Aprueba usted que la realeza se llene los bolsillos, viviendo del erario público, mientras su gente sufre, pasa hambre y muere de tal desnutrición y negligencia a diario? —Negó con la cabeza, desestimándola—. Le pido disculpas si la ofendo, señorita Smith, pero no puedo estar de acuerdo. No creo que ninguna familia real, incluida la de aquí en Inglaterra, deba ser la gobernante del país. Buscan lo que pueden obtener, sin importarles a quién pisotean en su camino hacia una riqueza sin fin. No puedo apoyar tal dominio. Ni ahora ni nunca.

Su señoría se levantó y salió a grandes zancadas de la habitación. Elena se quedó mirándolo, sin estar segura de lo que acababa de ocurrir. Estaba muy enojado, muy mordaz con las familias reales y su naturaleza caritativa. ¿Qué pensaría de ella cuando descubriera la verdad sobre su

vida, quién era ella?

—¿La odiaría a ella también?

—No quiere decir lo que dice, querida. Culpa al Rey Jorge por la pérdida de nuestras tierras que hizo que nuestras circunstancias fueran más difíciles. Las tierras, verás, proporcionaban la mayoría de nuestros ingresos de las cosechas.

Elena se desplomó en una silla cercana, sin haber sabido eso.

—¿Cómo es que piensa que la naturaleza caritativa de mi hermana es tan mala? Solo está tratando de ayudar a aquellos sin medios para ayudarse a sí mismos.

La marquesa extendió la mano, tomando la suya.

—No lo dice en serio. Está enojado y ha guardado rencor contra la familia real desde el día en que murió su padre. No te preocupes más por sus pensamientos sobre la realeza. No estás aquí por mi hijo, y él no te está cortejando, así que no tienes que preocuparte por lo que piensa.

Las palabras de su señoría eran, por supuesto, ciertas. Aun así, sus pensamientos sobre Lord Lyon habían cambiado estos últimos días a unos que ni ella misma entendía. —No siempre me conocerá como la señorita Smith. Ahora pensará aún peor de mí, sabiendo que soy, de hecho, una princesa. Creerá que vine a Somerset para burlarse de él y engañarlo sobre mi verdadera identidad. Si acaso, esto hará que le desagrade aún más la realeza —Elena tragó el pánico que surgía dentro de ella. Seguramente podría hacerle cambiar de opinión sobre su familia y la realeza. Él no podía culparla por lo que sucedió entre su padre y el rey.

—No, no lo hará —reprendió la duquesa, pero incluso Elena pudo ver que su señoría no creía del todo sus propias palabras. Que estaba preocupada de que lo que Elena decía fuera cierto—. No estás aquí por mi hijo, y por lo tanto, él no tiene motivos para considerarte como una futura novia. Ni pensar que lo engañaste simplemente para acercarte a su persona. Estás aquí por mí, lo cual es cierto. Todo lo demás que ha ocurrido es simplemente una cuestión de circunstancias.

Elena se estremeció, odiando que su señoría pensara tan bajo de las familias reales, no solo de la inglesa, sino también de la suya. Un poco injusto, en su opinión.

—Creo que descansaré ahora, querida. Gracias por el té, pero ¿te importaría venir a verme dentro de una hora más o menos?

—Por supuesto —dijo Elena, levantándose y dejando sola a la marquesa. Salió de la habitación, cerrando suavemente la puerta tras de sí. Elena miró arriba y abajo del pasaje, pensando dónde estaría Lord Lyon.

Necesitaba estar en cualquier lugar menos donde él estuviera. Después de su vals de anoche y luego sus opiniones sobre la realeza hoy, probablemente era mejor que se mantuvieran separados. Que siguieran siendo amigos y mantuvieran la distancia.

Que él se quedara aquí por unos días más era una complicación que no había pensado enfrentar, pero era una mujer adulta y capaz de mantenerlo a raya y sus emociones bajo control. Después de todo, era una princesa y una maestra en ocultar emociones cuando el deber lo requería.

Elena logró evitar a Lord Lyon durante dos días después de la repentina enfermedad de su madre. Él no mencionó si notó que ella no cenaba ni desayunaba con él por las mañanas. Ella supuso que él entendía que estaba con su madre, quien había comenzado a pensar que se estaba recuperando notablemente y apenas parecía enferma.

Excepto cuando su hijo venía a visitarla, y entonces parecía marchitarse como una flor en una fría mañana de escarcha.

Hoy a Elena se le dio un poco de tiempo para explorar los jardines. Había visto el río, pero quería visitar el laberinto que había divisado desde las ventanas del salón de baile varios días antes.

Se puso un sombrero en la cabeza y salió de la casa por las puertas de la terraza, dirigiéndose hacia el laberinto cubierto de maleza. Era varios pies más alto que ella, y si se perdiera dentro de sus caminos, no podría mirar por encima y salir de su predicamento.

Aun así, Elena entró en el laberinto, confiada en que podría atravesar el rompecabezas. Era una maestra de los laberintos en su finca en Atharia, y este era mucho más pequeño, aunque mucho más salvaje de lo que estaba acostumbrada.

Durante varios minutos deambuló por los caminos, girando aquí y allá. Había pequeñas estatuas escondidas en el follaje en varios lugares, un zapato viejo e incluso una silla rota, que no esperaba encontrar. ¿Acaso Lord Lyon sabía lo que había en su laberinto?

El laberinto se abrió a un claro, y un gran estanque rectangular para peces, seco y sin nenúfares ni peces, apareció a la vista. Caminó alrededor, pudiendo imaginar fácilmente lo hermoso que debió haber sido una vez. Qué lástima que todo se estuviera arruinando y desperdiciando.

Se dio la vuelta, buscando por dónde había entrado y encontró el lugar, pero después de varios minutos y volver cada vez al estanque, Elena comenzó a pensar que este laberinto había vencido sus habilidades expertas después de todo.

Nadie sabía dónde estaba, un tonto error que no había pensado en decirle a nadie antes de salir de la casa. Miró hacia la finca, tratando de ver si alguien en el primer piso podría estar observando su progreso. Nadie estaba en las ventanas. Aun así, durante unos minutos, agitó los brazos, tratando de llamar la atención de alguien.

Elena se desplomó al lado del estanque, escuchando por si oía a algún jardinero o sirviente en el exterior.

Había poco que pudiera hacer aparte de gritar como una banshee, más que esperar a ser encontrada. Y con suerte, esperaba que fuera pronto, ya que oscurecería en una hora más o menos, y no quería, bajo ninguna circunstancia, dormir afuera. No importaba lo cálida que pareciera ser la noche.

CAPÍTULO TRECE

THEO ENVIÓ a varias criadas a revisar las alas cerradas de la casa cuando la señorita Smith no regresó. Sabía que había paseado por los jardines durante un tiempo, pues un lacayo afirmó haberla visto antes en los terrenos.

Desde entonces, nadie la había visto, ni en la casa ni en los alrededores.

Theo dejó a su preocupada madre y corrió de vuelta al río. Temía encontrar su ropa descartada una vez más al borde del agua, pero no había señales de que la señorita Smith hubiera estado allí.

Se detuvo en seco al borde del lago, agradecido de encontrar la zona libre de ropa abandonada o de alguien chapoteando en el agua. Se giró, estudiando los terrenos, pensando dónde podría haber caminado.

¿Habría ido al pueblo? Era una posibilidad, pero a esta hora tardía, seguramente ya habría regresado.

Empezó a volver a la casa, caminando por los jardines descuidados antes de que su atención se centrara en el laberinto y el débil llamado de una voz femenina desde su interior.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. El laberinto era más difícil de lo que la gente creía, y ciertamente era aún más complicado navegar y recordar la entrada y la salida cuanto más descuidado estaba.

—Señorita Smith —llamó cuando estuvo lo suficientemente cerca para oír que, en efecto, era Elena quien estaba perdida en algún lugar del laberinto—. ¿Dónde está?

La oyó murmurar algo antes de que ella respondiera:

—Estoy en el estanque del centro del laberinto. Por favor, ayúdeme. No puedo encontrar la salida.

Theo se abrió paso por el laberinto, corrigiéndose a sí mismo un par de veces mientras se dirigía hacia el estanque. Hacía años que no recorría esos caminos, y la vista del laberinto, y el mal estado en que se encontraba, lo decepcionó. Todo en su casa necesitaba reparaciones, dinero, mucho más dinero del que él podía conseguir.

Debería haberse casado ya y haber reparado toda la casa y los terrenos. Si la señorita Smith no hubiera entrado en su vida, se habría marchado a Londres, sin importar qué problema surgiera

en casa, pero con ella aquí, había usado la excusa para quedarse y detener sus planes. No debería haberlo hecho. No podía casarse con ella, por mucho que deseara cortejarla en serio.

—Ya casi estoy allí, señorita Smith —llamó, justo antes de llegar al centro del laberinto para encontrarla sentada al borde del estanque seco, con una pequeña hoja en la mano que hacía girar entre sus dedos.

Ella se levantó y se acercó a él.

—Me alegro tanto de que me haya encontrado. Pensé que podría quedarme atrapada aquí toda la noche. No podía encontrar la salida, y seguía dando vueltas y acababa de nuevo aquí. Estoy bastante segura de que su laberinto se mueve, milord.

Él se rio y empezó a regresar por donde había venido.

—Venga, la guiaré a la seguridad. No es tan difícil, no una vez que conoces todos los trucos y giros secretos.

Ella se burló, pero él sintió que lo seguía de cerca.

Theo se abrió paso por el laberinto, los giros le resultaban familiares, y estaba seguro de ir por el camino correcto, así que cuando se encontró de vuelta en el estanque solo minutos después, con una mirada de diversión en el rostro de la señorita Smith, no pudo entender dónde se había equivocado.

Dio una vuelta en círculo, frunciendo el ceño.

—Esto no tiene sentido. Conozco el laberinto como la palma de mi mano. No entiendo cómo hemos acabado de vuelta aquí.

Intentaron salir varias veces más, y al quinto intento, la diversión de la señorita Smith se había transformado en desesperación.

—Vamos a morir aquí, milord. Atrapados en un laberinto mágico que no permite que nadie salga una vez que entras en sus verdes paredes celulares.

Él se sentó al borde del estanque, tal como la señorita Smith había hecho antes, y pensó en la manera de salir de esta locura.

—El laberinto está descuidado, y debe haber cambiado tanto el diseño que ya no puedo recordar la salida.

Ella arqueó una ceja escéptica.

—¿Y dónde nos deja eso? No podemos dormir fuera. No juntos —enfaticó, clavándolo en el sitio con sus oscuros ojos color tierra.

El calor se le subió a la cara, y se levantó, dirigiéndose hacia la salida del laberinto.

—Vamos, no nos rendiremos hasta que nos haya salvado a ambos.

La oyó suspirar, pero aun así lo siguió, y cuando regresaron al estanque por sexta vez, Theo también estaba seguro de que algún tipo de truco estaba en juego.

¿El destino quizás?, se burló su mente

Se frotó la mandíbula, mirando a Elena, y por mucho que deseara que su llegada aquí fuera obra del destino, una salvadora para su alma desesperada, no era el caso. Elena era tan pobre

como él, y no podían casarse. Así que quedarse atrapados juntos en un laberinto no cambiaba nada. Independientemente de si se quedaban atrapados durante la noche, no podía ofrecerle su mano, aunque quisiera.

Elena se acomodó junto al estanque y observó cómo el crepúsculo daba paso a la noche. Que estuviera atrapada en un laberinto bajo un cielo iluminado por la luna con uno de los caballeros más apuestos que jamás había conocido no era ideal, dado que ella era una criada y él un hombre.

Él estaba de pie al borde del laberinto, con las manos en las caderas y el ceño fruncido. No debería querer reírse, pero la vista de su señoría sin saber cómo salir de su propio jardín era bastante divertida.

—Por mucho que lo mire, milord, no creo que cambie de forma o se abra mágicamente para permitirle salir.

Él suspiró, mirándola.

—Admito que ha pasado algún tiempo desde que vine aquí, pero pensarías que conocería el camino por mi jardín.

Se acercó y se sentó a su lado, apoyándose contra el estanque tal como ella lo hacía. Supuso que sentada como estaba ahora significaba que su vestido se vería andrajoso y sucio cuando los rescataran.

—Al menos no es oscuridad completa —dijo su señoría, mirando las estrellas en el cielo—. Podemos ver un poco.

Elena lo estudió, bebiendo de su perfil, su nariz recta y su mandíbula cincelada. Él la miró y la sorprendió observándolo, y por más que lo intentara, ella no pudo apartar la mirada. Ni quería hacerlo.

La noche era cálida, fragante de flores y pino, y el calor lamía su piel. El hombre a su lado era una tentación que no quería rechazar, por mucho que debiera hacerlo.

Debería, por supuesto. Lord Lyon buscaba una esposa rica, una posición que ella podría ocupar, pero no quería ser simplemente el medio de alguien para salir de la ruina financiera. Quería casarse por amor, y nada más serviría. Aun así, las siguientes palabras que salieron de su boca no pudieron ser contenidas.

—¿Vas a besarme? —le preguntó audazmente, sin estar segura de dónde sacó el valor para preguntar tal cosa, pero el calor que destelló en sus ojos azules le dijo que lo había leído correctamente.

—¿Quieres que lo haga? —le preguntó él, con un tono serio, su voz profunda y áspera haciendo que su sangre cantara.

Su estómago se contrajo en deliciosas volteretas, y ella asintió, esperando que él pudiera verla lo suficientemente bien para notar su respuesta—. ¿Acaso no quieres? —Las palabras se le escaparon, y ya no había vuelta atrás. Se sentía expuesta y nerviosa, pero también como si estuviera al borde de un precipicio, a punto de saltar a un nuevo mundo maravilloso.

Él extendió la mano y tomó su rostro entre las suyas, levantándole la barbilla y estudiándola—. No debería querer besarte tanto como lo hago, pero sabes que eso sería una mentira. Quiero besarte, he querido besarte desde casi el primer momento en que te vi.

Ella se estremeció, lamiéndose los labios, mientras sus palabras la hacían desearlo aún más. Extendió la mano, agarrando su camisa—. Estaría mintiendo si dijera que no he pensado en besarte también.

Con una lentitud que amenazaba con hacerla expirar de deseo, él inclinó la cabeza. Ella cerró los ojos cuando sus labios se posaron en el punto sensible debajo de su oreja. Jadeó, sin haber esperado que la besara allí primero. Dejó escapar un suspiro, sin darse cuenta de que lo había estado conteniendo.

Esto era una locura. Besarle no tenía sentido, pero no lo detendría. Oh no, lo deseaba con una urgencia que ardía y dolía en su sangre, y ya no podía negarse a su toque.

—Eres tan hermosa —susurró contra su oído. Ella tragó saliva, incapaz de comprender que hubiera dicho algo tan maravilloso—. Ahora que te he probado, no creo que jamás esté saciado.

Elena deslizó sus manos sobre sus hombros, sintiendo los músculos tensos que se flexionaban y movían mientras la besaba. Envolvió sus brazos alrededor de su cuello, queriendo tenerlo más cerca.

Su cabello era suave y se deslizaba entre sus dedos como seda. Se aferró a él, deseándolo con una locura que no había esperado ni experimentado antes.

Él besó a lo largo de su mandíbula, su mano sosteniendo su barbilla. Sus ojos se encontraron, se mantuvieron, y el tiempo se detuvo. Este era el momento. Este era cuando tendría su primer beso.

En un jardín bañado por la luz de la luna, sin más testigos que las estrellas. Su tiempo aquí no podría ser más perfecto. La emoción vibró a través de ella, y se mordió el labio, esperando, deseando que no se demorara más.

—Quiero que me beses —dijo, acercándolo más, harta de esperar. Había esperado toda su vida por una noche así, por un hombre que la viera así. No solo su nombre y riqueza, su título y conexiones, su familia, sino a ella. Lord Lyon no quería a la princesa que estaba sentada a su lado, sino a la mujer que era.

Sin rango, sin riqueza, una dama que él deseaba tanto como ella lo deseaba a él. Eso hacía que la necesidad de él fuera aún más consumidora.

—¿Mi señor? —llamó una voz masculina cerca, lo suficientemente cerca como para que Elena supiera que estaban en algún lugar del laberinto.

—Maldita sea —Su señoría se estremeció y se apartó, poniéndose de pie y alejándose de ella—. Aquí, Thomas —llamó, justo cuando el mozo de cuadra apareció a la vista, con una pequeña linterna en la mano.

—Ah, mi señor, pensé que podría haber sido el laberinto el que les ganó la partida a ambos. Si desean regresar a la casa, he marcado una salida.

Elena se puso de pie y alisó su arrugado vestido, aprovechando la oportunidad para apartarse de los hombres y recuperar el juicio. Después de su casi beso con Theo, sus mejillas ardían, y no tenía duda de que se vería sonrojada y necesitada.

—Muy bien, sí, guíanos, Thomas —dijo su señoría, volviéndose y extendiendo su mano hacia Elena. Ella se adelantó, agradecida de tenerlo detrás para darle tiempo de componer sus emociones. Thomas, afortunadamente, no tuvo problemas para guiarlos fuera de su prisión verde.

Una dulce cárcel, sin embargo, que siempre ocuparía un lugar especial en su corazón.

¿Intentaría Theo besarla de nuevo en algún otro momento y lugar durante su estancia?

Tomó un respiro decidido, lanzando una mirada por encima del hombro, y encontró su mirada ardiente e inquebrantable sobre su persona. Se estremeció, reprimiendo la necesidad que surgía dentro de ella. Lo intentaría de nuevo, lo entendía. Era solo cuestión de cuándo.

CAPÍTULO CATORCE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Theo se sentó a la mesa del desayuno, bebiendo su tercera taza de café tras una noche inquieta. La mujer sentada a su lado era todo lo que su mente había evocado desde el momento en que se retiró, un interminable carrete de recuerdos besando su cuello dulce y suave, susurrando contra su oreja, provocando un estremecimiento de conciencia que había sacudido su alma. Ella olía divinamente, y siempre pensaría en ella cada vez que la lavanda flotara en el aire.

¿Cómo podría mantenerla a distancia y evitar caer bajo su hechizo por segunda vez? ¿Ignorar todos sus deseos y anhelos y ponerlos en segundo lugar frente a sus responsabilidades?

Había ido a ver a su madre una vez que los rescataron del laberinto y le explicó lo ocurrido. Le complació que no estuviera molesta o enfadada con la señorita Smith. Habría pensado que su madre estaría un poco contrariada porque su acompañante hubiera desaparecido la mayor parte de la tarde y la noche, pero no fue así. Si acaso, parecía encantada y, si fuera suspicaz, excesivamente complacida con su predicamento.

Frunció el ceño mirando su tocino a medio comer y su huevo cocido, preguntándose por la respuesta de su madre. ¿Estaría la duquesa viuda tramando algo de lo que él no era consciente? Y si era así, ¿qué esperaba lograr empujando a la señorita Smith y a él a estar juntos?

—El día está tan hermoso, no demasiado caluroso, creo —declaró su mamá, sorbiendo su té y sacándolo de sus pensamientos—. Aunque todavía no estoy lo suficientemente bien para mostrarle yo misma a la señorita Smith, ¿serías un hijo querido y la escoltarías al pueblo local? Sé que ella deseaba verlo.

Theo se encontró con la mirada sorprendida de Elena, y supo que su mamá no le había mencionado la idea esta mañana. ¿Acaso su madre pensaba enviarlos sin carabina? Ciertamente sonaba así. Aun así, no le gustaría nada más que pasar más tiempo con ella sin los ojos indiscretos de todos los que estaban bajo el techo de la finca.

—Tendremos que caminar, pero no es tan lejos como para ser agotador. ¿Está usted dispuesta, señorita Smith? —le preguntó. Cuando ella no respondió, continuó—: A menos que no lo desee, por supuesto. La elección es suya. —Sin embargo, esperaba que ella deseara ir de excursión. Un paseo revitalizante al pueblo les haría bien a ambos.

Ella dejó su taza de té en la mesa, asintiendo.

—Por supuesto, me encantaría, gracias. ¿Cuándo desea partir, milord?

—Después del desayuno sería lo mejor —afirmó Theo, no es que importara a qué hora salieran, pero cuanto antes la tuviera para él solo, mejor. No debería, pero tampoco podía evitarlo. No podía negarse a su compañía.

Terminaron su comida, y la señorita Smith subió a cambiarse por zapatos más resistentes y a coger su sombrero. Su mamá no se encontraba por ninguna parte, habiendo desaparecido después de abandonar el comedor.

Él se quedó en el vestíbulo, paseando frente a las puertas y ventanas delanteras, su mente consumida por nada más que Elena. Bueno, eso no era del todo cierto. Tampoco podía evitar pensar dónde debería estar en este preciso momento.

En Londres, cortejando a mujeres de extrema fortuna y nada más. Ciertamente no a la acompañante empobrecida de su madre.

Como si sus pensamientos la hubieran conjurado, la señorita Smith comenzó a bajar la escalera, y él supo en ese instante por qué no estaba en Londres. Por mucho que necesitara una novia adinerada, no quería a nadie más que a la mujer que se paseaba hacia él. Estaba absolutamente hermosa con su vestido matutino rosa claro y la pesada pelliza a juego. Su sombrero acentuaba sus pómulos altos y sus bonitos ojos, y el aliento en sus pulmones se detuvo.

Perdería su finca, los pequeños ingresos que les quedaban de las tierras que La Corona aún no les había robado, pero conservaría su título y tendría a la señorita Smith como su esposa. Sería suficiente.

Demasiadas personas dependen de ti, Lyon. No puedes ser tan egoísta como para satisfacer tus propias necesidades físicas o las de tu corazón en contra de tu gente.

Le dolía saber lo que debía hacer frente a lo que quería, pero no tenía elección. Tenía que casarse bien y descartar la atracción de su corazón y mente que la señorita Smith despertaba en él.

Sus labios se curvaron en una sonrisa conocedora, como si supiera todos sus pensamientos descarriados y perversos, y él deseó que estuvieran solos, perdidos en el laberinto donde pudiera besarla.

La oportunidad de su mozo de cuadra la noche anterior había sido desafortunada, y había soñado con tomar sus labios, con tenerla en sus brazos justo como quería. Su paseo hasta el pueblo no les permitiría tener privacidad, pero era un hombre paciente y podía esperar. Con suerte, la oportunidad surgiría antes de que partiera hacia Londres.

No puedes jugar con ella y luego dejarla atrás, sinvergüenza.

Suspiró, haciendo una reverencia cuando ella se paró frente a él.

—¿Está lista, señorita Smith? —le preguntó, luchando por mantenerse formal y distante.

Ella asintió y pasó junto a él sin decir palabra. Un lacayo abrió la puerta, y comenzaron a bajar las escaleras y subir por el largo camino de grava hacia el pueblo.

—Debo admitir que estoy bastante entusiasmada por nuestro paseo, milord. En mi camino a la finca el primer día, interrumpí mi viaje en la posada y salí temprano a la mañana siguiente. No me dio mucha oportunidad de ver gran parte del pueblo.

Sin pensarlo, tomó su mano y la colocó sobre su brazo. Su necesidad de tocarla, de calmar su mente con la idea de que ella era real y suya, por ahora, superaba las reglas de respetabilidad. Ella no dijo nada sobre su comportamiento, pero una oleada de placer lo recorrió cuando sus dedos se flexionaron sobre el abrigo, aferrándose a él.

—El pueblo es pequeño, y temo que pueda decepcionarla. Hay una pequeña modista cuyo marido es el zapatero del pueblo. Está la posada, por supuesto, y una pastelería. Hay un parque que alberga una pequeña fuente y un área de césped para que jueguen los niños. Pero aparte de esas características, es principalmente viviendas para los lugareños. Creo que varios de mis arrendatarios también tienen casas en el municipio, prefiriendo vivir allí que en la finca.

Un problema que esperaba reparar una vez que tuviera los fondos. Tuvieron que mudarse porque él no tenía los medios para reparar los techos de sus cabañas.

—Suenan encantador. ¿Deberíamos visitar la pastelería y comer nuestro almuerzo en el parque? Un picnic espontáneo suena justo lo que necesitamos.

La emoción en su voz significaba que no podía negarle su petición. —Creo que nunca he oído a nadie tan entusiasmado por un picnic, Elena.

Ella se rio, sonriendo al camino frente a ellos. —Supongo que lo estoy. He tenido muy pocos, ¿sabes? Pero el que tuve con la marquesa viuda hace varios días fue relajante y agradable. Me encantaría tener otro.

—Tu deseo se hará realidad entonces, Elena. Haremos un picnic en el parque y veremos pasar el mundo.

Ella lo miró rápidamente. —Por favor, recuerda llamarme Elena, Theo. Señorita Smith suena tan formal y frío. Has salvado mi vida, y después de lo de anoche en el laberinto, bueno —suspiró contenta—. No creo que la formalidad sea necesaria. ¿No estás de acuerdo?

Theo se aclaró la garganta, sin haber esperado que ella sacara el tema de su casi beso o hablara tan francamente sobre ello. Su cuerpo aún se estremecía por haberla tenido en sus brazos. Quería tenerla allí de nuevo. ¿Sentía ella lo mismo, o los caballeros a menudo se arrojaban a sus pies y ella estaba acostumbrada a tales cosas?

Su estómago se revolvió ante la idea, disgustándole pensar que a menudo fuera acosada por lores libertinos en busca de faldas fáciles de levantar. Como dama de compañía, tales mujeres a menudo eran utilizadas y descartadas por hombres de su clase cuando su atractivo se desvanecía.

—No debería haber intentado besarte anoche, Elena —admitió. No quería que ella pensara en él como tal hombre. La cortejaría, se casaría con ella si ella aceptara, si tuviera los fondos para hacerlo. Cómo detestaba al Rey Jorge y su avaricia que hacía que mujeres como Elena ya no fueran una posibilidad.

Ella desechó sus preocupaciones con un gesto, mirando al frente con una sonrisa nostálgica

en los labios. —No eras el único allí, Theo. No fue enteramente tu culpa, si mi memoria no me falla.

—Theo, por favor —le pidió, deseando que su título también fuera descartado, al menos cuando estuvieran solos.

Ella sonrió. —Muy bien, Theo —dijo, y una calidez recorrió sus venas al escuchar su nombre en sus labios—. Pero como estaba diciendo, no eras el único allí. Te habría besado de vuelta, y con gusto.

Theo casi se atragantó con su propia lengua. Nunca una mujer le había hablado tan honesta y directamente. Pero entonces, nunca había intentado besar a una doncella soltera. Ciertamente no a una como Elena estaba resultando ser. Tan diferente de cualquiera que hubiera conocido antes.

—¿De verdad? —le preguntó—. No quiero que pienses que soy un sinvergüenza que intenta besar a todas las doncellas y damas de compañía de mi madre, porque no lo soy.

—No te habría permitido besarme si hubiera pensado que eras ese tipo de hombre —afirmó ella, en un tono que no admitía discusión.

Continuaron, llegando a la cima de una pequeña colina. El modesto pueblo apareció a la vista, con pequeñas columnas de humo serpenteando en el aire desde las pocas chimeneas encendidas en las casas.

—Un beso es bastante inofensivo, Theo —se detuvo, haciéndolo voltear para mirarla—. Sé que no puedes casarte conmigo, y no quiero que pienses que te permitiré dormir conmigo sin la salvaguarda del matrimonio, pero un beso... Bueno, podría permitir que ocurriera si nos encontráramos solos de nuevo.

—¿Como ahora? —le preguntó, acercándose.

Ella levantó el rostro, observándolo. Demonios, era hermosa. Sus oscuros mechones resaltaban el color de sus ojos. Sus pestañas eran tan largas como cualquiera que hubiera visto. La idea de que besara a alguien que no fuera él era inconcebible.

—No hay daño en uno o dos besos. Ambos somos adultos que consienten, y disfruto de tu compañía como espero que tú disfrutes de la mía. Si llegamos a estar solos, más solos que esto —dijo, mirando alrededor del camino de tierra donde estaban parados—. No te rechazaría.

El calor recorrió su espina dorsal, y no deseaba nada más que arrastrarla a sus brazos y besarla hasta que ambos no supieran dónde o quiénes eran, hasta que no pudieran respirar de tanto desearse mutuamente.

En su lugar, le ofreció su brazo para que lo tomara de nuevo. Ella envolvió su mano alrededor de su codo, y él la escoltó colina abajo. —Esperemos que surja una oportunidad, Elena, antes de que se nos acabe el tiempo y yo expire de deseo por ti.

—Sí, esperemos que así sea —le respondió.

No podía estar más de acuerdo, y si rezaba lo suficiente, con algo de suerte, sería más pronto que tarde, y mucho antes de que partiera hacia Londres.

CAPÍTULO QUINCE

ELENA NO PODÍA RECORDAR un día más feliz que el que había pasado con Theo. Caminaron por el pequeño pueblo durante varias horas, hablando con los lugareños y mirando las pocas tiendas que el pueblo tenía la fortuna de tener.

Elena nunca había sido tan libre antes. En el pasado, había tenido guardias y cortesanos siguiéndola, doncellas y acompañantes pendientes de cada deseo y necesidad. Pero aquí en Somerset, había sido capaz de alejarse de esa vida deslumbrante y qué liberador y maravilloso era.

Como la fiesta en Kew Palace era un evento organizado por el Rey Jorge, aunque no era probable que él llegara, no había necesitado llevar a sus guardias o acompañantes. En cuanto a su doncella personal que la había ayudado con su plan, le había pagado para que viajara a Kew y atendiera a Lady Villiers y su doncella, para que no se quedara en Londres donde su hermana Alessa pudiera encontrarla y empezar a hacer preguntas.

Theo la había llevado a la modista y al zapatero, una pareja más encantadora Elena nunca había visto. Comieron pequeños pasteles helados frente al escaparate de la panadería y vieron a los niños perseguir patos por el parque. Sus dulces risas hicieron que las suyas se liberaran, especialmente cuando un niño tuvo la suerte de atrapar uno.

La gente del pueblo trataba a Theo con respeto y amabilidad, y ella podía ver que le dolía no poder ayudar cuando se lo pedían. Después de todo, él era el cuidador de todos ellos.

Habían regresado a la finca más tarde esa tarde, con los pies doloridos, su vestido polvoriento por el paseo, pero nunca había pasado un momento más agradable. Que su día lo hubiera pasado junto a Theo lo había hecho aún más memorable, y anhelaba que nunca terminara.

Más tarde esa noche, se sentó en el salón de arriba que la viuda particularmente apreciaba, bebiendo té mientras la viuda tejía.

—¿En qué estás pensando, querida? Estás muy callada con tus pensamientos justo ahora — dijo la viuda, sus dedos trabajando rápidamente con las agujas en sus manos.

Quería contarle todo a la viuda. Que había empezado a adorar a su hijo y lo quería para sí misma. Cuando él reía, un calor se extendía por su corazón. Cuando la miraba, sus ojos oscuros con una intención deliciosa, no podía negárselo más de lo que podía negarse a sí misma.

Pero con cada día que era invitada aquí en la finca, también se volvía más y más consciente del dilema financiero de su señoría.

La casa en sí, sus jardines descuidados y el papel tapiz despegado eran lo suficientemente obvios. Pero habiendo visitado el pueblo, viendo a los granjeros arrendatarios que ahora tenían que buscar empleo en otros lugares, le decía que su señoría estaba en un apuro financiero mucho peor de lo que ella había imaginado inicialmente.

Los granjeros arrendatarios trabajaban la tierra, vivían en cabañas en la propiedad del respectivo señor. No tenían que buscar empleo en otros lugares.

—¿Puedo preguntarle algo, mi señora? Y por favor, dígame que me ocupe de mis asuntos si no desea explicar lo que me preocupa.

—Por supuesto, te ayudaré en todo lo que pueda. ¿Qué es lo que deseas preguntarme, querida? —La viuda dejó sus agujas de tejer en su regazo.

Elena tomó un respiro fortalecedor, necesitando saber la verdad de la situación para saber mejor cómo proceder. —Lord Lyon está muy desesperado por llegar a la ciudad, y me gustaría que me dijera si esto es porque necesita una novia adinerada.

La boca de la viuda se abrió y cerró varias veces antes de que se hundiera en su silla, su rostro una máscara de orgullo, incluso después de que se le hiciera una pregunta tan difícil.

—Mi hijo necesita casarse bien, y es por eso que iba a viajar a Londres. Estamos en riesgo de perder la finca. Por supuesto, Theo conservará su título, pero la casa revertirá a La Corona si no podemos pagar los impuestos de la finca. —Su señoría suspiró—. Mi esposo estuvo en un juego de cartas y perdió gran parte de nuestras tierras de cultivo más valiosas ante el Rey Jorge. Cuando Theo heredó, trató de hacer que la tierra que sí teníamos a nuestro nombre funcionara para mantener la finca, pero era demasiado densa con bosques y húmeda para los cultivos. La dama con la que se case mi hijo tendrá que tener un rescate de rey para salvarnos de reubicarnos en Londres permanentemente. Tengo una casa de ciudad allí, ¿sabes?, que heredé de mi abuela.

Un rescate de rey. O la fortuna de una princesa...

Elena estudió sus manos, habiendo sabido la verdad de las palabras de la viuda, pero escucharlas en voz alta hacía que la difícil situación de Theo fuera aún más real.

—Debería viajar a la ciudad pronto. El caballo está mejor, y el carruaje está reparado, y usted se ha recuperado de su enfermedad. Debería partir mañana mismo, pues odiaría que perdieran esta magnífica casa por un tonto juego de cartas. —Y ella no se casaría con un hombre a menos que la amara por sí misma, no por quién era. Tal matrimonio sería el epítome de la tortura, y no podía soportar tal futuro.

La viuda sonrió, recogiendo sus agujas de tejer. —Volverá a la ciudad pronto y encontrará una dama adecuada. Sé que no era la forma en que quería encontrar a su novia, pero así es el mundo. No todo es justo y como nos gustaría.

La idea de que Theo se casara con una mujer que no amaba pero que necesitaba para salvar su finca también le produjo un escalofrío. Tal matrimonio era aborrecible, y podía ver por qué

estaba posponiendo el viaje a Londres y eligiendo entre las adineradas que deseaban un título y pensaban que casarse con un lord sin dinero era un buen trato.

La difícil situación de su señoría hacía que fuera aún más importante su necesidad de mantener oculta su verdadera identidad a Lord Lyon. Si su relación progresaba más allá y empezaba a sentir por su señoría más que amistad, entonces necesitaba saber que la amaba por sí misma, no por lo que aportaría al matrimonio.

Oh, ¿a quién estaba engañando? Ya tenía sentimientos por Theo que iban más allá de la mera amistad.

—Espero que su señoría encuentre una mujer que no solo sea adinerada, sino que también capture su corazón —dijo, la declaración solo parcialmente cierta. Porque no podía desear que él se fuera y se casara con otra, por mucho que supiera que lo necesitaba. Quería que se quedara aquí con ella. Que le demostrara que un lord se casaría con una mujer sin un centavo a su nombre. Incluso cuando ese lord necesitaba dinero más que cualquier otra cosa en el mundo.

Solo entonces confiaría en que su amor era verdadero.

Era poco probable que su sueño de tal cosa se hiciera realidad, pero aun así podía desear ese desenlace.

La viuda guardó su labor de punto antes de levantarse. —Si me disculpa por una hora o dos, querida, siento que necesito recostarme un poco antes de la cena.

Elena se puso de pie, yendo a ayudarla. —¿Se encuentra bien, mi señora? ¿Quiere que la acompañe a su habitación? —preguntó, apresurándose a auxiliarla.

La viuda negó con la cabeza, prefiriendo salir de la habitación sin ayuda. —No es necesario, querida. Mi habitación no está lejos. Nos veremos en la cena.

Elena la vio marcharse y se dejó caer en el sofá. No había visto a Theo hoy, él había salido a cabalgar por los terrenos temprano esta mañana en su viejo caballo, y le dolía el corazón que no tuviera una montura adecuada para un marqués.

Theo merecía montar un purasangre, tan fuerte y veloz como los que corrían en Newmarket. Merecía todo en el mundo, y si la elegía como su esposa, si la amaba con todo su corazón, entonces todos sus deseos y sueños se harían realidad. Solo necesitaba seguir su corazón en lugar de su cabeza.

Theo subió las escaleras de dos en dos, dirigiéndose con determinación hacia el salón de la planta superior. Entró en la habitación y encontró a la mujer que buscaba. Afortunadamente sola.

Elena estaba sentada en el sofá, con una publicación de Belle Assemblee abierta sobre su rodilla, estudiando casualmente las últimas modas disponibles en Londres.

Estaba tan hermosa como un cuadro de sol y flores. —¿Mi madre ha salido un momento? —le preguntó, apartando su atención del folleto.

—Oh —dijo ella, sobresaltada por su aparición—. Su señoría ha ido a recostarse una hora o dos antes de la cena de esta noche.

—Muy bien —dijo él, cerrando la puerta. Antes de que pudiera pensarlo mejor o recordarse

por qué era una mala idea, una muy, muy mala idea que no debería intentar, cruzó la habitación a zancadas, levantó a Elena del sofá y la besó.

Con fuerza.

Ella jadeó contra su boca, y él aprovechó la oportunidad para entrelazar su lengua con la de ella. Era toda suavidad y olía tan dulce como el invernadero en verano.

Si tuviera uno. La finca hacía mucho que había renunciado a tales lujos.

Esperaba que Elena se apartara, que le preguntara qué estaba haciendo. En su lugar, sus dedos se aferraron a las solapas de su chaqueta y lo acercaron más, su boca tomando tanto como dando en el beso espontáneo.

Theo se perdió en la sensación de ella. Lo besaba con abandono. Él apartó todo lo que se interponía entre ellos. Su falta de fondos y los de ella también, y simplemente disfrutó de tener a Elena en sus brazos. Ella emitió un suave sonido de gemido que desafió su resolución de mantener el interludio en un beso.

Quería hacer mucho más con ella. Quería desatar el bonito vestido de su delicioso cuerpo, deslizarlo por sus curvas femeninas, exponiendo sus amplios senos y caderas pronunciadas. Quería besarla por todas partes, marcarla como suya de la única manera que conocía, con adoración.

Ella se puso de puntillas, colocando su altura casi igual a la de él, y lo besó. Su pasión hizo que su cabeza diera vueltas. ¿Cómo era posible que ella no pudiera ser suya? ¿Cómo podía la vida ser tan cruel como para impedirle tenerla?

Podrías tenerla. Significaría el sacrificio definitivo.

Theo no quería pensar en el problema ahora. Solo quería a la mujer en sus brazos y nada más que lo distrajera. Le sujetó la mandíbula, hundiendo sus dedos en su cabello y sintiendo cómo caía sobre sus hombros.

Rompió el beso, sus ojos vidriosos de necesidad y pasión lo miraron fijamente, grandes y con una pregunta en ellos.

Fue suficiente para hacerlo caer de rodillas.

Se inclinaría ante esta mujer, tan pobres como eran ambos, si eso significaba que siempre estarían como estaban ahora.

Juntos.

CAPÍTULO DIECISÉIS

SU BESO con Theo fue como un sueño. Él era todo lo que ella deseaba en un caballero y estaba a su alcance. Al menos esta noche.

Ella le devolvió el beso con toda la necesidad contenida y negada que había vibrado en su interior estos últimos días. Lo había deseado así durante tanto tiempo. Que la besara con tanta dulzura hacía que sus rodillas temblaran y su corazón se acelerara.

No podía saciarse de él. ¿Cómo iba a soportar verlo partir en su carruaje hacia Londres para casarse con otra? No podía. Tenía que decirle la verdad.

Revelarle quién era ella realmente antes de que fuera demasiado tarde y lo descubriera por otros medios. Un hecho que ocurriría. Era solo cuestión de tiempo.

Elena se entregó al beso, tomando todo lo que podía del hombre que la hacía desear tanto. Cosas deliciosas que no entendía pero que desesperadamente quería aprender.

¿Todos los besos se sentían así? ¿Como si no supiera cómo volvería a la tierra, cómo mantendría los pies en el suelo después de las alturas a las que él la elevaba?

Su lengua se enredó con la de ella, y ella saboreó su boca. Su cuerpo ardía. Las manos de él se deslizaron por su espalda, bajando hasta las curvas de sus nalgas, atrayéndola contra su cuerpo.

Su hombría se presionaba contra su estómago, acumulando calor en su centro. Ella buscaba satisfacerse contra él y quería complacerlos a ambos, pero no podía entender por qué.

Nunca se había sentido así antes. Su cuerpo no se sentía como el suyo propio. Anhelaba su tacto, más de sus besos, pero no solo en sus labios, por muy perversos que fueran allí, sino también en otros lugares.

Lugares traviesos y prohibidos de su persona que nunca había permitido que otro conociera, viera o tocara.

Hasta Theo.

Quería que él la conociera. Toda ella.

—Te deseo, Elena, muchísimo. Me duele por ti. Te he deseado desde el primer momento en que te vi bajar del carruaje, tan hermosa y segura.

Ella se apartó, deslizando sus manos sobre los hombros de él, adorando el aspecto desaliñado

que había adquirido. Parecía completamente besado, sus labios hinchados y rojos por su tacto.

Elena pasó su dedo por el labio inferior de él, suave y lleno. Quería besarlo una y otra vez, sabiendo que nunca estaría satisfecha, no cuando se trataba de Theo.

—¿En serio? Qué revelador —Se rio cuando él retrocedió reluciente pero continuó sosteniendo su mano.

—¿No sentiste lo mismo? —Había miedo en sus ojos azules, y el corazón de ella dio un vuelco en su pecho ante su vulnerabilidad.

Ella asintió, incapaz de mentirle al menos sobre sus sentimientos. —Por supuesto que sí, pero soy una dama de compañía —dijo, preguntándose cuándo le diría la verdad y si él la odiaría por su engaño. Ahora que había incluido a su madre en sus mentiras, lo hacía doblemente peor. Pero quería escuchar que él se preocupaba por ella, que la amaba, antes de saber que era una princesa y la respuesta a todos sus problemas. ¿Era mucho pedir?

—No tengo derecho a verte de manera romántica. Sé que no soy lo que necesitas. —Aunque ella sí lo veía como el hombre con quien quería casarse. Qué enredo tan complicado había tejido y necesitaba desenredar antes de que fuera demasiado tarde. Había huido a Somerset para dejar atrás la locura de Londres -incluyendo su vida como princesa real- solo para encontrar una locura de su corazón aquí en la Finca Lyon.

Una locura que nunca quería que terminara.

—No hablemos de las dificultades que enfrentamos y simplemente disfrutemos nuestro tiempo juntos. Te prometo que no te pediré nada que pueda dañar tu reputación. Por mucho que lo desee.

Con sus palabras, la atrajo de nuevo a sus brazos, besando la parte inferior de su oreja, deslizando su lengua por su cuello y provocando un escalofrío de deseo por su sangre.

Era imposible negarse a este hombre. No le importaba el decoro ni lo que debía o no debía hacer. Durante años había estado detrás de sus hermanas, la tercera hija de un rey recordada más por su belleza que por algo sustancial. El hombre frente a ella se preocupaba por ella, una plebeya, una mujer sin riqueza ni conexiones. Que lo hiciera significaba todo para ella. Era tan valioso como sus joyas y propiedades combinadas.

Nadie se había preocupado por ella sin saber ya quién era. Theo no lo sabía, lo que significaba que, con él, su afecto era sincero y no provocado por lo que ella podía darle financiera y socialmente.

Era un elixir más potente que el champán rosado. Y ella adoraba el champán rosado.

—Me gustaría mucho eso. Por ahora —añadió. Los próximos días, se deleitaría en su recién descubierto apego. Y luego le diría la verdad. Él merecía saber que ella no era una dama de compañía sino la Princesa de Atharia.

Tal como Elena deseaba, ella y Theo fueron inseparables durante la semana siguiente. La duquesa viuda los acompañó en la mayoría de sus excursiones. Habían vuelto a visitar el laberinto, decididos a encontrar su camino de entrada y salida en pocos minutos esta vez, en

lugar de horas como en el intento anterior.

La madre de Theo observaba desde el césped en una tumbona traída por uno de los lacayos y se reía mientras ellos se llamaban dentro de las paredes verdes, abriéndose camino.

Elena llegó primero al estanque seco, decidida a reclamar su premio.

—Lord Lyon, creo que soy la ganadora —Rio, sonriendo mientras él caminaba lentamente hacia ella, su mirada oscura y hambrienta haciendo que su mente se acelerara.

—Esta vez —respondió él, deteniéndose a un palmo de distancia—. ¿Qué deseas como premio? —preguntó, sin hacer otro movimiento hacia ella.

Elena cerró el espacio entre ellos, agarrando las solapas de su abrigo con sus manos. —A ti. Quiero que me beses de nuevo.

Él gruñó, rodeando su espalda con sus brazos. —Tu deseo es una orden, Elena. —Theo la besó hasta que ella no supo cómo parar, cómo recuperar cualquier sentido del tiempo o del decoro.

Sus labios eran suaves, la atraían como nada que hubiera sentido antes. Sus fuertes y musculosos brazos atrayéndola contra él, su hombría presionando contra su estómago hacía que sus rodillas se debilitaran, que su cuerpo doliera.

El beso había sido jugueteón al principio, lleno de risas y pequeños mordisquitos, pero no tardó en cambiar. En algún momento de sus bromas, el beso se volvió ardiente, caliente y decidido, exigente y consumidor.

Elena no podía saciarse, y solo cuando la mamá de Theo les llamó, preguntando si se habían perdido, se dio cuenta de que estaba realmente perdida, no en el laberinto, sino en su corazón que estaba tan enredado con Theo como las enredaderas a su alrededor.

—Saldremos enseguida —respondió Theo, tomándola de la mano y, esta vez, guiándolos fuera del laberinto sin problemas.

Al día siguiente, visitaron la locura por segunda vez, aprovechando la oportunidad para robarse un beso o dos por el camino cuando los árboles y arbustos los ocultaban de la viuda, que una vez más se quedó en el puente.

Sus noches estaban llenas de juegos de cartas y juegos de salón con la viuda hasta que ella estaba demasiado somnolienta para quedarse y se retiraba a dormir. Elena, por supuesto, también se retiraba, pero esta noche Theo tenía una sorpresa especial para ella, aunque ella no sabía qué implicaba ese plan. Llevaba un vestido de mañana de algodón azul junto con una camisola, sin saber qué iban a hacer.

Después de la medianoche, se escabulló de su habitación y bajó de puntillas, encontrándose con Theo en la biblioteca. Él sostenía una cesta, una botella de vino y un surtido de dulces y golosinas envueltos en lino.

—Un picnic de medianoche bajo las estrellas. La noche está opresivamente calurosa, y dormir será casi imposible de todos modos.

Elena podía ver que él estaba complacido consigo mismo por su regalo, y ella también lo

estaba. Él era tan amable y encantador. Merecía todo lo que quisiera, y cuando probara que su amor era verdadero, ella le daría el mundo si él solo lo pidiera.

Solo tenía que decir lo que ella necesitaba oír. Tres pequeñas palabras. Palabras que ella sabía que había llegado a sentir por él y que diría de vuelta sin un momento de duda.

—Eso suena celestial —dijo ella, acercándose a él y tomando su mano, besándolo rápidamente ya que estaban solos.

Él murmuró —Eres demasiado tentadora. ¿Quizás deberíamos quedarnos aquí en su lugar?

Ella se rio, sacándolo de la habitación y llevándolo hacia el vestíbulo y la puerta principal. —No. Ahora que me has ofrecido una noche bajo las estrellas, quiero eso, y ninguna biblioteca servirá.

Se escaparon de la casa, corriendo y riendo mientras se dirigían a los descuidados jardines. Theo la llevó hacia el lago, un lugar oculto a la vista de la casa.

Se acercó a un pequeño árbol, moviendo varias ramas para revelar una manta que había escondido allí. Sus labios se curvaron. —¿La sacaste a escondidas hoy? —le preguntó, ansiosa por su tiempo a solas. Por mucho que adorara a su mamá, era tan hermoso estar con Theo sin nadie más escuchando cada palabra, observando cada gesto.

Él sacudió la manta, colocándola a la orilla del río, antes de extender su mano y ayudarla a sentarse. Ella se quitó las zapatillas y las medias, el aire fresco en sus pies aliviando un poco el calor de su piel en esta noche calurosa.

Theo se unió a ella, acostándose, con los brazos detrás de la cabeza, mirando las estrellas. Elena se unió a él, nunca habiendo estado fuera tan tarde en la noche, contemplando el cielo. Por supuesto, había echado un vistazo o dos en bailes y fiestas cuando tomaba aire en una terraza o jardines, pero esas ocasiones no eran nada comparadas con la que ahora experimentaba con Theo.

La noche no tenía luz de luna, y las estrellas brillaban con tanta intensidad y claridad. —¿Alguna vez te has preguntado si hay un mundo como el nuestro en algún lugar allá arriba? ¿Crees que las muchas bolas de luz son planetas o simplemente estrellas como las llamamos? —le preguntó, curiosa por su respuesta.

—Es difícil decir —respondió él—. Pero me gusta imaginar que no somos los únicos. Qué maravilloso sería, ¿no crees? —Encontró su mirada, y el estómago de Elena dio un vuelco—. Que en algún lugar de esa gran inmensidad, hay otra pareja, mirando el cielo y pensando en otros mundos también. Me gusta pensar que es así.

Su pensamiento era una idea encantadora para reflexionar. Ella se volvió, observándolo, deleitándose con su hermoso perfil. Su corazón latía con fuerza. ¿Cómo pudo haber pensado alguna vez en dejarlo ir y casarse con alguna heredera en Londres? Él merecía amor, al igual que ella, y ella quería que lo tuvieran el uno con el otro.

Extendió la mano, acercando la de él hacia ella, y besó su palma. —Gracias por este regalo, Theo. Creo que de todas nuestras aventuras estos últimos días, esta ha sido mi favorita.

Theo se giró de lado, observándola. Su mano apartó un mechón de cabello de su rostro, colocándolo detrás de su oreja. —Es mi favorita también —respondió antes de cerrar el espacio entre ellos y besarla nuevamente.

Y ella se perdió.

CAPÍTULO DIECISIETE

THEO BESÓ a Elena y entregó su corazón a la mujer en sus brazos. Nunca había sentido un impulso tan abrumador de proteger, cuidar y amar a alguien siempre, como lo sentía con la mujer a su lado, devolviéndole el beso con una urgencia y necesidad que igualaba la suya.

Ella era una locura en su sangre que no podía curar. Ni deseaba hacerlo. La quería. Toda ella. Debería decirle que se había enamorado de ella, pero las palabras no se formaban.

Era un hombre, después de todo, y pronunciar tal verdad nunca era fácil. Sin mencionar que declarar la verdad significaba que nunca podría viajar a Londres y casarse con una mujer adinerada. Perdería su hogar, dejaría a quienes dependían de él para su empleo sin ingresos. Todo por lo que había luchado para mantener durante tantos años se perdería.

Desesperadamente quería decirle la verdad, pero hacerlo sellaría su destino. Sellaría el destino de todos a una vida de moderación y poca grandeza. Por más desesperado que estuviera por hacer de la señorita Elena Smith su esposa, renunciar a todo lo demás que apreciaba, no podía formar las palabras.

Pero la tendría esta noche. La amaría de la única manera que podía.

Ella lo empujó sobre su espalda, y él se rio, sin haber esperado que ella tomara el control. Adoraba que lo hiciera y tomara lo que quería, sin importar que fuera del sexo débil. Elena no era una señorita mansa y dócil.

—Adoro estar aquí contigo —susurró contra sus labios. Él le sujetó el rostro, besándola con fuerza. Su mano siguió la línea de su columna, haciéndola retorcerse antes de amasar su trasero.

Tenía glóbulos perfectos, un puñado encantador. Ella gimió y el sonido fue directo a su miembro. Le dolía con una deliciosa necesidad que cabalgaba cada caricia y beso que le otorgaba.

Ella deslizó su pierna sobre su cintura, colocándose directamente sobre su rígida virilidad. El impulso de levantar su vestido, de separar sus piernas y enfundarse en su calidez lo consumía.

En cambio, se quedó paciente, deleitándose en sus movimientos mientras ella se acomodaba sobre él, ondulando contra su miembro, provocándolos a ambos.

Colocó su centro directamente sobre su virilidad. Él gimió, rompiendo el beso y controlándose para comportarse. —Me distraes, Elena.

Ella se echó hacia atrás, tirando de él por los lazos de su camisa. Sus facciones ya no eran provocativas o divertidas, sino solemnes, sus ojos oscuros un pozo de necesidad.

—Tú me distraes, Theo —dijo ella, repitiendo sus palabras—. Te deseo también. Por favor, déjame tener esta única noche en tus brazos —le pidió.

Tendría más que solo esta noche. Él se aseguraría de ello. Tomó sus labios en un beso abrasador, la locura dentro de él cambiándolo todo. Elena le arrancó la camisa de los pantalones, arrojándola a un lado en algún lugar de la orilla del río.

Theo se ocupó de los botones de su camisola antes de trabajar en la parte trasera de su vestido, agradecido cuando se abrió lo suficiente para que ella pudiera deslizarse fuera de él. Con ella vestida ahora solo con su camisón y corsé, hizo un rápido trabajo con los cordones que ocultaban su deliciosa figura, el corsé aterrizando en algún lugar sobre la hierba. Se preocuparían por encontrarlo más tarde.

La hizo rodar sobre su espalda, acomodándose entre sus muslos. Ella envolvió sus piernas alrededor de sus caderas, mordiéndose el labio mientras se frotaba contra él. Podía sentir la humedad de su sexo. Aun así, alcanzó entre ellos, acarició su monte, rozando su botón extendido hasta que ella gimió.

Amaba la sensación de ella, caliente y húmeda. Su boca se hizo agua, deseando probar su dulce carne.

—Oh, Theo —jadeó ella, sus dedos marcando la piel de sus hombros—. Por favor, no me provoques así —suplicó.

Él quería hacer mucho más que follarla con su mano. Quería lamer entre sus labios húmedos. Rozar su botón y hacer que ella apretara su cabeza con sus piernas mientras llegaba contra su boca.

La quería de todas las formas en que un hombre puede tener a una mujer. Pasar el resto de sus días y noches encerrados en los brazos del otro.

Sin poder esperar un segundo más, tiró de sus pantalones, su rígido miembro derramándose en su mano. La determinación brilló en sus ojos mientras se colocaba en su centro.

—¿Estás segura, Elena? —le preguntó, necesitando oír que ella estaba de acuerdo con lo que estaban a punto de hacer. Porque una vez hecho, no habría vuelta atrás. No habría forma de detener lo que les sucedería a ambos. Matrimonio, una vida. Incluso si esa vida era frugal.

Ella asintió, hundiendo sus manos en su cabello y tirando de él para un beso. La dulzura de este le quitó el aliento. —Estoy segura, Theo. Te deseo.

Ella empujó contra él para probar ese punto, y él perdió la pequeña cantidad de control que aún comandaba. Embistió dentro de ella, enfundándose en su apretado y acogedor calor.

Ella jadeó y se quedó quieta, y él se detuvo, dándole un momento para acostumbrarse a él. —No dolerá por mucho tiempo, mi querida. Prometo hacer de esta noche una que recordarás para siempre.

Sus ojos amplios pronto perdieron la pequeña cantidad de miedo que contenían, y después de

un momento, se relajó en sus brazos, sus piernas enganchándose alrededor de su trasero. Se movió, buscando que él se moviera con ella. No necesitó más insistencia. Theo se meció dentro de ella, dándole lo que quería. Lo que ambos querían.

La sensación no se parecía a nada que hubiera experimentado. La mujer en sus brazos capturó su corazón y mente, y tenerla, hacerla suya de esta manera, sabiendo que él sería el único hombre en reclamar su dulce ser, lo humilló y estimuló más allá de toda medida.

Cayeron en un ritmo constante. Elena lo besó, buscó que fuera más profundo, más rápido, y él le dio todo lo que ella quería. Tomó su placer, buscó el de ella, y no la decepcionaría, sin importar cuánto quisiera derramarse.

Bajó un lado de su camisón, exponiendo un pezón rosado y erecto, y lo tomó en su boca, besando su dulce pico, succionándola y provocando un jadeo de conciencia.

Lo hizo una y otra vez, provocando su otro seno y dándole lo que quería. Todo el tiempo, empujaba dentro de su calor, sus piernas apretadas ataduras contra su espalda.

—Theo —jadeó, mordiéndose el labio y echando la cabeza hacia atrás contra la manta de picnic—. Oh, Theo. Sí —gimió, sus manos apretadas ataduras en sus brazos.

Theo agradeció a Dios cuando los primeros espasmos del clímax de ella se cerraron alrededor de su miembro. No estaba seguro de cuánto tiempo más podría aguantar. Embistió con más fuerza y rapidez dentro de ella, y Elena se aferró a él, moviéndose contra su cuerpo, alzándose en busca de placer.

Y entonces ella estalló. Las contracciones y los espasmos alrededor de su miembro precipitaron su propio orgasmo. Se corrió con fuerza dentro de ella, derramando su semilla en su carne acogedora.

Elena gimió su nombre, alzándose para besarlos mientras los últimos espasmos se desvanecían alrededor de su virilidad. Él continuó moviéndose dentro de ella, exprimiendo cada gota de éxtasis que podía.

Se dejó caer a un lado, con la respiración entrecortada, antes de atraerla hacia el hueco de su brazo y besar la parte superior de su cabeza.

—Esto no es lo que tenía planeado cuando busqué tu compañía aquí fuera esta noche, Elena. Pero no puedo arrepentirme de lo que ha sucedido. Me has hecho el hombre más feliz del mundo.

Ella le sonrió, con las mejillas sonrosadas por sus esfuerzos. Su pecho aún asomaba por el camisón, tentando sus sentidos. Apartó la mirada de aquella visión tentadora y comenzó a planear cuándo y cómo se casaría con ella. Explicaría a su madre que lo perderían todo porque no podía vivir sin la mujer que tenía en sus brazos, la mujer a su lado.

La señorita Elena Smith, una dama de compañía que había capturado el corazón y el alma de un lord.

—Me has hecho la mujer más feliz del mundo. Te adoro —le confesó, besándolo suavemente en el pecho.

Él la estrechó aún más contra sí. Mañana, se juró, le pediría matrimonio. Sería nombrada la futura marquesa de Lyon, y nada ni nadie cambiaría ese hecho.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Elena se despertó y desayunó en su habitación. Se bañó y se vistió, y estaba lista para el día antes de las nueve. Miró el reloj de su habitación, sabiendo que la marquesa no se levantaría hasta varias horas después.

Después de su traviesa noche en los brazos de Theo, había esperado dormir hasta tarde también, pero estaba demasiado emocionada para quedarse en la cama. A menos que estuviera acostada con su amante. Su futuro esposo si lograba que él admitiera sus sentimientos antes de que supiera la verdad sobre su vida.

Había pensado que él diría algo la noche anterior, y de hecho, varias veces creyó que estaba a punto de admitir lo que sentía por ella, pero luego nunca sucedió.

Aun así, no dudaba que pronto admitiría lo que sentía por ella, pero necesitaba saberlo con certeza. Tenía que escucharlo por sí misma, y entonces sabría que su matrimonio sería por amor, destinado a durar hasta el día de su muerte, al igual que las uniones de sus hermanas.

Cogió su chal ligero que descansaba sobre uno de los sofás, saliendo de la habitación y bajando por el pasillo, decidida a buscar a Theo, quien debería estar en la biblioteca a estas horas, ya que solía ocuparse de los asuntos de la finca antes del mediodía.

Sus pasos vacilaron, y un escalofrío le recorrió la espalda al escuchar la voz severa de su hermana Alessa, exigiendo a Lord Lyon que le dijera dónde se encontraba su hermana.

Se mordió el labio, preguntándose si era demasiado tarde para huir una vez más y no tener que enfrentarse a lo que estaba a punto de presenciar.

Podía oír a Theo debatiendo las palabras de Alessa, explicando que debía estar equivocada porque no había realzada hospedada en la Finca Lyon. Que solo estaban su madre y su acompañante, además del poco personal que mantenía.

Esto no podía estar pasando. ¿Cómo se había enterado Alessa? Calculó en su mente cuánto tiempo llevaba en Somerset y concluyó que le quedaban al menos diez días antes de que terminara la fiesta en el Palacio de Kew.

Sin más remedio y sin ser nunca una cobarde, continuó bajando hacia el vestíbulo. Al llegar al rellano, notó que la puerta de la biblioteca estaba abierta, dándole una vista de la habitación.

Era peor de lo que pensaba al principio. No solo Alessa estaba en la habitación, Rowan se

erguía detrás de su esposa como un monolito de fuerza letal, y Holly y Drew también estaban presentes. Parpadeó, luchando contra la náusea que le subía por la garganta cuando, de repente, en un horror sincronizado, todos se giraron para ver quién había interrumpido su conversación.

Alessa se desplomó aliviada, acercándose a ella y atrayéndola en un rápido abrazo. La mirada de Elena se encontró con la de Theo por encima del hombro de su hermana, y vio la confusión en sus ojos azules.

Odiaba haberlo puesto en tal desventaja. Él merecía saber la verdad mucho antes que ahora. Y ciertamente no merecía enterarse de su familia de esta manera. Debería haber salido de ella.

Después de que él le hubiera dicho que la amaba.

Elena estaba segura de que lo hacía, pero él no lo había dicho ni había ofrecido su mano. Si iba a ofrecérsela ahora, se la ofrecía a una princesa. Una mujer lo suficientemente rica como para salvar su finca, su nombre en el matrimonio. Detestaba la idea de tal propuesta, fría y obligada, no sincera como había esperado. Él se sentiría aún más obligado ahora que sabía quién era ella. Un caballero que había seducido a una dama siempre hacía lo correcto y le ofrecía su mano.

¿Lo haría?

—¿Qué estás haciendo en Somerset, Elena? —exigió su hermana Holly, con voz regia y dura. Elena se encogió, sabiendo que su hermana la reina estaba de mal humor por las acciones que la habían llevado aquí a Somerset.

Alessa la condujo a la biblioteca y cerró la puerta al poco personal que se había detenido en el vestíbulo, sospechando la presencia de una visita distinguida que aún no habían nombrado.

Elena hizo una reverencia ante Holly, antes de besar su mejilla en señal de bienvenida, tratando de suavizar el humor de su hermana de cualquier manera posible. —Necesitaba alejarme de Londres, y surgió la oportunidad de viajar a Somerset y cuidar de la amiga más querida de nuestra madre del año en que debutó aquí en Inglaterra. No vi ningún daño en ello.

—Solo que no se suponía que estuvieras aquí en Somerset. Creíamos que estabas segura en el Palacio de Kew asistiendo a la fiesta del Rey Jorge. Él me notificó que su prima de Atharia no había llegado después de una quincena de iniciada la fiesta.

Maldito sea el rey por delatarla ante sus hermanas. Él nunca asistía a sus propias fiestas, prefiriendo quedarse en Windsor. Qué típico de su suerte acabarse. Ser descubierta justo en el momento en que intentaba escapar.

—¿Estás actuando como dama de compañía, Elena? —preguntó Alessa, mirando entre ella y Lord Lyon—. ¿Como ha dicho su señoría? ¿Eres una sirvienta aquí?

El aborrecimiento de tal cosa era fácil de escuchar en el tono de su hermana. Elena sabía que no podía mentir, ya no más, incluso si esas mentiras lastimarían a la única persona que nunca tuvo la intención de herir. No se suponía que se enamorara de Theo, pero lo había hecho. Y ahora él estaría enojado, y sin duda se sentiría traicionado.

Le había mentado. Peor aún, era de la realeza, un privilegio que había causado tanto dolor a su familia.

—Solicité el puesto de dama de compañía para la Marquesa Viuda de Lyon, pero solo porque sabía que era amiga de nuestra madre y su señoría necesitaba a alguien que la cuidara mientras él estaba en Londres.

Rowan resopló detrás de los hombros de su esposa. —Su señoría parece bastante establecido aquí en Somerset, Elena. No hemos visto a Lord Lyon en la ciudad.

—Eso es porque han ocurrido infortunios que lo han mantenido aquí, pero siempre tuvo la intención de irse —dijo, defendiendo sus actividades.

Holly entrecerró los ojos, estudiándola, y Elena luchó por no sonrojarse, por no reaccionar ante la inspección de su hermana mayor. ¿Qué estaba tratando de averiguar sobre ella? ¿Sospechaba algo?

Dios, estaba agradecida de que su hermana, la reina, no pudiera leer mentes.

—Elena o la señorita Smith —declaró Holly, enfrentando la mirada contenida de Theo—. Es más conocida como la princesa Elena de Atharia. Hermana de una reina y súbdita real de Atharia. No es ninguna dama de compañía y ciertamente no debería estar cuidando de nadie más que de su deber para con la Corona y su país.

El labio de Theo se curvó con desdén, y una pequeña parte de ella murió al ver que él aborrecía tanto su verdadero ser. ¿Cómo podrían reparar alguna vez el daño que sus mentiras habían causado?

Él se puso de pie, con las piernas separadas y las manos entrelazadas detrás de la espalda. —No conocí a la princesa Elena más que como la señorita Smith. Desconocía la artimaña que ha llevado a cabo para permanecer aquí en Somerset. Solo puedo ofrecerles mis disculpas y mis mejores deseos para ella durante el resto de la temporada.

Elena sintió que su boca se abría de par en par. ¿Acaso era tan fácil de descartar? ¿Ni siquiera lucharía por ella? ¿Qué le pasaba a Theo?

Alessa se acercó a su lado, tomándola de la mano. —Elena, pareces angustiada. ¿Ha ocurrido algo, querida?

Holly jadeó, colocándose al otro lado y clavando una mirada de desprecio en Theo. —¿Hay algo entre ustedes dos? Porque más vale que no sea así. Conozco la situación de Lord Lyon y su necesidad de una novia rica. Es por eso que ibas a viajar a Londres, ¿no es cierto?

Theo fulminó a Holly con la mirada, y Elena se quedó inmóvil. Nunca lo había visto tan enfurecido. —Hablando como una verdadera aristócrata —escupió—. Mientras uno sea adinerado, nada más importa, ¿no es así? —Se rio, pero el sonido no contenía diversión alguna—. Creo que, aparte de Lord Balhannah en esta sala, Sir Oakley entró en tu familia con mucho menos que yo.

Rowan se encogió de hombros, lanzando una mirada conciliadora a su esposa. —Tiene razón, querida —afirmó.

—Puede que sea así —declaró Holly—. Pero cuando se trata de nuestra hermana menor, las reglas cambian. Ella no ha estado en el mundo tanto como Alessa y yo, y no permitiré que la

utilicen. Ni tú ni nadie que necesite fondos.

—Holly, basta, por favor. Esta es una conversación que necesito tener a solas con su señoría. Aunque las amo a ti y a Alessa, esto no es asunto suyo. —Elena no estaba segura de dónde sacó el valor para hablarles así a sus hermanas, pero era hora de defenderse y enfrentar sus propios problemas. Si había alguna posibilidad para ella y Theo, necesitaban estar a solas y no tener a nadie más dando sus opiniones.

—Muy bien —accedió Alessa, dirigiéndose hacia la puerta—. Nos retiraremos y los dejaremos hablar a solas. Pero no por mucho tiempo, entienden, y la puerta debe permanecer parcialmente abierta para preservar tu respetabilidad.

Había pocas posibilidades de preservar eso. No después de anoche. El recuerdo de su tiempo con Theo la hizo estremecer con renovada conciencia.

Elena observó cómo Holly y Alessa, junto con sus esposos, se dirigían al vestíbulo, dejándola con Theo.

Se acercó al escritorio, sujetándose a él para apoyarse. —Lo siento, Theo. Quería decírtelo antes, pero nunca pude encontrar las palabras. Quería... —No pudo formar las palabras para decirle la verdad, y él la estudió, sabiendo que quería decir más.

—¿Qué querías, Elena? ¿Qué querías? —exigió, con voz dura.

Ella suspiró, suponiendo que ya no debía haber más falsedades. Ya no más. —Necesitaba escuchar que me amabas antes de que supieras quién era realmente. En casa, en Atharia, y aquí en Inglaterra, la gente solo dice lo que cree que quiero oír. Solo son mis amigos para poder decir que tienen a una princesa como aliada. Buscar marido ha sido difícil como la princesa Elena. Pero como la señorita Smith, bueno, ha sido un cambio refrescante. Tampoco —continuó—, vine a tu propiedad esperando conocerte y compartir lo que tenemos, porque no fue así. Pero ahora eso es lo que quiero. Quiero un esposo que me ame por quien soy, y no me conformaré hasta lograr ese sueño.

Él se desplomó en la silla detrás de él como si sus piernas ya no pudieran soportar la carga de las palabras que ella había arrojado sobre sus hombros. —Eres una princesa —declaró, con voz desprovista de emoción—. No importa lo que esperes, eso lo cambia todo.

Ella frunció el ceño, sentándose también. —Lo que te dije era la verdad, Theo. Tuve que irme de Londres. Por mi propia cordura, no podía quedarme allí ni un día más. Mi buena amiga Lady Villiers accedió a ayudarme. Ella también está asistiendo a la fiesta en Kew Palace, y le encargué que enviara cartas a mis hermanas para hacerles creer que yo estaba allí.

—Y sin embargo, no estabas. Estabas aquí. Bajo mi techo y cuidando a mi madre. Ella se sentirá tan decepcionada al saber que le mentiste.

Elena se quedó helada, y la preocupación en su rostro debió haberse registrado con mortal claridad. Theo se inclinó hacia adelante, clavándola con su mirada oscura. —Ella lo sabe, ¿verdad? —Maldijo y se puso de pie, paseándose detrás de su escritorio—. ¿Mi madre sabe que eres la princesa Elena de Atharia? —se burló, sacudiendo la cabeza. Elena quería ir hacia él, pero

sabía que la verdad sería difícil para él, pero ella había querido saber que sus sentimientos por ella eran verdaderos, no nacidos de la necesidad de su riqueza.

—Así es. El primer día que llegué, me reconoció como la hija de mi madre. Nos parecemos mucho, ¿sabes? Le hice jurar a tu madre que no dijera una palabra. Estaba desesperada por quedarme y no quería ir a Kew Palace y fingir ser feliz allí.

—¿Así que fingiste ser una sirvienta aquí?

La vergüenza la invadió por haber mentido, pero no había vuelta atrás en sus acciones. —No se suponía que te quedaras. No pensé que te molestaría, incluso si lo descubrías más tarde, porque estarías felizmente casado y habrías regresado con tu nueva esposa. Yo estaría de vuelta en Londres y nadie saldría perjudicado.

—Pero hubo daño, ¿no es así, Su Alteza?

—Por favor, no me llames así, Theo. Soy Elena para ti.

Él negó con la cabeza, rechazando sus palabras. —No, no lo eres. Ni lo fuiste nunca.

CAPÍTULO DIECINUEVE

THEO NO PODÍA CREER lo que estaba escuchando. ¿Cómo había fingido ser alguien que no era? ¿Cómo había permitido que él se preocupara por una mujer que no existía?

¿Qué debía hacer ahora? Casarse con ella ahora lo haría parecer el mayor villano de Londres. Pero no hacerlo, perder a la mujer que amaba, era también insoportable de contemplar.

Te mintió. Es de la realeza.

—Para ti soy Elena, así como tú eres Theo para mí. Eso no tiene por qué cambiar. Nada más tiene que influir en nuestra vida.

—Por supuesto que lo cambia todo, porque no he hecho lo único que tú quieres —espetó, pasándose una mano por el pelo—. ¿No lo ves? Eres de la realeza. Prima del Rey Jorge. El mismo hombre que no ha hecho más que hacer mi vida un infierno. —Negó con la cabeza—. No me declararé cuando eras la señorita Smith. Hacerlo ahora no va a ganarme tu confianza. Pensarás, al igual que tus hermanas, que soy un cazafortunas. Y lo soy. Por mis propias palabras, necesitaba una esposa rica. Eso no ha cambiado.

Elena palideció, y él contuvo su ira. Maldita sea. ¿Cómo había resultado ser Elena el mismo ser que abarcaba todo lo que él se había propuesto odiar durante toda su vida? ¿Realeza? No podía creerlo, ni quería hacerlo.

El destino podía ser caprichoso. Lo sabía bastante bien, pero ¿cruel también? Eso era un nuevo giro, al menos para él. Aun así, quería ir hacia ella. Envolverla en sus brazos y prometerle que la amaba antes de saber de su vida. Pero ¿le creería? No lo pensaba. Siempre habría un atisbo de preocupación de que se hubiera casado con ella por su dinero.

—Su Majestad es un primo muy lejano, y no estamos cortados por el mismo patrón, Theo. Es un error que pienses en mí de la misma manera. No soy inglesa, y mi carácter es muy diferente. Yo nunca habría engañado a tu padre.

—No me dijiste la verdad —afirmó. Sabía por qué ella no había dicho una palabra. Demonios, en realidad, él tampoco habría dicho una palabra si hubiera estado en su situación.

—Cuanto más nos conocíamos, más entendía las razones por las que rechazabas a la realeza. Temía tu reacción ante la verdad de mi vida, y a medida que pasaba el tiempo, se hacía cada vez más difícil declararme. Sin mencionar que estaba desesperada por que un hombre se enamorara

de mí. De mí —se señaló el pecho, remarcando su punto—, la Elena sencilla y común. No la princesa cubierta de diamantes que suelo ser.

—Una excusa ciega —le espetó, apoyándose en su escritorio y forzándose a respirar—. No confías lo suficiente en mi carácter como para creer lo que digo. Si te dijera ahora que te amo, ¿creerías esas palabras? No creo que lo hicieras. Esa es la verdad de nuestra situación, ¿no es así?

Por un momento, ella no dijo una palabra antes de levantar su regia barbilla, exigiendo respeto. —¿Me equivoqué al esperar para ver cómo te sentías por mí? Incluso después de anoche —declaró, bajando la voz—, no declaraste tu amor por mí ni pediste mi mano después de todo lo que hicimos. ¿Cómo puedo no pensar, aunque sea un poco, que si lo hicieras ahora sería por mi fortuna?

—Y ese es el meollo de tu problema.

—No completamente —continuó ella—. Te estarías casando con la realeza si aceptara tu mano en matrimonio. Si la hubieras ofrecido, claro. Una institución que desprecias. Al casarte conmigo, temo que con el tiempo tu desdén por la realeza inglesa se extendería hacia el linaje de Atharia. Después de lo que el Rey Jorge le hizo a tu familia, no te culparía si lo hiciera, pero me rompería el corazón ser la causa de tu dolor.

El temor se acumuló en su estómago al escuchar todas las razones por las que deberían y no podrían estar juntos. Si tan solo no le hubiera dicho a Elena que necesitaba casarse bien para salvar su propiedad, su declaración de la verdad no importaría. Pero su orgullo, su amor por la mujer que tenía delante, le impedía pedir ahora. No podía formar las palabras, por mucho que la quisiera por sí misma y al diablo con la herencia.

Pero nada de eso importaba ahora, porque ella nunca le creería si se lo pidiera. Podía verlo en su rostro, el dolor, el miedo de que solo se casaría con ella por lo que aportaría a la unión, no por quién era como mujer.

La imagen de su padre colgando de las vigas en el ático pasó por su mente. No podía casarse con la realeza. El mero pensamiento de hacerlo le daba ganas de vomitar. Su padre había estado allí durante varios días, y Theo lo había encontrado, una visión que no podía borrar de su mente, por mucho que lo deseara.

El Rey Jorge había hecho eso. La realeza y sus hábitos egoístas y dominantes habían matado a su padre. Un futuro juntos nunca funcionaría.

—No sé qué creer ahora mismo. Hay mucho que pensar, y es poco probable que mis hermanas me permitan quedarme y reflexionar sobre todo esto contigo —dijo ella, con lágrimas brotando en sus oscuros ojos. Su corazón se rompió ante esa visión.

—Por lo que vale, Theo, lo siento. Nunca quise causar problemas ni herir a nadie con mi plan. Simplemente quería desaparecer.

Él podía entender que quisiera hacer algo así. Demonios, ser de la realeza, británica o de otro lugar, no sería fácil. Pero no podía soportar sus mentiras ni lo que lo convertirían si se casaba con ella ahora. Al menos no con ella. No podía casarse con una mujer que amaba, pero que no

confiaba en él. Su matrimonio con una heredera sería un matrimonio de conveniencia, un intercambio mutuo. No podía ofrecerle nada a Elena, porque ella ya lo tenía todo.

—¿Volverás a Londres con tus hermanas? —le preguntó mientras el silencio entre ellos se alargaba.

—Hoy mismo, me imagino. Hay mucho que pensar. —Se pellizcó una de sus uñas mientras mantenía las manos en su regazo—. ¿Me dirás por qué detestas tanto al Rey Jorge? No puede ser solo por las tierras que perdiste ante Su Majestad.

Theo no vio razón para no contárselo. Para explicar, por mucho que odiara revivir todo lo relacionado con aquella época.

—Mi padre se ahorcó en esta misma casa. Un año después de que lo estafaran con las tierras en una partida de cartas con el rey Jorge. Cuando las tierras se perdieron y la siguiente temporada de cosecha terminó, el efecto total de nuestra pérdida se hizo evidente. Mi padre no pudo vivir con la vergüenza y se quitó la vida. El rey Jorge, ese bastardo real egoísta y codicioso, mató a mi padre y ni siquiera envió sus condolencias. No tengo tiempo para nadie de su calaña.

—¿Y eso ahora me incluye a mí? —le preguntó ella, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas. Él reprimió el impulso de acercarse a ella, de decirle que no la veía de la misma manera, pero ¿qué importaba ahora? Ella lo veía como nada más que un cazafortunas, su declaración de amor demasiado tardía para hacer alguna diferencia en sus vidas.

—Deberías irte, Elena —dijo él, sentándose en su escritorio y acercando sus libros de contabilidad, necesitando revisar los números antes de partir hacia Londres. Sin embargo, esta vez se iría, rueda de carruaje rota, madre enferma o caballo cojo o no. Se marcharía.

—Bueno —le dijo ella, con tono gélido—. Te deseo lo mejor en tu viaje.

—Yo también te deseo lo mejor, que encuentres a un hombre que te ame por quien eres y no por tu título —le gritó cuando ella se dirigía hacia la puerta, con la espalda rígida y la cabeza en alto.

Theo la vio marcharse, odiando que no mirara atrás. Podía ver a sus hermanas en el vestíbulo y a su madre también. Elena abrazó a su madre y le besó la mejilla antes de ser escoltada fuera de la casa y hacia el carruaje que esperaba.

Vio el emblema real dorado de Atharia en la puerta mientras pasaba por su ventana y luego bajaba por el camino. Lord Balhannah y Sir Oakley cabalgaban tras el carruaje en sus monturas.

Su madre irrumpió en su despacho sin llamar, acercándose a su escritorio y parándose frente a él.

Él ni siquiera se molestó en levantar la mirada. Su enojo no estaba dirigido completamente a Elena, sino también a su madre. Al rey Jorge. A todos los bastardos que cortejaron a Elena por razones falsas y la hicieron desconfiar de las palabras de todos. Incluyendo las suyas.

—Puedes irte, gracias. Tengo trabajo que hacer.

—No, no lo tienes. El único trabajo que necesitas hacer es enganchar esos caballos al carruaje e ir tras esa joven. La quieres, ¿no es así? ¿Cómo puedes verla marcharse sin ningún

remordimiento?

Oh, él tenía remordimientos, pero también tenía orgullo, y no permitiría que sus afectos hacia ella fueran manchados o se determinara que surgían de su necesidad de dinero. Perseguirla ahora y arrojarle a sus zapatillas de seda le probaría que solo la había querido por su dinero y nada más.

Al menos, eso pensaría ella.

Había poco que pudiera hacer ahora para demostrar que ese no era el caso.

—Sabías que era una princesa y jugaste su juego contra tu propio hijo. ¿Cómo pudiste hacerme eso? ¿Cómo pudiste no decirme la verdad?

Su madre, sorprendentemente, pareció avergonzada, y así debería estar después de lo que había hecho.

—Ella me lo suplicó, Theo. Y su madre era una buena amiga. No podía echarla cuando estaba tan desesperada por quedarse.

Él observó a su madre, pensando en las últimas semanas.

—Lo planeaste todo, ¿no es así? La rueda rota el día después de que ella llegara. La cojera del caballo, tu enfermedad. —Todo tenía sentido ahora—. ¿Pensaste en hacerme enamorar de una dama de compañía, conociendo nuestra situación, mientras sabías todo el tiempo que no podía? Que casarme con la señorita Smith significaría que lo perderíamos todo. Pero tú no la conocías como la señorita Smith, ¿verdad, mamá? La conocías como una princesa adinerada. La salvadora de todos nuestros problemas. ¿Cómo pudiste tramar algo así?

Su madre levantó la mano, señalando la biblioteca a su alrededor.

—¿Qué sentido tiene todo esto si no hay amor, Theo? Yo viví un matrimonio sin afecto, y fue como el infierno en la tierra. No le desearía tal futuro a nadie, y ciertamente no a mi hijo. Vi la oportunidad de que te casaras con una mujer a quien amas, a pesar de no saber quién era realmente. Y ella te ama porque tú la amas por quien es y no por su título.

Él negó con la cabeza, descartando la idea. No permitiría que su madre le diera sentido a esta situación o justificara sus acciones.

—Sabes lo que la realeza le ha hecho a esta familia. ¿Cómo pudiste permitirme cortejar a una mujer que es princesa?

—Por favor —espetó su madre, caminando hacia las ventanas y mirando los terrenos—. Tu padre sabía lo que estaba haciendo en ese juego de cartas, Theo, y cualquiera que crea lo contrario es un tonto.

Él se puso de pie, acortando la distancia entre ellos.

—Me permitiste creer que el rey Jorge había engañado a mi padre. ¿Estás diciendo que eso no es cierto?

—No pensé que alguna vez importaría que supieras la verdad, pero tu padre era un jugador compulsivo. Te habría apostado a ti si hubiera tenido la oportunidad. Tienes suerte de que solo fuera la parcela de tierra de esta finca lo que perdió. Podríamos haber estado viviendo en mi casa

de la ciudad en Londres durante años si hubiera apostado toda la finca.

Theo sintió que la habitación giraba. Esto no podía ser verdad. Su monarca había engañado a su padre. Había muerto por el trato de la Corona. Lo habían empujado a abandonarlos a todos. Su codicia había llevado a su familia al borde de la ruina financiera.

—Lo que el rey Jorge hizo esa noche con tu padre fue acordado por ambos hombres, y tu padre estaba feliz de apostar parte de la finca, siempre y cuando tuviera sus cartas en la mano. Lo que tu padre y el rey Jorge hicieron no tiene nada que ver con Elena. No importa si ella es de la realeza o mintió. No merece ser echada a la calle porque tú no puedes ver más allá de tu propio orgullo o de lo que creías que era la verdad.

Theo se pasó una mano por la mandíbula, necesitando tiempo para procesar todo esto.

—Me iré a Londres mañana.

Su madre aplaudió, sonriendo.

—Maravilloso. Espero que Elena acepte tu propuesta.

Se dirigió a la puerta, abriéndola de un tirón. —No para proponerle matrimonio a Elena, sino para encontrar una esposa rica que salve este montón de ladrillos en ruinas. No hay nada que decir entre la princesa y yo. Ella quiere un matrimonio de amor y afecto, y sin importar si yo siento eso por ella o no, ahora no me creería. No le dije lo que sentía antes de saber quién era, así que todos tus planes y maquinaciones han fracasado, madre.

Su madre guardó silencio un momento antes de decir: —Eres un caballero excelente, amoroso y leal. Estoy segura de que se te ocurrirá algo para hacerla cambiar de opinión. No regreses a casa a menos que la traigas contigo. Nunca te perdonaré si lo arruinas, Theo.

Salió de la habitación a grandes zancadas, necesitando estar solo. No había nada que pudiera hacer. Porque aunque fuera un hombre excelente, amoroso y leal, Elena era cautelosa y desconfiada de los motivos de la gente. La había perdido, pero aún podía salvar su hacienda, y eso tenía que ser su enfoque ahora. Y la señorita Smith, la princesa Elena o como quiera que se llamara, tendría que ser un agradable recuerdo de su pasado para que él pudiera capturar su futuro.

El futuro de su hacienda y todos los que dependían de él no merecían menos. Al diablo con su corazón.

CAPÍTULO VEINTE

—¿EN qué estabas pensando cuando te escapaste a Somerset de esa manera? ¿Qué te poseyó para actuar tan imprudentemente? Si hay un problema, Elena, debes acudir a mí para que pueda ayudarte —dijo Holly, con voz severa, pero Elena podía ver en sus ojos que estaba genuinamente preocupada por lo que había hecho y no quería que volviera a suceder.

—No podía quedarme, y esa es la verdad. No me gusta la sociedad, los bailes y las fiestas. ¿No crees que todo es tan falso y calculador? Cada noche me recordaba a nuestro tío conspirador y vengativo, y tenía que escapar. Así que cuando surgió la oportunidad, la aproveché.

—A tu amiga Lady Villiers no le agradó tener que decirnos la verdad, pero cuando llegamos al Palacio de Kew para verte y no estabas allí, sabíamos que ella estaría al tanto de tu paradero —dijo Alessa, observando a su marido en su caballo junto al carruaje—. Y no nos equivocamos, pero estuvimos terriblemente preocupadas hasta que te vimos de nuevo.

—Espero que no fueran crueles con Margaret. Ella no quería hacer lo que le pedí, y nada de esto fue idea suya. Simplemente la arrastré a mi plan —admitió Elena, esperando que su hermana no pensara mal de Margaret, pues no tenía un solo hueso malvado en su cuerpo.

—No fuimos crueles, pero Margaret hizo lo que le pedimos cuando le recordé que si algo indeseable le sucediera a mi hermana la princesa, la culparía a ella, sin importar de quién fuera la idea de esconderse en la finca de Lord Lyon.

Alessa se giró para mirarla. —Hablando de sucesos indeseables, parecías bastante apegada a Lord Lyon. ¿Ha ocurrido algo entre ustedes dos que Holly y yo debamos saber?

Elena tragó saliva, con el estómago revoloteando al pensar en Theo. ¿Podía ser que solo hacía unas horas había estado en sus brazos en un éxtasis exquisito? Cerró los ojos y tomó un respiro fortalecedor. Nunca había podido guardar secretos a sus hermanas, no unos tan importantes como su conexión con Theo, y no podía empezar ahora.

—Estoy enamorada de Lord Lyon, y creía que él también estaba enamorado de mí —respondió con sinceridad, deseando que las cosas hubieran resultado diferentes entre ella y Theo.

—¿Él lo había declarado como tal? —preguntó Holly, cualquier reacción que tuviera ante las palabras de Elena escondida tras el semblante compuesto de una reina.

—Nunca dijo las palabras, no, y esperaba que lo hiciera antes de saber quién era yo, pero

entonces ustedes dos llegaron y le robaron esa posibilidad a él, y a mí también, de hecho.

Alessa jadeó, llevándose la mano a la garganta. —Discúlpame, pero no sabíamos que habías estado batiendo tus pestañas a su señoría. Y él debería haber declarado que te amaba si, de hecho, lo hacía. Todo lo que podemos esperar es que tu reputación no se vea afectada y puedas regresar a la sociedad sin ningún daño.

Elena dudaba que ese pudiera ser el caso. ¿Cómo podría volver a la sociedad y no anhelar al hombre que había dejado en Somerset? Si tan solo le hubiera dicho que la amaba antes de saber que era una heredera, una princesa. Entonces sabría que su amor era verdadero.

Quizás todos los hombres hacían el amor de manera tan apasionada y dulce a las mujeres, y ella no era particularmente especial. Por lo que sabía, él podría haberse marchado a Londres si sus hermanas no hubieran llegado y haberse casado con otra bajo sus narices. Ahora nunca sabría lo que podría haber pasado o si su opinión sobre él era correcta o completamente equivocada. A estas alturas, no sabía qué creer.

También podría haberse quedado y declarado amor eterno...

—Si te ama, Elena, viajará a Londres y perseguirá tus faldas por la ciudad, luchando por tu mano y tu confianza. Pronto superará la conmoción de saber que eres de la realeza y recordará que tocaste su corazón. Nada lo mantendrá alejado de tu lado, ni siquiera su odio por el Rey Jorge.

La esperanza se encendió dentro de ella ante las palabras de su hermana. Holly siempre había sido sabia, y Elena esperaba que lo que decía se hiciera realidad. —¿Tú crees? —Pero entonces, ¿estaba lista para creer en su amor incluso si se lo ofrecía después de saber quién era ella y lo que eso significaba para su familia? Ella sería una salvadora financiera para él, pero quería ser mucho más que eso.

—Por supuesto que lo creo —declaró Holly, acomodándose en los cojines—. Y si no lo hace, entonces es un tonto que no merece tu mano.

Alessa suspiró, mirando de nuevo a su marido, quien también estaba mirando a su esposa. Elena luchó por no poner los ojos en blanco ante la pareja, que parecía más enamorada ahora que cuando se casaron por primera vez.

—Pero si ha sucedido algo entre ustedes que haya progresado más allá de las palabras o incluso un beso, entonces eso cambia las cosas, Elena —declaró Alessa, su tono ligero, pero sus palabras marcadas con acero inamovible.

—Eso es cierto —añadió Holly—. Debes casarte con él si tu relación con Lord Lyon ha progresado tanto como para ponerte en riesgo de llevar a su hijo, sin importar si él detesta la realeza y tú detestas que la gente te utilice por lo que puedes darles.

Las mejillas de Elena ardieron, y luchó por no soltar la verdad. Sus hermanas la miraban con un cálculo inquietante. Como si estuvieran tratando de leer su mente. Descartó sus preocupaciones con un gesto, sin querer contarles todo. Al menos no todavía. —Nada de eso ocurrió. Por favor, no me lo pregunten de nuevo —mintió, algunas cosas era mejor mantenerlas

para sí misma y no para otros. Solo habían estado juntos una noche. No sabría durante semanas si estaba encinta o no. Como su amiga Margaret le había dicho, era poco probable que una mujer quedara encinta la primera vez que intimaba con un hombre.

—Me alegra oírlo —dijo Holly, con una pequeña sonrisa curvando sus labios—. Estaremos de vuelta en Londres mañana por la mañana, y entonces volveremos a entrar en sociedad y esperaremos que Lord Lyon se dé cuenta de que su corazón ya no le pertenece y regrese a la ciudad.

—Eso no cambia el hecho de que Elena no sabrá si la ama por sí misma o por su dinero. ¿Cómo sabremos si ama a nuestra hermana y no simplemente el hecho de que ella podría salvarlo de perder su finca?

Una pregunta que Elena se había estado haciendo toda la mañana.

—No sé cómo probará su valía, pero no parecía un hombre estúpido. Estoy segura de que se enmendará y entrará en razón. Solo un tonto dejaría escapar a Elena, princesa o acompañante, de entre sus dedos.

—Punto válido, hermana —convino Alessa—. Esperemos que no sea uno de esos.

Elena se mordió el labio inferior, esperando que sus hermanas tuvieran razón, pero una pequeña sensación de temor burbujeaba en su interior, y no podía evitar pensar que su vida estaba a punto de complicarse mucho más antes de convertirse en otra cosa.

Pasaron tres semanas antes de que Elena escuchara los primeros rumores sobre las andanzas de Lord Lyon en Londres desde su llegada al día siguiente de la suya. Los susurros confirmaban los peores temores de Elena. Lord Lyon, Theo como ella aún lo pensaba con cariño, era, en efecto, estúpido.

O estaba actuando como uno de los hombres más insensatos que jamás había conocido. Esta noche sería su primera salida en sociedad desde su escapada a Somerset, pero Alessa había llamado más temprano esa tarde y le había contado todo lo que había presenciado de las andanzas de Lord Lyon la noche anterior en el baile de los Johnson.

Elena pensó que, ya que él nunca la había visto como nada más que la acompañante de su madre, esta noche la vería por quien realmente era. Al menos por fuera. Sabía que él detestaba a la realeza, vehementemente, pero ¿seguiría manteniendo ese odio hacia ella? Ella no había sido quien había apostado con su padre.

Aunque sentía compasión por Theo y la pérdida de un padre que había sufrido, guardar rencor contra ella era absurdo.

Uno podría decir lo mismo de ti por dudar de sus sentimientos cuando sabes que te ama.

Elena entró en el salón de baile de Lord y Lady Hargrove. Su hermana, la reina, fue anunciada ante los presentes antes que ella, y Alessa la siguió. Ella entró detrás de cada una, levantando la barbilla mientras se abrían paso en la sala. Había poco que engañar a nadie sobre que eran la parte más alta de la sociedad a la que uno podía aspirar. Las profundas reverencias al pasar, las cálidas bienvenidas y los suspiros de asombro las seguían en cada evento.

De todas las personas que estaban allí, Elena solo quería ver a un caballero esta noche. Para comprobar por sí misma si lucharía por ella o la descartaría como temía que estuviera haciendo. Se posicionaron cerca de una ventana parcialmente abierta que les regalaba una brisa refrescante en el sofocante calor que Londres, e Inglaterra también, estaban sufriendo.

Afortunadamente, su amiga Lady Villiers se unió a ellas y se llevó a Elena. Ella fue de buena gana, demasiado feliz de ponerse al día con su amiga en lugar de quedarse junto a sus hermanas para ser observada como alguna reliquia antigua e invaluable.

Margaret hizo una reverencia antes de besarle las mejillas. —Alteza, qué encantador volver a verla. La eché de menos en la fiesta de la casa, y debo disculparme por lo ocurrido. Sé que sus hermanas la fueron a buscar a Somerset tan rápido como su carruaje las pudo llevar hasta usted.

Elena luchó por no poner los ojos en blanco, sabiendo que si no hubieran llegado, tal vez ya sabría si Theo, de hecho, la amaba por sí misma y no por lo que ella podía darle. Sabría si su amor por ella superaba su odio arraigado hacia la corona.

Suspiró. —Sí, lo hicieron como puedes ver, y aunque estoy feliz de verlas de nuevo y a ti también, su llegada a la finca de Lord Lyon trajo consigo más problemas de los que mi presencia allí jamás había causado.

—¿Me cuentas? —preguntó Margaret, intrigada.

Elena le contó sobre sus vivencias allí. De su amistad inicial con su señoría y luego la atracción mutua que floreció. No se atrevía a decirle a nadie que se había entregado a él, pero incluso ahora, no podía evitar desear que su separación hubiera sido diferente. Que si él simplemente hubiera dicho esas tres pequeñas palabras, tal vez ya estarían casados y felices.

—Él está aquí, ¿sabes? —preguntó Margaret, tomando dos copas de vino de un lacayo que pasaba y entregándole una a Elena.

Las mariposas revolotearon en su estómago ante la idea de verlo de nuevo. Habían pasado tres semanas desde que se separaron. Se sentía como una eternidad, y aún tenía que ver qué estaba haciendo en Londres que era el tema de conversación actual. Si Alessa tenía razón y él estaba aquí buscando una esposa rica, notablemente no ella, sabría que había actuado falsamente en Somerset. O era demasiado terco para admitir cuando estaba equivocado.

—No sabía si ya había llegado —respondió, luchando contra el impulso de mirar alrededor de la habitación.

Margaret se burló. —Me sorprende que no hayas sentido el calor de su mirada sobre tu persona cuando entraste en la sala. Su mirada no se apartó de ti, y creo que su boca estaba abierta de manera bastante poco elegante.

Elena tragó sus nervios, preguntándose si él la estaría mirando ahora. —Supongo que tendré que hablar con él en algún momento. Pero si me ignora, entonces sabré la verdad, que es como tantos hombres de nuestro conocimiento. —Pero la amarga píldora de que Theo fuera solo otro canalla, en bancarrota financiera y buscando salvación, era difícil de tragar. Ella quería tanto que él fuera diferente. Que demostrara ser quien ella necesitaba que fuera. Que tal vez no lo fuera era

demasiado desgarrador para expresarlo con palabras.

CAPÍTULO VEINTIUNO

TRES SEMANAS HABÍA VIVIDO sin Elena, y fueron las tres semanas más largas de su vida. Habiendo llegado a Londres un día después de la princesa, se había sumergido en la sociedad, asistiendo a cada baile y fiesta a la que era invitado. Cabalgaba cada mañana en el parque y a la hora de moda, haciendo las delicias de aquellos en quienes necesitaba concentrarse, ganándose a sus madres y prodigando interminables cumplidos.

Todo el tiempo se sentía como un viejo desagradable tratando de robar un bebé de una cuna. Ninguna de las jóvenes y ricas debutantes le atraía. Ninguna de ellas era interesante o podía mantener una conversación más allá de caballos o moda. Las tres semanas en la ciudad fueron las peores de su vida, y las palabras de su madre se repetían como un tambor en su mente.

No regreses a casa a menos que la tengas en tus manos. Nunca te perdonaré si lo arruinas, Theo.

Sabía lo que los chismosos decían sobre él en Londres. Que buscaba una esposa rica que necesitara un título. Cualquier familia en ascenso que necesitara a la aristocracia para llegar allí debería postularse. Que Lord Lyon serviría perfectamente.

Varias noches había ahogado sus penas en su club, lamentando su elección, no solo por beber, sino también por su intención de dejar a Elena a merced del viento. Permitir que su odio hacia la realeza, el rencor que guardaba hacia ellos se derramara en sus sentimientos por Elena. Permitirle encontrar un amor no provocado por el amor a su riqueza.

Estaba harto de desear haberle dicho que la amaba antes. No había forma de cambiar ese hecho ahora. Pero lo peor era que sabía que ella había escuchado los rumores sobre él en Londres. No había una persona presente que no lo hubiera hecho. Que estaba buscando una novia rica y que no había intentado ni una vez acercarse y hablar con ella.

Odiaba pensar lo que ella pensaría de él. Sin duda lo consideraba el falso canalla que dormía con compañeras solteras y luego las descartaba cuando no eran quienes él creía. Necesitaba corregir el error de sus caminos. Dejar de lado su terquedad y luchar por lo que quería.

Elena...

Theo recordó respirar al verla llegar al Baile de los Hargrove. Nunca había visto a alguien de tal belleza, de elegancia regia. Era la perfección absoluta, y su pecho dolía ante la vista de lo que

podría haber perdido.

Elena se veía perfectamente a gusto en esta sociedad, como un pilar de lo que otros luchaban por alcanzar. Era dolorosamente hermosa, y los recuerdos de su única noche junto al río nadaron por su mente.

Su risa y su dulce sonrisa. Sus besos embriagadores que deseaba con una necesidad que lo asustaba.

Ella había mentido, sí. Era de la realeza, una posición que él había detestado durante tanto tiempo que no conocía otra cosa. Incluso ahora, le resultaba difícil creer las palabras de su madre sobre su padre, que su progenitor había sido un jugador compulsivo, dispuesto a arriesgar cualquier cosa siempre que se le repartiera una mano.

Ciertamente, Theo había sido un joven, apenas dieciséis años cuando su padre murió. Lo que su madre afirmaba podría ser cierto, porque ¿cuánto había conocido realmente a su padre? Muy poco cuando lo pensaba. Su padre rara vez estaba en casa y no hacía nada con él cuando volvía de vacaciones de Eton.

Su madre no mentiría, y ella conocía a su esposo mejor de lo que Theo jamás conocería a su padre. Había determinado, por lo tanto, que lo que ella afirmaba tenía que ser cierto.

Pero entonces, ¿dónde lo dejaba eso a él y a Elena?

Por centésima vez, se maldijo a sí mismo por tonto por no haberle dicho cuánto se preocupaba por ella, cuánto la amaba. Cómo deseaba haberlo dicho junto al río. Cómo deseaba que sus hermanas no hubieran llegado y él hubiera podido decirlo en la biblioteca.

Ahora ella nunca le creería, y sabía que casarse con ella, declararse ahora lo haría parecer un mentiroso. Su orgullo le decía que la dejara ir, pero su corazón no podía.

La quería a ella y a nadie más.

Bebió un sorbo de su whisky, recordando un dicho que su madre le había mencionado antes de partir hacia Londres. Que el orgullo siempre precede a la caída.

Vislumbró a Elena entre la multitud, deseándola con una necesidad que no se apaciguaba.

—Lord Lyon, ¿puedo presentarme correctamente? Soy Sir Rowan Oakley, el esposo de la princesa Alessa —Sir Oakley extendió su mano, y Theo la estrechó, sorprendido de que el caballero lo hubiera buscado. Especialmente después de su breve y directo encuentro hace tres semanas en Somerset.

—Sir Oakley, me alegro de verlo de nuevo —mintió, sin querer una confrontación, ciertamente no en el baile de los Hargrove. Había tenido suficientes discusiones estas últimas semanas, la mayoría de ellas consigo mismo.

Sir Oakley bebió un sorbo de su whisky, llegando a observar a la alta sociedad a su lado. —Vengo en son de paz, debo añadir, milord. Sé lo que es amar a una mujer tan por encima de la propia posición como para pensar que uno no es digno. La otra semana en su finca, sentí como si los acontecimientos lo hubieran tomado por sorpresa. ¿Ha reflexionado sobre la posible participación de la princesa Elena en su vida? ¿Se preocupa lo suficiente por ella como para

amarla y protegerla siempre?

Theo se ajustó la corbata, inseguro de si podía confiar en Sir Oakley con sus respuestas. Después de todo, estaba emparentado con Elena. Su lealtad era para ella.

—No sé qué les habrá explicado Su Alteza, pero necesito una novia adinerada para restaurar la fortuna de mi familia. La princesa Elena desea un matrimonio de amor y afecto como el de sus hermanas. Incluso si le ofreciera tal futuro, ella no me aceptaría. Tuve la oportunidad de pedir su mano antes de descubrir la verdad sobre su vida, y no lo hice. Ella no me creería.

—¿Se lo has preguntado? —Sir Oakley arqueó una ceja escéptica—. He descubierto que la verdad, cuando se habla desde un lugar honesto, se cree. Deberías preguntarle y ver. Puede que te sorprenda. —Sir Oakley apuró lo último de su whisky—. Pero si continuas cortejando a mujeres como lo has estado haciendo estas últimas semanas, si sigues siendo el tema de conversación de la alta sociedad, perderás a Elena para siempre. Es algo que debes considerar cuando sigues un camino que no es el que deberías recorrer. —Sir Oakley le dio una palmada en el hombro y se marchó, caminando de vuelta a donde la princesa Alessa y Elena estaban con Lady Villiers.

¿Qué le diría a Elena? ¿Arrojarse a sus pies y suplicar perdón por haber sido tan torpe en Somerset? Se frotó la mandíbula con la mano, sabiendo que tenía que cambiar sus costumbres, esta noche y no mañana. Mañana podría ser demasiado tarde.

Su corazón se detuvo al ver a Elena siendo conducida a la pista de baile por Lord Legar.

La visión de ella aferrada al brazo de otro hombre le dejó un sabor amargo en la boca. Había pocas posibilidades de que pudiera quedarse de brazos cruzados y verla casarse.

Ella no lo había mirado en toda la noche, y él quería que lo mirara ahora. Que viera lo que le estaba haciendo el verla en brazos de otro hombre: arrancándole el corazón y pisoteándolo con sus zapatillas de seda incrustadas de diamantes.

Que ella fuera de la realeza ya no influía en su decisión. Sabía que ella desconfiaba de él, pero la amaba, y con el tiempo ella llegaría a creerle. La mimaría, la adoraría y la amaría con todo lo que tenía. Más tarde, ella se consideraría una tonta por pensar que él no lo hacía.

No es que realmente la considerara tonta. Estaba asustada de tomar la decisión equivocada, de tener un matrimonio sin amor que durara toda la vida. Pero él sabía que no era así, sabía muy bien que ella no tenía razón para temerle. Puede que no hubieran empezado siendo tan sinceros el uno con el otro como deberían, pero no terminarían así.

No terminarían en absoluto.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

LOS PIES de Elena dolían cuando se sentó a cenar más tarde esa noche. Su hermana, la reina, se había marchado antes, pues debía asistir a otro evento. Alessa y su esposo, Sir Oakley, eran los únicos que permanecían, actuando como chaperones.

Elena se sentó con Alessa y su amiga Margaret, sin el menor apetito mientras su estómago se revolvía al ver a Theo sentado con un grupo de caballeros y varias damas en una mesa cercana. Todos parecían estar absortos en su conversación con el marqués.

¿Estaría mirando a las jóvenes y hermosas debutantes como posibles futuras esposas? Luchó por ocultar sus emociones, pero podía sentir cómo se le humedecían los ojos ante la idea de que él se casara con alguien que no fuera ella.

—El hombre te ha estado observando toda la noche, Elena. El anhelo en sus ojos debería ser suficiente para decirte que está completamente enamorado de ti, aunque no lo haya expresado.

Las palabras de Alessa sacaron a Elena de sus confusos pensamientos sobre si debería huir del baile y volver a casa para no aventurarse nunca más. O mejor aún, regresar a Atharia y unirse a un convento.

—Nunca me lo dijo y no me ha buscado aquí en Londres. ¿Qué se supone que debo deducir de eso? Te diré lo que supongo, que no le importo en absoluto. Ciertamente no me ama como yo había esperado —. Por mucho que lo amara, aunque ella tampoco hubiera dicho las palabras, era correcto que un caballero lo declarara primero.

Su cuñado, Rowan, se comió lo último de su cangrejo. —Como hombre y como alguien que ha hablado con Lord Lyon esta misma noche, te diré que creo que te equivocas al pensar que sus sentimientos por ti son superficiales. Cuando me uní a él, su atención estaba fija en ti, no en nadie más. No importa lo que hayas oído, creo que es una estratagema. Creo que está tratando de convencerse a sí mismo de que su orgullo es más importante que su corazón. Heriste al pobre hombre, ¿sabes, Elena?

—¿Cómo? —dijeron Elena y Alessa al unísono.

Rowan sonrió, inclinándose sobre la mesa para asegurar la privacidad. —Le cortaste los cojones, en cierto sentido. No quiere casarse por dinero, pero necesita mantener segura su propiedad y a todos los que dependen de él. Pero se enamoró de una dama de compañía, una

mujer que jugaba un papel, y se siente engañado. La mujer de la que se enamoró no existe, no de la manera que él pensaba. Quiere casarse con la princesa que realmente eres, pero sería conocido como un cazafortunas, un término que ya se ha pronunciado en algunos salones de baile.

Elena supuso que eso podría ser cierto. Luchó por no poner los ojos en blanco ante sus propios pensamientos. Por supuesto que era cierto, todo ello.

—Quieres un matrimonio por amor, pero no confías en ti misma para saber cuándo lo has encontrado. Sé que querías que te dijera esas palabras antes de que descubriera quién eres, pero serías una verdadera tonta si lo rechazaras porque no crees lo que tu corazón te está diciendo como verdad y confiaras en tu mente en su lugar.

Alessa asintió, en silencio mientras asimilaba la interpretación de su marido sobre la situación. —Creo que Rowan tiene razón, Elena. ¿Qué te dice tu corazón? —le preguntó.

Elena miró hacia donde estaba sentado Theo y lo sorprendió observándola. Su corazón dio un salto, su sangre se aceleró, y supo sin duda alguna que él la amaba, la echaba de menos tanto como ella a él.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios, y ella no pudo apartar la mirada. Cómo deseaba envolverse en sus brazos. Estar con él e ignorar todos los chismes sobre su matrimonio si llegara a ocurrir.

Algunos dirían que se casaba con ella por su fortuna, y ella los dejaría pensar eso. Pero sabía la verdad. Él se casaría con ella porque amaba tanto a la plebeya señorita Smith como a la real princesa Elena.

—Me está diciendo —dijo en voz alta, esperando que Theo pudiera leer los labios— que yo también lo amo.

Rowan sonrió con satisfacción, y Alessa se inclinó sobre la mesa y le dio unas palmaditas en la mano. —¿Quizás haya alguien más que necesite escuchar esas palabras, Elena?

—Las escuché —dijo Theo, caminando hacia ella para pararse al lado de la mesa. La miró fijamente, y la esperanza estalló en ella como una oleada de placer—. Las oí tan claramente como si hubieran sido pronunciadas sin ninguna distancia que nos separara.

Elena se puso de pie, y su silla cayó hacia atrás y resonó ruidosamente en el suelo de parquet en su prisa. Su corazón latía rápidamente, y esperaba no sucumbir a los vapores y desplomarse a los pies de Theo.

Él estaba de pie a su lado, un hombre imponente que combinaba dulzura y atractivo. ¿Cómo pudo pensar por un momento que él no se preocupaba por ella? ¿Que no la amaba? Brillaba en sus ojos y era evidente para cualquiera que les prestara atención.

—Yo también te amo —dijo en voz alta. Lo suficientemente fuerte como para que todos en el comedor del baile de los Hargrove lo oyeran. Se escucharon jadeos a su alrededor, suspiros anhelantes de damas que deseaban resultados similares de sus posibles pretendientes.

Elena no pudo contener la lenta sonrisa que se formó en sus labios.

Theo extendió la mano y tomó la de ella, besando sus dedos enguantados. —Mi declaración

llega con mucho retraso, lo sé. Puse mi orgullo primero y me dije a diario que me mantenía alejado de ti, por ti, que esto era lo que querías. Pero me di cuenta de que no podía hacer eso. No si deseo ser feliz y tener una vida plena. Tenerte como mi esposa será un honor, y por eso te estoy pidiendo, señorita Smith, princesa Elena, quien sea y lo que sea que seas, que te cases conmigo.

Elena se mordió el labio, habiendo pensado que nunca escucharía esas palabras. No después de las muchas semanas que habían estado separados, y siendo la última vez que hablaron menos que ideal. —Soy de la realeza, Lord Lyon. ¿Estás seguro de que deseas casarte con una princesa?

Él la acercó más, asintiendo. —Fui un tonto al juzgarte junto con el monarca inglés. Mi padre no fue del todo inocente en sus tratos con el rey Jorge. Mi odio continuo hacia La Corona ha terminado y nunca volveré a mencionar su juego y el resultado de aquella noche.

La música comenzó de nuevo, y Alessa se puso de pie con la ayuda de su esposo. —Creo que nuestra asistencia al baile ha llegado a su fin. Volvamos a mi casa de la ciudad donde podrán discutir los asuntos con más detalle, pero sin la mirada de la alta sociedad.

Elena echó un vistazo a la sala, notando los numerosos pares de ojos y la atención absorta de los invitados que estaban captando. Theo le ofreció su brazo, y Elena envolvió su mano alrededor de él, deleitándose en la sensación de tenerlo tan cerca una vez más. Cuánto lo había echado de menos. Las tres semanas sin él, sus conversaciones, picnics, días disfrutando del sol en su finca, todo ello muy añorado.

—Eso sería preferible —afirmó Lord Lyon, guiándola fuera de la sala, y si su velada transcurría según lo planeado, guiándolos hacia un futuro.

Juntos.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CUANDO REGRESARON a la casa de la princesa Alessa y Sir Oakley, se retiraron a la sala de estar, disfrutando juntos de una refrescante taza de té durante media hora. La charla ociosa llenó el incómodo vacío de que Theo y Elena tenían mucho de qué hablar, antes de que la princesa y su esposo, un hombre fornido con apariencia de matón, les desearan buenas noches y los dejaran a su suerte.

No es que Theo se quejara de estar a solas con Elena. Había anhelado tal oportunidad, había deseado haberla visto en los eventos a los que asistió durante las últimas tres semanas, pero también agradecía no haberlo hecho.

Ella no necesitaba tener el recuerdo de cómo se había comportado como un completo idiota ante la alta sociedad al tratar de convencerse de cosas que quería pero que no tenía.

Elena se sentó a su lado en el sofá y se volvió para mirarlo una vez que estuvieron solos. Era todo lo que una princesa debía ser. La tiara de diamantes descansaba sobre el puente de su cabeza. Rosas ornamentales brillaban en su cabello oscuro. Él podía ver la pregunta en sus ojos, preguntándose si había sido sincero con sus palabras en el baile.

Theo extendió la mano, tomando la de ella entre las suyas y sosteniéndola contra su corazón. —Fui un tonto que permitió que un pasado que no tenía nada que ver contigo o con quién eres afectara mi decisión. Vine a Londres buscando una esposa rica, para demostrarte que no me casaría contigo por tu dinero, y sin embargo, no puedo casarme con nadie. No puedo soportar estar con nadie más que con la mujer que tengo frente a mí. Incluso si esa mujer es rica, una princesa y heredera que salvaría a mi yo en bancarrota. Eres tú de quien me enamoré, y por eso te pido que confíes en que lo que digo es verdad, que he sido un tonto y nunca volveré a lastimarte. Que te amaré, honraré y adoraré por el resto de nuestros días si tan solo me das una segunda oportunidad.

Elena no dijo una palabra por un momento, y él recordó respirar, aferrándose al hecho de que ella estaba aquí con él. Que había pronunciado las palabras de amor en silencio a través de un comedor.

Esas palabras habían sido para él. Para nadie más. Ella lo perdonaría y se casarían. Nada más serviría.

—Te perdonaré, Theo, si tú me perdonas a mí. Sé que me creías una plebeya, la señorita Smith, pero sigo siendo la misma persona por dentro. No pretendía mentir y hacerte quedar como un tonto. Lamento no haber confiado en lo que sentía por ti, en lo que sabía que tú sentías por mí. —Se acercó más, y Theo aprovechó la oportunidad para rodearle la cintura con los brazos—. Me resulta difícil confiar en los verdaderos motivos de las personas. Nunca debí creer que solo porque no se te dio tiempo de expresar lo que yo pensaba que sentías significaba que ya no era cierto. Que no me amabas.

—Te amo muchísimo —declaró él, deseando que ella lo escuchara una y otra vez, aunque solo fuera para disipar cualquier duda persistente.

Ella extendió la mano, acariciando su mandíbula. —Yo también te amo. Ambos hemos sido muy tontos, pero ya no más. Esta noche comenzamos de nuevo, y en tres días, te casarás conmigo, Lord Lyon. No aceptaré nada más.

Él sonrió, besándola rápidamente, necesitando saborearla antes de expirar. El beso se prolongó, y profundizó el abrazo, deseándola con renovado vigor. —Creo que con nuestras conexiones, podemos organizar una boda en tres días, y de todos modos no puedo regresar a casa hasta que seas mi esposa.

Elena frunció el ceño, mirándolo con una pregunta en sus oscuros ojos. —¿Y eso por qué? —preguntó.

Él se rio, tomando sus labios una vez más. —Madre me dijo que no regresara a casa hasta que te tuviera como mi esposa. Me alegro tanto de que así será. Tengo un cariño particular por mi finca.

Ella rio, y después de semanas de vivir detrás de una nube oscura y lluviosa, el sol estalló en su mundo y todo volvió a estar bien. —Yo también le tengo cariño, y tengo planes. Como la nueva Marquesa de Lyon, es justo que hagamos de nuestro hogar algo propio.

¿Cómo podía haber sido tan afortunado? ¿Cómo podía tener el evento fortuito que le dio tanto a una mujer a la que amaba más que a la vida misma, como una fortuna? No había pensado que tendría ambas cosas. Su matrimonio con ella los salvaría a todos. Le debía tanto, más de lo que jamás podría pagar.

Pero se lo pagaría adorándola siempre.

—Me has salvado, ¿sabes? De más maneras de las que jamás te darás cuenta.

Ella le sonrió, con lágrimas en los ojos. —Hazme el amor, Theo. Te he extrañado muchísimo. No creo poder soportar otro momento sin estar contigo.

Theo la besó con fuerza, sin necesitar más estímulo. Lo que su futura esposa quería, él se lo concedía. Nunca más la decepcionaría.

Elena jadeó cuando Theo tomó sus labios en un beso abrasador. Se inclinó sobre ella en el sofá, empujándola contra los mullidos cojines de terciopelo bajo su espalda. La sensación de su peso le provocó un escalofrío de anticipación. Cómo los había extrañado, a ellos, a esto, desde la última vez que estuvieron juntos.

El beso era exigente, salvaje y perverso, y hacía que su corazón se acelerara. A diferencia de su noche en el lago, donde saborearon cada caricia, cada beso, esta noche era diferente.

Theo se acomodó entre sus piernas, alcanzando debajo de su falda y acariciando su carne húmeda y dolorida.

—Oh, sí, tócame —suplicó ella, necesitando más. Mucho más. Onduló contra su mano, buscando la liberación, deseando lo que él podía darle.

Él gimió, arrodillándose entre sus piernas y recogiendo sus faldas en su cintura. Ella llevaba calzones, y él desató las pequeñas cintas que los sujetaban en su cintura, deslizándolos hacia abajo y quitándoselos. El aire nocturno besó su piel, pero no tenía frío. No con el pensamiento de lo que estaban a punto de hacer.

Aparte de su vestido de noche y las medias de seda, estaba desnuda ante él. Sus ojos se oscurecieron con calor y necesidad, y antes de que ella supiera lo que él iba a hacer, estaba besando el interior de su muslo, abriéndose camino por su pierna.

Elena se mordió el labio y pensó que podría morir de vergüenza o de anhelo en cualquier momento, no estaba segura de cuál, antes de que él la besara donde más dolía y ella se perdió.

Jadeó, sin haber sentido nunca nada tan exquisito antes. Él lamió, succionó y provocó hasta que ella pensó que podría volverse loca de deseo.

Se aferró a su cabello, manteniéndolo contra ella mientras la llevaba a un frenesí. —¿Qué es esta locura? —preguntó, sin querer que se detuviera nunca.

—Solo soy yo, amándote de la manera en que he querido hacerlo durante tanto tiempo.

Su voz profunda y ahogada la calmaba y excitaba a la vez. Ella se ondulaba contra su lengua, su boca perversa, buscando la gloriosa liberación que había experimentado con él antes.

Y entonces él estaba sobre ella, besándola con fuerza, su miembro grande y engrosado empujando en su cálida bienvenida. Elena envolvió sus piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo hacia ella con premura. Completamente saciada, suspiró, sabiendo que esto era lo que quería. Estar llena e inflamada por su amor.

—Te amo tanto, Elena. Te he extrañado —suspiró contra sus labios antes de besarla con una pasión que la dejó sin aliento.

Cómo lo amaba ella también. Más de lo que jamás pensó amar a alguien en su vida. Él lo era todo para ella, la razón por la que renunciaría a su vida en Atharia y permanecería en Inglaterra. El hombre que sería el padre de sus hijos. El primer y último hombre al que besaría y al que se entregaría.

Theo embistió en ella con movimientos frenéticos y perversos que hicieron que su mente diera vueltas. Elena se movía con él, recibiendo todo lo que le daba. La necesidad dentro de ella crecía, su cuerpo al borde del precipicio, deseando saltar al abismo infinito del placer.

Y entonces cayó.

Elena gimió su nombre a través del beso, sin querer que la satisfacción terminara nunca. Él la amó hasta que los últimos temblores cesaron, y entonces se dejó ir, derramándose dentro de ella,

su nombre como un cántico en sus labios.

Uno del que nunca se cansaría de escuchar.

Él se rió, acostándose a su lado, atrayéndola contra él en el sofá. Sus respiraciones agitadas, sus frentes húmedas por el esfuerzo. Elena sonrió contra su pecho, besándolo allí mientras pensaba que en solo unos días, sería la nueva Marquesa de Lyon.

Una esposa. Y si tenía suerte, una madre pronto.

Como si le hubiera leído la mente, él levantó su barbilla, encontrando su mirada. —Tres días, Princesa, y estaremos casados. Espero que puedas organizar una boda con tan poco tiempo —dijo, con una luz juguetona en sus ojos azules—. Porque no puedo esperar ni un momento más —declaró.

Ella sonrió con picardía, sabiendo que no tendría ningún problema en absoluto. —No será un problema, te lo prometo, y entonces serás mío, Lord Lyon. Mío para amar y hacer lo que me plazca. Mío para siempre —dijo, apenas pudiendo esperar para verlo de nuevo, y él aún no se había ido.

Él besó la punta de su nariz. —Tuyo para siempre también —declaró, y su corazón se sintió pleno. Más pleno de lo que jamás pensó que podría estar.

EPÍLOGO

SE CASARON tres días después según lo planeado y estaban a solo unas pocas millas de la Finca Lyon. Habían acordado sorprender a su madre con su matrimonio y llegada, y esperaban que no se molestara demasiado por no haber asistido a la boda. Elena guardaba una pequeña noticia en su corazón que estaba segura complacería a la viuda y repararía cualquier decepción que pudiera haber tenido por perderse la ceremonia.

Cómo anhelaba volver a la finca, comenzar las reparaciones y ver que se restaurara a su antigua gloria. Darle a su dulce y nuevo esposo todo lo que merecía después de haber carecido durante tanto tiempo.

Bajo el asiento frente a ellos había una caja con un trozo de pergamino que pretendía entregar a Theo, pero necesitaba asegurarse de que estuvieran casi en casa antes de hacerlo.

Sabía que él apenas podría contener su emoción, y querría celebrar, y uno no podía celebrar en un carruaje, al menos no muy bien, aunque habían encontrado otras cosas que hacer en el vehículo durante su viaje a Somerset.

Rodaron a través del pequeño pueblo no muy lejos de la finca, y Elena supo que era hora de darle su regalo de bodas.

Se arrodilló en el suelo, abriendo el asiento y sacando el pergamino de la caja en su interior. Theo le lanzó una mirada curiosa, claramente preguntándose qué estaba haciendo.

Le entregó el pergamino enrollado, observando cómo lo desenrollaba y leía el contenido. Elena se sentó a su lado, con el ceño fruncido mientras estudiaba las escrituras de la tierra.

Él la miró, con los ojos abiertos de asombro.

—¿Compraste la tierra de vuelta a la Corona? ¿Cómo lograste hacer tal cosa?

Ella se encogió de hombros, sonriendo.

—El rey Jorge es un primo lejano, como sabes, y a nadie le gusta tener desacuerdos en la familia. Pregunté, ofrecí una suma razonable, y él aceptó. La Finca Lyon ha vuelto a su tamaño original, y es mi regalo para ti por amarme tal como soy, no por quién soy.

Él negó con la cabeza, por un momento sin palabras.

—No sé qué decir, Elena. Gracias no parece suficiente.

Ella extendió la mano, acariciando su mandíbula, amando cada faceta de él y su carácter. Su

buen y honesto corazón, su dulzura y picardía combinadas.

—Eso no es todo. Tengo otro regalo para ti también.

Él sonrió radiante, levantándola y sentándola en su regazo.

—¿Qué más tiene mi inteligente esposa para mí? —preguntó, provocándola con un beso.

Ella gimió cuando su mano le apretó el trasero, atrayéndola contra su virilidad endurecida, que se presionaba contra sus pantalones.

—Voy a tener un bebé —declaró, esperando que estuviera complacido. Cuando él no dijo nada, su rostro palideciendo, el miedo revoloteó en su estómago—. Sé que solo llevamos casados un día. Y no nos conocemos desde hace tanto tiempo en comparación con otras parejas, pero creo que son noticias maravillosas. Me encanta la idea de que tengamos un hijo, posiblemente un heredero, para hacerse cargo de la Finca Lyon. Di que estás feliz, porque no creo que pudiera soportar oír que no lo estás. Theo, yo...

Él selló sus labios con sus dedos, deteniendo sus palabras.

—Estás divagando de nuevo, querida, y no hay necesidad. He recuperado el juicio, puede que me hayas sorprendido por un momento, pero eso es todo.

Ella sonrió, mordiéndose el labio con anticipación.

—¿Estás feliz? —preguntó de nuevo, necesitando oír que lo estaba.

—Elena, no podría estarlo más. Un hijo. Nuestro hijo. Me has convertido en el más afortunado de los hombres.

La besó entonces, tomó sus labios en una captura ardiente que la dejó sin aliento y al lacayo esperando cuando el carruaje se detuvo frente a la finca.

Theo ayudó a Elena a bajar del carruaje y, agachándose, la levantó en sus brazos, llevándola a través de la puerta principal de la finca. Ella se rio, sin haber esperado que hiciera lo que hizo.

—Bienvenida a casa, mi amor —le dijo, sin intentar bajarla una vez que entraron en el vestíbulo.

Ella se aferró a su cuello, jugando con el cabello de su nuca. Su corazón no podía estar más lleno por el hombre que la sostenía, que la amaría y protegería por siempre.

—Bienvenido a *nuestra* casa, mi amor —corrigió, besándolo de nuevo y sabiendo que siempre lo adoraría así. Su esposo y amigo.

Por siempre su marqués, como ella sería por siempre su princesa.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

